

# Happy

Miguel Ángel Pérez Pirela



  
**MONTE AVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA

  
EDICIONES



COLECCIÓN CONTINENTES

Happy



Miguel Ángel Pérez Pirela

Happy



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA

1ª. edición en La Iguana Ediciones y Monte Ávila Editores  
Latinoamericana, 2023

*Happy*

© Miguel Ángel Pérez Pirela

Edición: Carlos Ortiz Bruzual  
Corrección: María Fernanda Marcano  
Diagramación: Fabiola Emperatriz Arneaud  
Portada: Daniel Yegres - Rita Soteldo

© Laiguana.tv

Presidente: Miguel Ángel Pérez Pirela

La Iguana Ediciones

Directora: Ximena González Broquen

Caracas, Plaza Venezuela, Torre Phels, piso 20

Email: [mercadeolaiguana@gmail.com](mailto:mercadeolaiguana@gmail.com)

[www.laiguana.tv](http://www.laiguana.tv)

[instagram/laiguanatv](https://www.instagram.com/laiguanatv)

[facebook/iguana.tv](https://www.facebook.com/iguana.tv)

[x/la\\_iguanatv](https://x.com/la_iguanatv)

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: dc2023001609

ISBN: 978-980-01-2408-6

*“Hoy resulta que no soy de la estatura de tu vida  
Y al dejarme casi casi se te olvida  
Que hay un pacto entre los dos”  
Álvaro Carrillo*

*“Ódiame por piedad yo te lo pido  
Ódiame sin medida ni clemencia  
Odio quiero más que indiferencia  
Porque el rencor hiere menos que el olvido”  
Julio Jaramillo*

*“Sé muy bien  
Que como yo estarás sufriendo a diario  
La soledad de dos amantes que al dejarse  
Están luchando cada quien por no encontrarse”  
Enrique Bunbury*

*“Regresa porque los ausentes  
Son sobras del alma,  
O sombras de amor”  
Jorge Oñate*





# 1.

El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdiría a la mujer preñada que iba de copilota.

Ella veía, preocupada, pasar hospitales como alucinaciones, a su lado derecho e izquierdo. La velocidad desalmada que el piloto y padre de la criatura daba a esa máquina de los setenta se hacía aún más ardua por los huecos en esa carretera de polvo, a mitad pavimentada, que él debía esquivar con una dignidad de atleta.

Era algo así como una competencia de obstáculos, que ella vivía como si fuera una carrera de cien metros, y él como si fuera un maratón.

El niño, que nacería instantes más tarde, se sentía como un pedazo de hueso en un hirviente sancocho dominguero, meneado y aliñado por esa abuela con mucha fe que conocería horas después en el hospital al cual todavía no habían llegado.

Ella gritaba despavorida que ya estaba bueno, que para en un puto hospital. Pero él sólo escuchaba la gaita que

sonaba de fondo a todo volumen. Tenía otros planes en esa cabeza cubierta por una gorra de beisbol anaranjada con una Z bordada. Entonces se afincó todavía más en el acelerador que lo miraba, a sus pies, con extrañeza.

El olor a gasolina dentro del carro rojo ese luchaba contra la fragancia caribeña con que los cocoteros, bailando y aplaudiendo a su paso, impregnaban aquel ambiente febril y caótico.

Sus oídos, los del padre de la criatura, apenas escuchaban a lo lejos la gritadera de aquella mujer que, a su vez, sentía las patadas del bebé como quien toca insistentemente un timbre.

Era la hora de la vida. Tocaba nacer. Pero el padre, frente a ese volante, trataba por todos los medios de detener el tiempo, porque mi hijo debe nacer en el Hospitalito.

Y así fue. Pero no todavía.

El padre continuaba por esa avenida recta que cortaba la ciudad en dos y que a la hora del burro parecía infinita y alucinante, en medio de iguanas subidas en matas de mango que veían pasar ese Volkswagen como quien ve un juego de tenis.

El calor y la velocidad hacían ver en el horizonte espejismos, que para la madre era un hospital donde por fin parir, y para el padre era el bendito Hospitalito aquel donde él creía con fe ciega que su niño debía ver la luz.

Todo se volvió de pronto tanto que se olvidaron del niño que estaba por nacer, para perderse en los gritos de dónde debería nacer, en el calor asfixiante, en el color rojo del auto alemán y en los ojos tristes de los pajaritos cocinándose a fuego lento en esa ciudad anclada frente a un espejo de cristal.

Ese olvido súbito de su existencia por parte de todos le ofrendó a ese niño por vez primera, en su vida todavía no nacida, un regalo que conservaría durante toda su existencia como un tesoro escondido, como una perla del Caribe: el don de la soledad que a partir de ese momento lo acompañaría por siempre.

## 2.

El niño había nacido. Pero una especie de guardia pretoriana impedía el paso de ese padre orgulloso a los ojos, todavía cerrados, de su niño.

Así que con artimañas de prestidigitador abordó a uno de esos pasantes que andaban sin desayuno ni almuerzo a las tres de la tarde, y te cambio ahorita mismo esta botella de ron por la bata blanca que llevas encima.

Ya con una nueva dignidad adquirida de ginecólogo sueco, procedió a entrar en el Hospitalito con ademanes de visitador médico, no sin antes armar hasta en sus últimos detalles el plan que lo llevaría a los ojos de su niño.

Plan que ejecutó hasta en sus mínimos detalles.

Fue así como se cubrió todo con botellas de ron debajo de la bata blanca, recién adquirida, cual si fueran bombas sostenidas con teipe en el cuerpo de un kamikaze nostálgico de quizás qué guerra olvidada.

El primero y más difícil de los obstáculos fue el vigilante de la entrada principal que se había ganado ese puesto a punta

de no. Pero no hay caribeño que se resista a un trago de ron fondo blanco y al optimismo contagiante de un ginecólogo errante con cuentos picantes de mujeres de todos los colores y todos los talentos.

Pase usted, Doctor.

Y así siguió el testarudo padre saltando obstáculos en las olimpiadas de su felicidad. A su paso iba dejando un desastre cósmico de enfermeras bailando salsa con viejitos renovados y curados por las gotas benditas de ron que iba esparciendo por todo ese hospital, donde bailaban en los pasillos camillas borrachas con sillas de ruedas mareadas, enfermeras despechadas con malandros recién abaleados.

Lo que comenzó como una especie de viacrucis para ese padre desesperado por ver a su muchacho, poco a poco terminó convirtiéndose en una fiesta apoteósica por los miaítos del niño, que quiero que usted también se beba conmigo.

Al cabo de un tiempo, el padre desesperado por entrar en ese hospital sin trabas se había convertido en algo así como el libertador y padre de la patria de ese Hospitalito sin insumos médicos y funcionarios mal pagados, donde ahora nada se movía si no era por la voluntad o aprobación suya.

Y como el poder que no se ejerce se pierde, vaya si el padre de la patria y del recién nacido utilizó el poder ese para seguir subiendo pisos del hospital, hasta llegar al último, al penthouse, al paraíso de los ojos de su niño.

La madre escuchó, desde su cama de recién parida, gritos festivos, riñas improvisadas de bar de mala muerte, apuestas de dominó y ajilety, y supo que el feliz marido y padre de la criatura había llegado.

Así fue.

Entró en la habitación aquella con un aire de mariachi mexicano y pistolas de plástico y le picó el ojo a la madre, mientras pronunciaba con palabras vestidas de ron su frase inaugural.

Llegó Happy.

El recién nacido reconoció inmediatamente la voz que durante nueve meses le cantó gaitas desde el mundo exterior, que apenas estaba conociendo, y por primera vez abrió los ojos, y se encontró con esos ojos color miel de Happy, quien con una sonrisa de oreja a oreja le dijo sin más, bienvenido a Maracaibo.

### 3.

Se despertaron a las tres y media de la mañana como, según la vasta experiencia de su hermana menor de diez años, debía hacerse.

Las cuatro hermanas recorrieron en puntas de pie el pasillo largo con cuartos a los lados que, al final, daba a un patio con matas de mango, níspero y tapara.

Eran como unas bailarinas de música clásica, silentes, tratando por todos los medios de no tropezar nada con sus pies puntiagudos para no despertar al ogro que dormía con una respiración de búfalo en el cuarto principal, junto a la madre de las muchachas.

En el patio yacían escondidos todos los utensilios que necesitaban para el propósito que se traían entre manos, desde hacía varios días ya. Pero ninguna de las hermanas confiaba en que su padre y hermanos iban a apoyarles. Y tenían razón.

La madre sí lo sabía, y era parte del plan, por lo que durante esa madrugada hizo todo lo humanamente posible por distraer

a su esposo con artilugios sexuales de vieja escuela para que durmiera sus ocho horas como el bebé gordo que era.

Las hermanas pasaron revista de todo el botín escondido en esa ciudad de piratas:

Pepa de aguacate. Sí, aquí está.

Gancho metálico de ropa. Sí, aquí está.

Malta caliente con canela. Sí, aquí está.

Hierbas yanomamis. Sí, aquí están.

Almohada para amortiguar los golpes. Aquí está.

Escardilla para trabajos forzosos. Sí.

Lo único en lo que no se habían puesto de acuerdo las cuatro hermanas esas era sobre quién la empujaría por las escaleras como último recurso desesperado.

Comenzaron por la pepa de aguacate insertada de forma violenta sobre el orificio y sacada, una y otra vez, con una cabuya de volar petacas. Sigue ahí. Después desdoblaron el gancho de ropa de metal brillante donde el padre colgaba sus camisas almidonadas e insistieron en el cuerpo de la hermana intervenida en ese hospital improvisado debajo de una mata de níspero. Sigue ahí. Más tarde, para acallar sus gritos mudos le hicieron beber una malta caliente con canela marroquí que le subió la tensión y la emborrachó, porque eso sí te lo hará expulsar, mujer. Sigue ahí. De un termo del café de la bisabuela sacaron agua caliente para la infusión con hierbas yanomamis que levantan a un muerto y matan al más pintao. Nada, sigue ahí. Entonces jugaron a piedrapapelotijera y la triste ganadora resultó ser la más experimentada, la menor de las hermanas, cuyo premio era darle con un palo de escoba golpes secos a la almohada que cubría su barriguita de adolescente algo hinchada ya. Sigue ahí.

Entonces no hubo más remedio. Al unísono, las tres hermanas sentenciaron a trabajos forzosos a la hermana encinta, dándole una escardilla porque no hay quien aguante

a cuarenta grados a la sombra escardillar todo el patio que desde la muerte de la hicotea nadie había tocado.

Amaneció.

Al despertar el padre, la madre y los otros dos hermanos varones, encontraron a la hermana con cara de preñada, y caderas de preñada, y tetas de preñada, y ojos de culpable, escardillando el mundo en compañía de ese infante que nadaba en su vientre, sudando como en una sauna, a cuarenta grados a la sombra. Sigue ahí.



## 4.

Happy se despertaba muy temprano en la mañana y siempre era la misma imagen cuando abría sus ojos miel: una cantidad inconmensurable de caballos de carrera posando con jinetes somnolientos para la primera plana de la revista 5 y 6.

El cuarto estaba lleno de esas portadas de revista pegadas con almidón de yuca en las paredes, y sin espacio para una más. Sus ojos se encendían en fuego al ver semejante espectáculo hípico todas las mañanas de su niñez.

Conocía a cada animal de memoria, cada triunfo, cada estadística, su peso y hasta sus males de amores con las yeguas, porque él mismo, día a día, los paseaba mientras visitaba el hipódromo, después de su primer trabajo.

Saludaba a los caballos pegados a la pared e inmediatamente saltaba de su camita de soldado, cuya ventana interna daba al cuarto de su madre que lo vigilaba como una tigre a su cachorro.

Era el único varón de cinco mujeres y el penúltimo en nacer, y todos los días le pedía permiso a su madre para pasear en las tardes crepusculares a los caballos de carrera,

que tenía pegados en la pared de su cuarto, en el monumental hipódromo que quedaba justo a una cuadra de su casa.

Su infancia estuvo rodeada, pues, de caballos y moscas.

Tenía varios trabajos. Al mediodía, después de la escuela iba al cementerio, que quedaba a unas cuadras de su casa, y ahí limpiaba las lápidas y hasta las pintaba de amarillo, si le daban algo más. También se encargaba de limpiar el monte con la precisión de quien está podando un bonsái, y hasta podía hacer el mandado de comprar flores para su ser querido, doña.

Después de salir del cementerio corría a toda velocidad al hipódromo para colaborar con lo que se necesitase. Comenzaba por recoger del suelo, en medio de puchos de cigarros mal apagados, las revistas hípicas que lanzaban enojados los apostadores adultos, tras perder una carrera.

Ahí tenía su botín del día. Esas revistas iban a parar en la pared de su cuarto.

Corría por horas junto a los compinches del barrio, montando palos de escoba como si fueran caballos de carrera, y se peleaban entre ellos por quién era Milton Barra, Juan Eduardo Cruz, Carlos Cruz o Gustavo Ávila, jinetes afamados de la época, y había entrega de premios y todo, y hasta se multaban entre ellos si cometíamos alguna infracción al momento de la partida. Pero después del paraíso hípico improvisado, se venía una pela porque llegábamos muy sucios, y a mí me echaban hasta kerosén con jabón ACE y cepillo, y no me quedaba otra que aguantar callaíto las batucueadas de mi madre, porque si no era doble el castigo, y pare usted de contar.

La verdad era que deseaba con toda su alma ser jockey, y estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para llegar a ese fin.

Limpiaba mierda. Qué más. Bañaba caballos. Qué más. Les metía supositorios si antes de una carrera tenían fiebre.

Qué más. Pero lo más sublime era pasearlos por toda la pista del monumental hipódromo de La Limpia, mientras les contaba sus problemas de niño.

Lamentablemente para Happy, con el pasar de los años los caballos se comenzaron a hacer pequeños y sus piernas cada vez más largas, y a lo máximo que podía aspirar ahora era a montar burras, muchacho, porque usted está demasiado grande y pesado.

Con esa frase se esfumaron, años más tarde, sus ínfulas de ganar el clásico Kentucky representando a Venezuela como jockey.

## 5.

Eran las mejores piernas de toda la universidad.

Llegaba siempre retrasada a la primera clase del día de derecho penal, saltando del bus en pleno movimiento, y por eso su paso apurado hacía todavía más apoteósica su entrada cada mañana.

Eran unas nalgas políglotas.

Entre más se esforzaba por acelerar su paso, más lento le veían todos esos hombres, y por cierto también mujeres, cual si estuviera bailando salsa un viernes en la noche.

Y ahí estaba él, Happy. Al acecho.

Los caballos de carreras y demás ocupaciones profesionales de su infancia y adolescencia le habían dejado poco tiempo para el terremoto femenino, por lo que al verla en pleno retraso, bailando como una mata de coco, volando colorida como guacamayo y caminando como ciempiés apurado, fue amor a primera vista.

Inmediatamente comenzó a racionalizar su plan con una precisión tan milimétrica que mientras lo llevaba a cabo, días y meses después, hasta llegó a dudar de su propia cordura.

No perdió tiempo.

Él mismo se volvió el ministro de comunicación de su propio sentimiento, comenzando así, *ipso facto*, a regar por aquí y por allá la especie de que esa mata de coco, esa guacamaya exuberante, ese ciempiés de mi vida, es mi novia y que es cuestión de semanas para que nos casemos, y el que me la mire, hable o toque es hombre muerto. O mujer.

Y así fue tejiendo con una paciencia de hormiga su trampa de araña.

Al otro día, ella tuvo que frotar sus ojos, al saltar del bus en pleno movimiento, como todas las mañanas, y notar con estupor que absolutamente nadie se fijaba en sus piernas deslumbrantes y sus nalgas políglotas.

Será que me volví fea, se preguntó a sí misma, con voz de mujer bonita.

Desde finales de su niñez, cual súbita intuición, se dio cuenta de que acaso no hay poder en el mundo más jodido que la belleza y, ya adolescente, comenzó a hacer uso de ella con una destreza de gata callejera.

Aquí todos se volvieron locos, susurró para sí.

Y es que nadie la miraba a causa del poder ultra terrenal que ahora ejercía Happy en aquella universidad, donde todos se babeaban por ella, pero más fuerte era el miedo hacia él.

Por más corta que era la minifalda, por más largas que eran las botas, por más corto que era el escote, por más larga que era la lengua, todos miraban los zamuros allá en el cielo, cuando ella pasaba.

Happy se frotaba las manos porque su cometido parecía finalmente concretado. Les metió a todos en la cabeza, a punta de labia, que ella era su novia oficial, y cuidado con una vaina.

Convenció a medio mundo de que eran novios, e incluso a esa muchacha que ahora, ni ella misma sabía por qué, caminaba de la mano de él por toda esa universidad llena de cujíes y cactus.

## 6.

Fidelia llegaba todas las tardes con las sobras del almuerzo de la familia donde trabajaba en potes viejos de mayonesa.

Regresaba, muerta de cansancio, pero resucitada al improviso por ese niño suyo, Happy, que la esperaba en esa avenida principal donde la escupía el bus.

En esa ciudad había que trabajar para trabajar. Tomaba tres buses cuyo recorrido era infinito, y cuando pensaba que ya había llegado a su lugar de trabajo, había otro bus y otro y otro.

La vida se le escurría en el transporte urbano.

Al llegar al trabajo ya tenía tres horas de trabajo y, al terminar de trabajar, tenía que seguir trabajando, otras tantas horas más, para llegar a su casa y, por fin, tomarse su merecido descanso que consistía en lavar a mano los pañales de la hija menor, darle de comer a las cuatro hijas restantes y al único varón, que era Happy, esperar preocupada a su marido albañil, que llegaba con sus esperanzas curtidas de tanto sol y húmedas de tanto alcohol, y cantarle canciones colombianas, y darle de comer al ganso blanco que reinaba en el patio de la

casa como amo y señor de la pobreza que esa familia dividía republicanamente en partes iguales.

Ella había tomado el hábito de la lectura como remedio a sus largas horas de recorrido antes de llegar a su trabajo, y todo gracias a un librero que se encontraba diariamente en uno de sus buses, y que poco a poco la fue convenciendo que el mejor boleto para huir a la luna, de ida y vuelta, y con todos los gastos pagos, era la literatura.

Fue así como poco a poco los asientos de ese bus de Ruta 6, que recorría la ciudad bucólicamente, cual si fuese un viaje trasatlántico en buque, se fueron llenando de a poco por figuras que iban entrando en cada parada, y cuyos temas de conversación variopintos la mantenían distraída, mientras iba camino a su trabajo donde la realidad la esperaba: Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García, no dejaban puestos para más nadie, y la gente tenía que ir de pie susurrando improperios maracaiberos contra esos escritores que no le ceden el puesto a las damas, nojoda.

Pero la realidad cada día terminaba por separarla de la literatura con el despertador, siempre puntual, del ganarse la vida.

Llegamos a su parada señora Fidelia, se le escuchaba gritar con ternura de ahijado al chofer del bus, que con todos era un ogro, pero con ella un angelito de la guarda dulce compañía.

Y así comenzaba su ajetreo cotidiano en una casa donde cocinaba platos exquisitos para una mesa donde no se podía sentar, limpiaba pañales de tela para hijos que no había parido, lustraba una casa que no podía habitar, hacía compras para una nevera que no tenía, y cuidaba perros que comían mejor que Happy.

Además, la casa era un campo de batalla donde cada cuarto y baño estaba minado por la mala leche de sus habitantes.

Era una familia inconforme y obstinada: lo tenían todo.



Fidelia debía luchar con cada habitante de cada cuarto para poder pasar a limpiar, porque desde que se hicieron ricos cada uno de ellos se quedó, de pronto, como perplejo mirando el techo y pensando en la inmortalidad del cangrejo.

La plata convierte a la gente en zombis, solía decirse Fidelia entre dientes.

Cuando por fin lograba terminar de arrear a esa gente para que abandonaran los cuartos, y así dejarle limpio cada espacio de su aburrida vida, ya era la hora de volver, no sin antes recoger y embolsar el almuerzo que ella no se comía, para llevárselo a sus tripones.

Volvió, muerta de cansancio, pero resucitada al improviso por ese niño suyo, Happy, que la esperaba feliz por su llegada y por los potes de mayonesa, en esa avenida principal donde la escupía el bus.

## 7.

Ella le haría la seña de que podía entrar, una vez terminada la visita formal a la casa de sus padres.

Haría como un lorito australiano y Happy sabría que debía pasar, otra vez, a la casa de donde había salido como un novio decente para adentrarse ahora como un fantasma erótico de la noche maracaibera.

Comenzó entonces ella a hacer como un lorito, y había entrado tanto en el personaje, que hasta movía sus brazos y piernas como un loro caminando.

Happy entró silente e iluminado por el único poste de luz que servía en toda la cuadra, para su desgracia.

Él era blanco, como puede ser blanca una nube, con un pelo catire que brillaba en la noche, unas patitas delgadas y musculosas de futbolista, y una autopista recta que iba desde los talones a los hombros, porque no tenía nalgas.

Ella lo esperaba escondida en la oscuridad de esa sala principal, donde se encontraban los muebles, plastificados para que no se dañen, que a las seis de la tarde les servían a los

novios formales como escenario para conversaciones infinitas que sublimaban el sexo salvaje que en realidad querían tener, alejados de las chaperonas de las hermanas y las apariciones fortuitas del padre para preguntar, qué hora es.

La visita terminaba a las nueve de la noche y Happy tenía que esperar hasta pasada la medianoche para poder volver a entrar furtivamente en esa casa, cuya oscuridad era estillada por las flatulencias y ronquidos nocturnos del padre de mi hija que será virgen hasta el matrimonio.

En esa sala donde ella aguardaba, excitada ya, no se veía absolutamente nada, no solo por la obvia oscuridad, sino también porque su piel café con leche se fundía con la noche, como el café con la leche.

Eran las mejores piernas de la universidad. Pero durante esa madrugada, Happy entendió que aún mejor que verlas, era tocarlas en el desastre de la oscuridad. Sus senos eran leves, de india caribe, y aún mejor que verlos tocar su delgada franela empujada por el marullo del lago, era buscarlos piratadamente como tesoro perdido en el descalabro de esa calurosa noche. Sus nalgas políglotas eran imponentes y apretadas al verla caminar como ciempiés apurado, pero sentir las bailar como tamborera arriba de Happy, era de muerte lenta.

Afortunadamente nadie murió esa noche, ni las que siguieron, en los innumerables encuentros furtivos de ese estudiante de ingeniería y esa estudiante de derecho. Todo lo contrario, fue la vida.

Happy entró en ella hecho millones, y salió dejando a un único ser que flotaría durante nueve meses en un cálido vientre, hasta inicios de noviembre, en ese Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdiría a la mujer preñada que iba de copilota.

## 8.

Habían pasado solamente tres días desde que nació el niño.

Y ella, recién parida, no podía esperar más. Los ricos suelen decir que el tiempo es dinero. Ello es cierto, pero irónicamente es aún más cierto para los pobres. Cada día contaba, y ella se tuvo que reincorporar inmediatamente a la universidad, porque tenía que terminar rápido su carrera.

Además, el acuerdo había quedado bien claro entre ella y Happy. Él trabajaría de sol a sol como obrero en el mundo de la construcción y suspendería sus estudios de ingeniería para que ella pudiese continuar sus estudios de derecho y, una vez graduada, entonces Happy retomaría y finalizaría su carrera.

Trato hecho.

Otra vez aparecieron las piernas más lindas de la universidad saltando de ese autobús de Ruta 2, pero ahora con un niño en brazos. Todos se quedaron atónitos, como siempre, a su paso.

Desde que parió, la caraja se puso más buena todavía, pensaron todos polifónicamente.

Y así, comenzaba la rumba de vaivenes para ese recién nacido, que ella dejaba en brazos de las amigas para poder entrar a sus clases de derecho, sin la desconcentración del infante.

El pequeño iba pasando entonces de brazo en brazo, llevado por estudiantes de las más variadas especialidades, y era así como se paseaba, cual perro por su casa, de los pasillos de odontología a los de veterinaria, de los de ingeniería a los de medicina, del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde en diciembre alguien lo dejó olvidado en el pesebre como niñito Jesús.

Fue así que desde los tres días de nacido ese niño se comenzó a crear una dudosa fama de filósofo erudito en esa universidad, donde escuchó conversaciones de todas las materias y especializaciones de física y biología, se durmió en laboratorios químicos en medio de los experimentos más delirantes, y se arrulló con los libros de los autores más impensables de la literatura universal: Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García.

A ese carajito como que le van a gustar esas vainas, decretó su abuela Fidelia en una tarde de fresco marullo desde su mecedora bordada de reina. Aunque ella intuía que esa vaina de la filosofía era para gente nacida entre pinos, neblina y montañas con copos de nieve e invierno, otoños y primaveras amarillas, y cuando el niño nació lo que vio por la ventana del Hospitalito fueron pericos gritones, zamuros aburridos, y cujies enterrados sobre tierra anaranjada y un calorón tan espeso que podía tocarse con las manos y hasta masticarse.

Entonces la madre terminaba su media jornada de clases y salía a buscarlo por toda la universidad, en medio de chiflidos que solo el niño reconocía, y preguntando por aquí y por allá si alguien sabía del paradero de su hijo de tres días de nacido. No, por aquí no lo hemos visto. Y así iba, siguiendo el olor de su

hijo como tigra recién parida, de los pasillos de odontología a los de veterinaria. Por aquí no ha pasado. De los de ingeniería a los de medicina. Aquí no está. Del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde finalmente lo vio como niño Jesús, moviendo sus piernitas acolchonadas como nubes, con la mula y el buey del pesebre en su boca como chupón.

## 9.

Pocas veces alguien había visto llorar a Happy.

Ese catire era tan blanco y amarillo que lo llamaban sol de frente. Brillaba por su pelo largo dorado, pero más aún, por su carácter ligero, como los pies de un boxeador peso pluma, y su buen talante de pescador.

Pero ese día, en ese piso veintitrés de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que además nunca habría podido vivir, se vio a sí mismo comiendo con desgano una viandita de un pote de plástico, tan deprimido como él.

Frente a Happy estaba el lago de playas diáfanas y agua dulce con ese viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Happy con un casco de plástico. Happy con botas de construcción. Happy masticando de mala gana el almuerzo de su desgracia. Happy triste.

Según su propia memoria, despolvada años más tarde, él había llorado pocas veces en su vida. Los llantos que más

evocaba era el día que, como obrero improvisado, tuvo que dejar sus estudios de ingeniería para darle de comer al recién nacido ese, o el día que murió su madre Fidelia, muchos años después.

Solo meses antes todo era fiesta y gaitas en su barrio Francisco de Miranda, y sus alrededores. Eran algo así como una pandilla de gatos descamisados que, desde el jueves, andaban cantando la zona para ver en cuál de esas casitas bajas de los alrededores había una fiesta para colarse y armar la parranda gaitera.

Ya para el sábado esos muchachos tenían bien precisadas las casas que en su frente tenían palmas de coco en forma de cruz, pues esa era la señal de moda para presumir que en ese lugar habría unos quince años, bautismo, primera comunión, despedida de soltero o matrimonio. Aunque realmente ellos preferían las rumbas de divorcios o entierros, donde la felicidad y la tristeza eran más honestas, y la parranda era hasta el amanecer del tercer día, cuando el muerto resucitaba según las escrituras.

Ellos eran los primeros en llegar y los últimos en irse. Eso sí, se caracterizaban por tomar el control total de la fiesta, distribuyendo los tequeños, empanaditas y bollitos pelones, pero sobre todo el ron y las cervezas de los cuales ellos eran amos y señores. Como era costumbre en Happy, después que tomaba el control de la situación con su carisma de músico, nada se movía si no era por la voluntad o aprobación suya.

Pero en ocasiones la vaina salía mal y entonces descubrían que Happy y su manada de gatos gaiteros no eran amigos de la novia de la boda, pero tampoco del flamante marido; no conocían al infante recién bautizado, ni al padrino o madrina, y lo único que compartían con el difunto era la ropa prestada, aunque se les viera repartiendo el café en el velorio y llorando con más pasión y extroversión que la misma viuda buenota, con caderas de guitarra y nalgas de violonchelo.



En esas ocasiones, al ser descubiertos, no les quedaba más remedio que correr por sus vidas a través del largo pasillo de esas viejas casas maracaíberas, desde el patio hasta el frente, pasando por todos los cuartos de esa familia que no conocían, mientras que desde el borde inferior de los pantalones de los gatos esos caían tenedores, cuchillos y cucharas de plata de la bisabuela alemana que ellos se acababan de robar para poder comprarse una botella de ron una vez que la fiesta hubiese concluido.

El ruido metálico de la vajilla hurtada era entonces como el de muchos timbres de muchas casas sonando al mismo tiempo, mientras ellos apuraban el paso en ese corredor infinito, con media fiesta detrás de ellos lanzándoles vasos con hielo, pailas viejas, tequeños mordidos, y hasta la vela de comunión del niño que se había derretido con el calor del mediodía, y parecía más bien un bumerán que volaba por el recinto en cámara lenta.

Las carcajadas de ese adolescente de cabellos rubios y largos como los de un Jesucristo del Renacimiento, que se escuchaban incluso en Cabimas, más allá del puente sobre el Lago, le forjaron ese sobrenombre que entre todos le tatuaron con colores de guacamayo a su infancia y adolescencia. Happy.

Era precisamente en esos bellos momentos en lo que él estaba pensando ese día, en ese piso veintitrés, de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que nunca habría podido vivir.

Se vio entonces a sí mismo comiendo con desgano de una viandita de plástico, tan deprimida como él. Frente a Happy estaba el lago con su viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Pero de pronto, en el momento de más melancolía, pensó en aquellos ojos color miel, iguales a los suyos, de su tripón recién nacido y, al improviso, el cielo dejó de ser azul y blanco

y se tiñó de todos los colores de todas las banderas del mapamundi, porque entre la tierra y el cielo se había improvisado una cúpula celestial de pájaros volando y cantando como si no hubiera mañana.

Las carcajadas de ese muchacho de cabellos rubios y largos, como los de Jesucristo, se escucharon entonces incluso más allá del puente sobre el Lago, allá en Cabimas.

Happy, a pesar de los pesares, seguía siendo Happy.

## 10.

Antes de salir ella a la universidad con su niño en brazos, la casa era como una especie de mercado árabe donde la gente se peleaba por tomar la palabra en medio del vapor del café recién colado que todo lo cubría, como neblina merideña.

Era una casa cuya mayoría aplastante estaba hecha de mujeres diferentes en todo entre sí, y unidas únicamente por el apellido del padre y la madre, y el ciclo menstrual.

Desde muy pequeño el niño se despertaba escuchando los relatos de tías y primas y abuelas y madrinas que en la noche hablaban con sus muertos de cualquier tema, en cualquier parte de la casa, y en la mañana lo contaban todo con lujo de detalles y una vehemencia de político.

Durante toda su infancia escuchó en la casa de la abuela materna susurros como de velorio, en las noches, y gritos de bar de mala muerte, en las mañanas, mientras se echaban esos cuentos de nunca acabar.

Esto le hizo entender que acaso hay algo más de elegancia en estar muerto que vivo.

Figúrate que anoche se me apareció tu tío abuelo con las llaves que se me habían perdido en la mano derecha. Ese es el cincuenta y uno, juégatelo para la lotería del Zulia. Te cuento que esta madrugada se me sentó en la cama la tía madrina, preguntando por sus cotizas. Ese es el cuarenta y cuatro, juégatelo para la lotería del Táchira. Figúrate que anoche abrí los ojos y me estaba mirando fijo la menor de las primas, la que se ahogó en sus propias lágrimas en la playa de Caimarechico. Ese es el 11, juégatelo que sale fijo.

A partir de ese momento, para ese niño, y para el futuro adulto que sería, se volvió normal escuchar todo tipo de ruidos, y ver todo tipo de sombras en la noche y, lejos de acostumbrarse, le siguió temiendo como el primer día.

Aunque bien sabía él que en esa ciudad había que temerles más a los vivos que a los muertos. Por eso en las mañanas de su infancia se escondía debajo del carro de su tío cuando pasaban, cambiando fe por ron, aquellos borrachines con sus chimbangles de ese San Benito negro del Sur del Lago, al cual tanto le temía el niño, y varias veces casi lo atropella el propio tío saliendo de retroceso, borracho y medio.

Entendió así que debía cuidarse en la noche de los muertos y en el día de los vivos.

Precisamente en eso pensaba, cada mañana, cuando salía en los brazos de su madre a la universidad en ese bus donde recordaba los cuentos de sus tías y primas y abuelas y madrinas, e intuía con una sensación agridulce que algunas de estas noches, seguro, uno de esos muertos guachafiteros le jalaría los pies en medio del sueño.

A él en realidad le preocupaba sobre todo que, a su joven edad, no tuviese nada que decirle a alguien con tanta experiencia como un muerto.

En las mañanas, apenas salía su abuelo, El Búfalo, del cuarto principal recién despertado, todo ese mujerero callaba a una

sola voz, como llevadas por la batuta de un director de orquesta, y dejaban de hablar de las tertulias nocturnas con sus muertos, y sin más salían despavoridas cada una para su trabajo, escuela o universidad. Todas ellas tuvieron siempre algo que esconderle a su padre, por eso andaban por aquí y por allá con caras de culpable, hasta el mismísimo día de su funeral.

Además, las únicas que hablaban con esos muertos en las noches esas eran las mujeres. Por eso en esa familia los hombres se aburrían a la hora del desayuno, bostezando y mordiendo la arepa con queso cebú de mala gana.

Todos los hombres se aburrían en las mañanas de esa casa, menos el niño ese.

## 11.

La preocupación crecía cada día más en la familia, a causa del niño, y el rumor corrió como pólvora por todo el barrio: Happy era ateo.

Fidelia dejó de leer en sus trayectos cotidianos a su trabajo. Se quedaba lela mirando el horizonte de su vergüenza por haber concebido un hijo que, por nada de este mundo ni del otro, se quería arrodillar ante Papá Dios y La Chinita.

Que no creyera en Papá Dios se le podía perdonar, pues, al fin y al cabo, uno nunca sabe quién es el padre de la criatura. Pero de la madre no se puede dudar, pensaba Fidelia en sus adentros. Este carajito no se quiere ni siquiera arrodillar frente a La Chinita, nada más y nada menos que la madre de Dios, se dijo indignada.

Entonces cambió las lecturas de Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García, por la Santa Biblia en su versión empastada, porque entre más elegante sea la Biblia, más rápido se llega al cielo.

Más de una vez se le vio arrodillada, en el santuario improvisado de su propio cuarto, pidiendo perdón por el despropósito

de Happy de ser ateo a tan corta edad. Se arrodillaba y posaba sus codos sobre ese altar, resumido en una mesita chueca cubierta por un mantel improvisado de fiesta de quince años, y un montón de velas que iban llorando a fuego lento frente a estatuas, estampillas y retratos de vírgenes, ángeles, arcángeles, santos, beatos y pare usted de contar.

Hasta en el patio, el ganso blanco que ella criaba con devoción cristiana la escuchaba, durante esos días aciagos, confesarse con La Chinita, virgen yo no creo mucho en tu hijo, porque yo sé cómo son los muchachos de uno, pero en ti sí creo, así que te suplico arrodillada ante ti, que hagas que mi hijo tenga la humildad de arrodillarse también ante el Padrehijoyespíritusanto en su primera comunión.

Pero al parecer nadie allá arriba en el cielo la escuchaba.

Happy seguía reacio a arrodillarse en medio de esos ensayos calurosos y eternos de su primera comunión. Menos mal que no existe una segunda y tercera comunión, porque si no me mato y no resucito al tercer día, ni de vaina, se decía entre dientes, mientras los monaguillos trataban de convencerlo de los beneficios probados que tiene en el más allá arrodillarse en el más acá.

Y es que por timidez, o acaso por orgullo, o pena, Happy no le dijo nunca a nadie el porqué de su negativa rotunda a colocar sus rodillas sobre el piso de esa iglesia abarrotada de gente, donde se vendía en plena misa mango verde con adobo y sal, para amenizar la homilía de tres horas, a cuarenta grados a la sombra.

Usaron todo tipo de artilugios para hacerlo cambiar de idea y, ni siquiera en el confesionario ese, el cura logró con crueles amenazas de un infierno encendido en llamas que ese niño se arrodillara o, al menos, confesara por qué no quería hacerlo.

Y así se escurrió el tiempo en días, semanas y meses en medio de aletargados ensayos en esa iglesia de ricachones,

donde Fidelia había logrado que lo aceptaran, por favor, con la ayuda de la familia pudiente donde trabajaba.

Así deben entrar los niños a la iglesia. Ajá. Así deben caminar los niños al entrar a la iglesia. Ajá. Así deben arrodillarse los niños en la iglesia, una vez que entren. Y ahí nuevamente se trababa Happy y se quedaba de pie, mientras todos los otros niños lo veían desde abajo, arrodillados.

Domingo. Llegó el día de su primera comunión.

La iglesia se ubicaba en una zona pudiente, cerca del lugar donde Fidelia limpiaba esa casa ajena, cada día. Estaba abarrotada de olorosas madres y tías ricachonas con una elegancia rococó y unas pollinas en sus cabellos altas como olas de surf y sostenidas por una laca de aerosol que olía a bomba de gasolina.

El mal gusto antes de verse, se huele.

Como en los ensayos, Happy entró con solemnidad. Ajá. Caminó por toda la iglesia con solemnidad. Ajá. Llegó a las escaleras que daban al altar con solemnidad. Ajá. Y llegado el momento de arrodillarse, trató de no hacerlo. Pero sintió detrás de sí las miradas puyúas de los copetúos presentes y escuchó los sonidos carrasposos y moralistas de sus gargantas. Entonces no tuvo más remedio que arrodillarse. También con solemnidad. Ajá.

Mientras acercaba sus rodillitas de presunto ateo al suelo, todos los ahí presentes vieron en cámara lenta cómo sus zapaticos viejos, de ir a la escuela, jugar al futbol y usar los domingos, se abrían sin más por detrás como la boca de un cocodrilo famélico. De ahí salían hilos plásticos, como tela de araña. Era como una pega chiclosa y vencida, entre la suela y la parte superior del zapato, que dejó, aún más apenado por ser pobre a ese pobre niño.

Fidelia entendió entonces que Happy no era ateo. Y Happy entendió, a ciencia cierta, qué era el infierno.



## 12.

Happy, ahora que el recién nacido estaba fuera del vientre de su madre, tenía miedo hasta de caer en uno de los tantos huecos de la carretera por temor a propiciarle algún malestar, o alergia, o enfermedad futura.

En el Hospitalito, Happy había tenido un altercado, que casi pasa a mayores, porque a él no le gustó la forma como miraba uno de los pediatras al bebé. Esa mirada del Doctor pelirrojo ese, seguro va a hacer que le dé al carajito un ataque de hipo en su adolescencia, decía altanero Happy, mientras tres enfermeros trataban de agarrarlo.

El recién parido parecía más bien él y ello fastidiaba, tú no te imaginas cuánto, a la verdadera recién parida, que lo miraba, indignada, con desdén.

Pero esto no era nuevo. Durante el embarazo, la barriga también le comenzó a crecer a Happy. Muchos interpretaron eso como signo del destino de que sería un buen padre. Pero hasta el niño, que para entonces todavía se estaba gestando en el vientre materno, sabía que era por las cajas de cerveza que

se bebía con sus amigotes para aplacar el calor sofocante del trabajo de obrero y relajar su inexplicable estrés, porque como le decía ella con las manos en las caderas de preñada, no eres tú el que va a parir, carajo.

Varias veces su mujer en plena gravidez, y con ese barrigón puntiagudo porque era varón, tuvo que llevar a Happy con los síntomas más delirantes al hospital, en las horas más inapropiadas.

Entonces recomenzaba el interrogatorio del médico, que ya varias veces había tratado a Happy de emergencia, al lado de su señora con las dos manos en su barriga y los ojos mirando al cielo.

¿Vómitos, señor? Sí, respondía Happy haciendo un puchero. ¿Mareos? También. ¿Taquicardias súbitas? Sí, súbitas, añadía Happy con los ojos llorosos. ¿Pérdida del sentido del espacio? Sí, del espacio. Y también del tiempo, añadió fastidiada la mujer embarazada, recordando todas las noches que llegó a deshoras con olor a caña y dominó. ¿Reflujo? Sí, Doctor, desde que mi esposa está embarazada soy alérgico al gluten. ¿Náuseas? Sí, Doctor, sobre todo ante el olor del ganso malcriado y la hicotea centenaria de mamá Fidelia. Y así fue interrogando el Doctor, hasta que llegó a la pregunta que su mujer estaba esperando, y que ella misma respondió.

¿Antojos?

Pues resulta que al susodicho, desde que yo estoy preñada, le dio por tener antojos de ver atardeceres en la Bahía de Juan Griego en Margarita. Qué más. Escalar dunas de arena del desierto falconiano. Qué más. Nadar con delfines en Cumaná. Qué más. Amanecer acampando en Chuao. Qué más. Desayunar camarones a la orilla de los cayos en Morrocoy. Qué más. Tomarme una foto con un plátano verde en la cúpula del Vaticano. Qué más. Casar a mi hijo en París. Qué más. Perderme en un aeropuerto

en Ámsterdam. Qué más. Saber cómo seré cuando llegue a los setenta.

Pero Happy, no seas ridículo, si tú no conoces ninguno de esos lugares, dijo la esposa algo contrariada y ya fuera de sí, con su hijo riendo en su vientre.

Pero los conoceré, dijo sin más Happy.

Y remató. Además, el chiste de los antojos es ese, antojarse de lo que no se puede.

## 13.

Después de la rumba en el Hospitalito donde se bebieron los miaitos del niño, en medio de un berenjenal apoteósico, por fin llegó la hora de irse a casa. Pero cuál casa.

El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad tan lenta que aturdiría a la mujer recién parida que iba de copilota con un niño recién nacido en sus brazos.

Happy manejaba lento y taciturno, esquivando los huecos ancestrales de la interminable avenida La Limpia que corta la ciudad en dos. El silencio era elocuente y ambos sabían la razón que hipócritamente callaban.

El papá del recién nacido rompió el espectral silencio. Detuvo de golpe el carro. Colocó su frente fruncida sobre el volante. Suspiró y le preguntó a su mujer lo que él sabía que ella no sabía, ni él tampoco.

¿Y ahora a dónde vamos?

El semáforo se puso en rojo. Estaban anclados los tres ahí, en esa intersección de la vida, sin saber si seguir derecho, cruzar a la izquierda o a la derecha, o simplemente retroceder

el tiempo que ya no se podía, pues ahí estaba ese niño recién parido que, la verdad, no había pedido ser robado de la nada, de donde lo sacaron, para venir a este mundo.

El semáforo pasó a verde. Happy tragó grueso y emprendió, decidido, el camino.

En cuestión de segundos él hizo un bosquejo, que parecía más bien un mapa del tesoro, con las direcciones de familia y gente amiga que, estaba seguro, le habrían dado un techo para pasar la primera noche del niño fuera del Hospitalito.

Comenzó entonces Happy a tocar puertas y ventanas y a chiflar y gritar con simpatía y optimismo en cada una de las casas que había señalado en el mapa. Ella esperaba, sudada, en el Volkswagen rojo para proteger al recién nacido del sol inclemente, y de lo que estaba pasando.

Nadie salió. Nunca.

De pronto, casas que estaban encendidas con gaita y valledato a todo volumen, y gritería y riñas entre marido y mujer y suegras incluidas, y gallos cantando y perros ladrando, se transformaban en un desierto sin oasis, donde nada sonaba o se rompía.

Apúrense y escóndanse debajo de las camas, adentro de la nevera y arriba de los techos, que están llegando el niño, María y José.

Y por más chiflidos y gritos que pegara Happy por horas y horas, nunca nadie salió, ni por curiosidad. Happy, que era gaitero, intuyó entonces que en la música, como en la vida, los silencios son más afinados que las mismísimas notas.

El silencio ese fue roto por el bólico encendiéndose y retirándose de cada una de esas casas muertas, cabizbajo y derrotado, con dirección a la estrella de Belén que titilaba azul a lo lejos.

Aquella noche esa estrella, allá arriba, sería el primer techo del niño.

Y el Volkswagen rojo su pesebre.

## 14.

El marido de Fidelia no había podido imaginar que esa casa que había construido de mala gana, regañado por su mujer, para que viviera su recién casada hija, habría servido en un futuro para que su nieto tuviera su primer techo, prestado.

La estrella de Belén les había llevado hasta esa casa de portones de ciclón gris claro, donde vivía con su esposo una de las hermanas mayores de Happy que, por cierto, en el futuro habría de amamantar al niño.

Ahí había un anexo de, apenas, un puñado de metros cuadrados donde esos tres sintecho podrían, por fin, intentar ser la familia que nunca habían sido, ni habrían de ser.

El techo de ese anexo prestado era de zinc, y bien se podría decir que fue el primer juguete del carajito ese, porque cuando caían los mangos sobre su superficie, haciendo un ruido metálico fortísimo, el niño soltaba una carcajada tan estruendosa que se escuchaba a kilómetros.

Sucedió en varias ocasiones que cuando el recién nacido estaba de mal humor, y lloraba desconsolado por teta, Happy

se montaba en la mata de mango, cual Tarzán desempleado, y comenzaba a lanzar mangos desde ahí arriba, y hasta que el niño no comenzaba a soltar esas carcajadas que terminaban en tos o hipo, no paraba sus lanzamientos de pitcher de las Grandes Ligas.

Pero esa era solo una de las atracciones diurnas del techo de zinc ese para el infante.

En las noches el niño pedía una teta que no terminaba de llegar y el techo idolatrado ese cumplía así con un rol fundamental en la arquitectura de su naciente vida, pues por estar viejo, oxidado y lleno de huecos, la luz de la luna entraba por entre sus orificios corroídos.

Se formaba así un improvisado cielo estrellado, cada noche, a causa de esas breves ráfagas de luz que se colaban por entre los huequitos carcomidos del techo ese que el niño admiraba, plácido, hasta que el sueño lo derrotaba.

Cuando por fin se quedaba dormido, de pronto llegaba un silencio absoluto en ese anexo porque la verdad era que Happy y ella no tenían más nada que decirse, hasta que el niño, por un motivo u otro, volviera a despertar con hambre o sed de justicia y, a falta de teta materna, Happy debía subirse nuevamente a la mata a lanzar los mangos de su nutritiva felicidad.

El marido de Fidelia, y abuelo paterno del niño, al enterarse de los huecos en las láminas de zinc del precario anexo, se llegó un buen día decidido a cambiar él mismo, con su experiencia de albañil andino, el techo prestado de su nieto recién nacido.

Al ver Happy, desde la mata de mango, al abuelo con esas láminas nuevas y relucientes, se lanzó despavorido como paracaidista con los brazos abiertos de una de las ramas más altas, mientras que en caída libre gritaba, ni te atrevas papá.

En pocas horas el niño pasó de no tener techo, a enamorarse perdidamente de un techo de zinc, donde *triste veía caer la*

*Lluvia* durante esas noches sudorosas en las cuales se iba la luz eléctrica a cada instante, dando paso a las estrellitas de Belén que se colaban por entre *el cielo alto y estrellado del Caribe* de su techo de zinc.



## 15.

Terminó la temporada de mangos y el niño no dejaba de llorar. Y, de pronto, no se escuchó más por un buen rato. Happy, como siempre, se dio cuenta del asunto antes que nadie, y con una especie de instinto maternal que nunca perdió, ni siquiera en su vejez de abuelo omnipresente, comenzó a buscar peregrinamente al muchachito por toda esa casa de techo de zinc.

A medida que iba avanzando en su recorrido de detective miope, su corazón se aceleraba de más en más y sus chiflidos se hacían cada vez más estruendosos. Era así como solía llamarlo.

Buscó por toda la casa, menos en el cuarto principal donde dormían su hermana y esposo, por respeto. Tocó entonces la puerta y una voz de madre le dijo desde el más allá, entra Happy. Al entrar, él no lo pudo creer.

Su hermana estaba sentada en la cama dando de mamar, al mismo tiempo, al hijo de ella, recién nacido, y a su bebé, hasta ese momento desaparecido.

Happy se quedó como embobado ante tal escena y, no sabe por qué, recordó de un solo golpe todas aquellas veces que vio imágenes que él consideraba penosas al entrar sin tocar en un baño, o cuarto, de aquella casa de su infancia, repleta de mujeres donde se crio. En cada una de esas ocasiones sintió el mismo dolor intestinal de cochino a punto de ser sacrificado.

¿Y entonces?, dijo Happy.

Bien sabes que se acabaron los mangos, respondió su hermana con esos dos primos mamando teta, que la miraban de abajo hacia arriba.

Pero la cosa no terminó ahí, no se limitó a un asunto familiar. Durante los primeros años de su niñez era usual que el tripón desapareciera de su cuna, para aparecer en los lugares más inhóspitos del barrio, agarrado de una teta ajena, compartida con otro primo hermano de la vida.

Pero la cosa tampoco terminó ahí. A partir de ese momento comenzó a ser robado de su cuna por perras callejeras recién parías que con la suavidad de sus hocicos lo despertaban y se lo llevaban a donde estaban sus cachorros hambrientos, con quienes se codeaba para agarrar la teta con más leche.

En otra ocasión, el niño no le dirigió la mirada a su padre durante una semana por haberlo rescatado de una familia de gatos rayados, donde se llegó a sentir más a gusto que en su propia casa prestada.

Fue así que Happy tuvo que acostumbrarse a que se robaran al niño del pesebre y, más aún, a encontrarlo pegado de tetas de todos los colores, formas, tamaños y direcciones postales, feliz de la vida, y sin extrañar siquiera el sabor y ruido de los mangos que Happy con tanta dedicación le propiciaba.

Las tetas le enseñaron desde cachorro que en el barrio acaso nacemos de las mujeres, perras y gatas más diversas, pero todos somos hermanos.

## 16.

Fidelia y Happy habían preparado el plan y lo estaban repitiendo y memorizando en voz alta cuando, al improvisado, entró su marido.

De repente todo fue silencio. Roto solamente por el ganso de Fidelia allá en el patio, al lado del cuartico de herramientas del abuelo que era, acaso, el lugar más misterioso de la casa de infancia de Happy.

Era algo así como un rectángulo con techo de zinc, en la parte posterior de la construcción, con un muy particular olor a chiripa que Happy y su futuro hijo pudieron evocar pasadas las décadas, y una inmensidad de utensilios para resolver cualquier acertijo que tuviera que ver con albañilería tropical.

Era un laberinto de objetos excéntricos de todas las edades que poseían todavía el cemento fresco en su superficie, pasados incluso los años.

El abuelo cuidaba ese cuarto de herramientas, y recuerdos, con su vida. Era su paraíso más suyo, su verdadera casa en la casa. El que le permitió trabajar y ponerle una arepa en la boca

a sus hijas y a Happy chiquito. Nadie podía entrar, y el que quiera mis herramientas tendrá que esperar que me muera.

En el fondo él amaba su trabajo de albañil que, además, le ganó un cierto prestigio entre las viudas de ese barrio que había construido con sus propias manos y sin ayuda de nadie.

Rara vez se llevaba a su hijo Happy al extenuante trabajo, y si lo hacía era más como paseo vacacional que como ayuda efectiva a su trabajo de albañil. Al final de la jornada, el niño lo veía sacar del bolsillo trasero de su pantalón de caqui, todo manchado de todo, su carterita de ron de quince bolívares que le hacía ver la vida en colores, después de doce horas de cachúo sol caribeño.

El ron le calmaba el alma y le hacía fruncir menos el ceño.

Por eso Fidelia siempre le perdonó ese breve defecto de fábrica con el que vienen todos los albañiles, como expresaba altanera ella misma, en esos domingos de sopa de osobuco y ron que tanto le gustaba beber, también a Fidelia, cuando el alma se le arrugaba.

El pobre es feliz mientras esté borracho, solía repetir los domingos, mientras meneaba la sopa y bebía escondida con los nietos mayores.

El abuelo, con la botellita casi por acabársele, pedía entonces su buena taza de sopa de osobuco hirviendo a más no poder y, al quemarse, entre el enojo y la borrachera, despotricaba a los cuatro vientos que esa vaina no era osobuco, y que el cangrejo que le pusiste a la sopa, Fidelia, está vivo y me mordió la nariz.

Era la única forma de percibir su voz, pues era un hombre silencioso y taciturno que cuando no estaba trabajando de sol a sol, estaba en su mecedora, debajo de la mata de níspero con su radio rojo AM de pilas, donde nunca se llegó a escuchar música, sino únicamente noticias que él buscaba frenéticamente sin pronunciar palabra.

Desde esa mecedora vigilaba en las tardes su cuartico de herramientas, mostrando los dientes de perro de la calle si alguno de sus hijos o nietos intentaban por algún motivo entrar en ese cuartico de su secreto.

Un buen día el abuelo regresaba del trabajo trastabillando por la carterita de ron que tenía en el bolsillo y que se había bebido casi íntegra. Se tropezó casi entrando a la casa, y cayó de nalgas, y al sentir el líquido en su trasero se dijo a sí mismo, ojalá sea sangre y no ron.

El último trago de ron era sagrado para el abuelo, a tal punto que solía esconderlo en el cuarto de herramientas y olvidarlo ahí por siempre jamás, hasta que algún día, buscando otra cosa, se topaba con la buena noticia de una carterita con algo de ron. En esas ocasiones no le quedaba más opción que brindar por la vida consigo mismo, feliz y silencioso.

Pero como Fidelia todo lo veía con el único ojo que le había quedado después de aquel accidente laboral, sabía el santo y seña de cada botellita que su marido había olvidado en ese cuarto de herramientas. El olvido del abuelo era tan bueno que bien podría decirse que estaban muy bien escondidas las botellas esas.

Fidelia y Happy estaban por entrar pues al depósito de herramientas ese, lleno de carteritas de ron de quince bolívares, medio vacías y medio llenas, cuando al imprevisto entró su marido trastabillando y con las nalgas mojadas.

Tuvieron que abortar el plan para el capítulo siguiente.

## 17.

El papá de Happy siempre estaba de punta en blanco.

Trabajaba todas las horas que el inclemente sol le permitía para aprovechar al máximo el tiempo. Pero apenas dejaba su faena laboral, se colocaba su impoluto sombrero blanco, su guayabera clara exitosamente planchada, su pantalón de lino color caqui, bien almidonado, y sus zapatos patentes que brillaban más que el Volkswagen rojo, que en el futuro tendría su hijo Happy.

Fidelia aprovechaba las salidas furtivas de su marido, elegante e impecable, para aplicar al pie de la letra el plan trazado ya con su hijo Happy, que se frotaba las manos de la emoción cada vez que su papá salía oloroso a mueble nuevo.

Seguro papá llegará a deshoras y tambaleándose, así que no hay tiempo que perder, decía Happy, sabiendo que su padre llegaría tarde y cantando la misma canción de siempre, al hombre que bebe pero trabaja hay que dejarlo en paz.

Lo vieron, allá lejos en el horizonte, agarrar en la avenida La Limpia esos buses de maderas con franjas amarillas y

azules que llevaban al centro de la ciudad donde se movía todo el comercio, incluido el muy buen negocio de la parranda y el dominó.

Ahí llegaban las piraguas, desde el Distrito Colón, trayendo hasta el malecón mercancía que encargaron, y el abuelo se paseaba como pez en el agua del Lago de Maracaibo en ese puerto ancestral de zonas lúgubres y peligrosas, pero a la vez coloridas y melancólicas.

El abuelo era más silencioso que un radio sin volumen, pero cuando bebía se transformaba en una persona afable y conversadora, y cuando bebía mucho, en un gallo de pelea que no le aguantaba vainas a nadie, con la excepción de Happy, que era el talón de Aquiles de su corazón.

Era más taciturno y observador que un escritor, pero después que se prendía la rumba, hasta pedía un cuatro que sostenía firme con sus dedos gruesos de albañil, y sorprendía a todos con esas cinco pisadas que solo conocía del instrumento, y que le bastaban para recrear todas las canciones de la historia de la humanidad y así encender, aún más, el bochinche.

Por eso cuando su padre llevaba a Happy al malecón, allá en el Centro, el niño se sentaba en la parte de adelante del bus de madera ese para escuchar, de la mismísima voz del chofer, los cuentos de las rumbas apoteósicas de su padre que ese niño admiraba extasiado, mientras imitaba el cambio de velocidades del bus con su voz aguda, en plena avenida La Limpia a todo color.

Eso sí, por muy buena que fuera la fiesta, el padre no se permitía jamás el despropósito de bailar frente a desconocidos.

Bailar era algo que el papá de Happy consideraba tan íntimo, que solo se lo permitía hacer los veinticuatro y treintauno de diciembre, y únicamente con sus hijas y esposa, y solo si se trataba de aletargados ritmos andinos del altiplano de su natal Mérida, pues no entendía el verguero de los tambores

negros del Caribe que le provocaban taquicardias y longevos ataques de migraña.

Era el momento.

Fidelia y Happy entraron, por fin, al depósito de herramientas ese, lleno de carteritas de ron de quince bolívares, medio vacías y medio llenas, que había que buscar por aquí y por allá, en medio de ese laberinto de preguntas sin respuestas donde se podían encontrar todo tipo de cucharas de albañilería de todos los colores, tamaños y diseños con agarraderas de madera de manglar.

Ellos tenían que hacerse espacio entre objetos que parecían haber sido traídos de la luna, o rescatados del fondo del mar, plomadas, cinceles, porras, martillos, escuadras, niveles, tenazas, seguetas, puntales de mangle, carretillas, barras, palas, llanas, planas metálicas.

El abuelo había organizado su vida, y la de ese cuarto de herramientas, en disciplinas que pocos como él lograban aplicar en su trabajo. Además de albañil, era plomero, carpintero, electricista y lo que se necesitase, porque la necesidad tiene cara de hambre.

Ese cuarto con olor a chiripa en el fondo de la casa estaba además poblado por las herramientas de todas esas especialidades que él manejaba con la destreza de un enano de circo.

Fidelia y Happy tenían entonces que saltar y esquivar, so pena de sacarse un ojo, llaves de tubo, tarraja, teipe, corta cerámicas, llave ajustable, destornilladores, alicates, cortafrío, cincel, barbiquín, serruchos, sargentos.

En medio de ese campo minado fueron, poco a poco y con paciencia de podólogo, recogiendo las botellitas de ron que el padre había dejado olvidadas ahí durante sus noches parranderas, y fueron vertiendo los restos de ron que le quedaban dentro de varios potes vacíos de sazonar las comidas y la sopa de osobuco de los domingos.



Cuando por fin lograron llenar varios de esos potes de la cocina de Fidelia, salieron sigilosamente, ella y Happy, y colocaron nuevamente esos potes en su lugar para que Fidelia los fuera bebiendo poco a poco, y de forma escondida, mientras cocinaba para su familia.

El detalle es que un día Mamá Fidelia se pasó de tragos mientras cocinaba y sazonó, sin querer, la comida de los hijos con el ron del fondo de las botellitas olvidadas del padre, que había escondido junto a Happy en los potes de la cocina.

El resultado de esa equivocación ética fue un desastre colosal para esa familia que, desde los niños que gateaban por la casa hasta el padre albañil, jartaron caña del viernes ese hasta el lunes siguiente en una fiesta sin precedentes, que todavía recuerdan en el barrio, y más allá, en la Costa Oriental del Lago.

## 18.

Happy tenía quince años cuando su padre le dijo que se vistiera, abrigado para el frío, y agarrara una muda de ropa que nos vamos a visitar la tierra que nos vio nacer.

De Mérida, Happy tenía muy vagos recuerdos. Sobre todo, recordaba al Tío Pedro, un hombre alto, de cabellos rubios y cachetes colorados por el frío. Incluso de viejo, Happy evocaría a menudo a ese tío paterno, después de la segunda cerveza, durante los sábados de dominó y boxeo.

Antes de este viaje, ya su padre había hecho otro para resolver unas cuestiones que tenían que ver con unos terrenos, una casa y hasta algo de ganado. Después se sabría que ese primer viaje había sido un fiasco y el origen de ulteriores males.

A pesar de que los padres de Happy en su travesía de Mérida a Maracaibo habían llegado sin prácticamente nada, en su ciudad natal habían tenido una mejor situación de vida. El marido de Fidelia llegó incluso a ser maestro de obra en la reconstrucción de la catedral de Mérida. Pero un buen día les llegó aquella fatídica carta, diciéndoles que sobre sus terrenos y casa iba a pasar la flamante autopista Panamericana.

Esa carta desgraciada, con el puño y letra del gobernador, les cagó la vida en solo dos párrafos y medio.

En un fastuoso evento la esposa del gobernador, acompañada por los desafinados acordes de una banda militar, les cambió todo lo que tenían por un cheque que no valía nada y que, a su vez, ellos cambiaron por el sueño de la pujante ciudad petrolera de Maracaibo, donde todo brillaba.

Bajaron de la espesa neblina, propia del altiplano merideño, a las costas caribeñas de agua dulce maracaibera, y lo único que vieron brillar fue el sol inclemente, pegándoles de frente durante la hora del burro a los techos de zinc de los barrios improvisados en los terrenos baldíos de esa ciudad que comenzaba a llenarse de migrantes alucinados por el espejismo del oro negro y de las empresas gringas que tan bien pagaban.

El poco dinero que llevaban se les acabó en cuestión de días. Y los tíos, que con tanta insistencia les invitaron a Maracaibo, no tardaron en echarlos a la calle.

Happy contaba solo con tres, o a lo sumo, cuatro años de edad, y todavía recuerda como una intuición, o un ensueño, a su padre construyendo una casa de cartón en un terreno invadido.

Puertas de cartón. Ventanas de cartón. Techos de cartón. Esperanzas de cartón que amanecían frías, empapadas y arrugadas, después de la torrencial lluvia caribeña que había caído la noche anterior.

Eran los comienzos de esa ciudad y la tierra no era para quien la trabajase, sino para quien llegara primero, y con alambres de púa, que les sacaban los ojos a los niños en las noches cuando iban a orinar, los migrantes andinos, falconianos y colombianos iban dividiéndose la ciudad, inventando así la propiedad privada en una zona de indios wayuu, barí, añú, yukpas y japrerías, donde nada era de nadie, hasta ese momento.

Happy se bañó con jabón azul, se peinó con brillantina Silvaray y hasta se entalcó los pies, entrepiernas, el cuello y axilas para no sudar durante ese interminable viaje de subida desde la planicie de Maracaibo hasta los sempiternos picos nevados merideños. A sus quince años le daba mucha ilusión reencontrar al Tío Pedro a quien recordaba más por lo cuentos de Fidelia, su esposo y las hermanas mayores, que por mérito de su propia memoria.

No podía imaginar, Happy adolescente, que ese viaje en busca del terreno, la casa y el ganado perdidos, terminaría dejándolos aún más pobres.

Sus esperanzas de cartón quedaron todavía más frías, empapadas y arrugadas cuando, de la boca de la esposa del Tío Pedro, supieron lo de la reciente muerte y la estafa consumada.

## 19.

Happy salió corriendo para llegar antes que nadie al registro principal de la ciudad de Mérida y percatarse con sus propios ojos de la estafa.

Cuando por fin tuvo el documento en sus manos, no lo puedo creer. Se frotó los ojos y volvió a escudriñarlo. Lo jodieron.

Nos jodieron.

El padre de Happy trató de darle una explicación de lo ocurrido a sus hijos, pero la verdad ni él la sabía.

Pero es tu firma, le replicó Happy.

Sí, efectivamente esa es mi firma.

El día que firmó era un viernes en la tarde, justo antes de que cerrara el registro donde lo estaban esperando unos desconocidos que nunca terminó de conocer, porque de ese día, te juro que no recuerdo nada, hijo, le repetía a Happy consternado.

Pero es tu firma, papá.

Él asintió y bajó la mirada.

Era un hombre de estatura baja y delgado. Tal vez por eso después de pocos tragos el alcohol hacía estragos en su

cuerpecito de Napoleón. Eso lo sabían muy bien el Tío Pedro, y su esposa, que vieron en esa flaqueza una oportunidad de oro para su engaño confeccionado a la medida.

Lo recibieron por todo lo alto con una humeante pisca andina que solo logró apenas oler de lejos, pues nunca le dieron a probar para que no hiciera estómago, y con varias botellas de miche andino, suficientes para emborrachar a un pelotón.

Bienvenido, le exultaban entre brindis y brindis, entre trago y trago, y hasta el cuatro le hicieron tocar para las doncellas de lindas trenzas y cachetes sonrojados por la altura de esa ciudad anclada entre montañas y alucinaciones.

Lo pasearon de casa en casa como si fuera treintaiuno de diciembre. Y bailando, mientras hacían el trencito, fueron de bar en bar, en un carnaval alevoso que tenía como parada final el registro principal de la ciudad de Mérida, donde lo estaban esperando unos desconocidos que nunca terminó de conocer, porque de ese día, te juro que no recuerdo nada, le repetía a su hijo.

Ya estaba atardeciendo y el papá de Happy se tambaleaba junto a un séquito que se iba desbaratando a medida que se acercaba al registro ese, a donde solo llegó acompañado del Tío Pedro, y su esposa, que seguían aplaudiéndole esa pea babilónica que ellos mismos habían confeccionado a la medida de su confianza en ambos.

Antes de entrar al registro le dieron la estocada final con dos vasos de miche, bebidos a fondo blanco, porque hoy es un día especial, cuñado.

Apenas terminó el segundo de los tragos esos, dos desconocidos lo agarraron por los brazos y lo sentaron frente a unas hojas de las cuales él sigue sin recordar nada.

Firme aquí. Aquí. Y aquí.

El padre de Happy hizo un garabato muy parecido a su firma, e inmediatamente recostó su cabeza sobre el documento en la mesa, y comenzó a roncar, mientras se babeaba.

Lo jodieron.

Cuando Happy por fin tuvo el documento en sus manos, no lo pudo creer. Se frotó los ojos y volvió a escudriñarlo.

Nos jodieron.

El padre de Happy había cedido de un solo plumazo todos los bienes de la familia, allá en Mérida, al Tío Pedro, su esposa y cuñados.

Se fueron de esa ciudad fría, que cambiaron por un Caribe de casas de cartón, todavía más pobres de lo que llegaron.

Ni el papá de Happy, ni Mamá Fidelia, nunca más regresaron a Mérida.

## 20.

Ya había oscurecido cuando Happy, su padre y dos de sus hermanas mayores llegaron de Mérida.

Toda la familia estaba desolada por el asunto de los terrenos, pero de alguna forma Fidelia estaba tranquila porque, y esa era su sincera convicción, cuando se toca fondo ya no puedes caer más bajo. Lo único que puedes hacer es impulsarte.

En esas vainas de madre estaba pensando ella, cuando escuchó la voz taciturna y tenue de su marido ofreciéndole a Happy un trago de ron Pampero. El hijo quinceañero dijo que no con más dudas que certezas, mientras miraba fijamente y con cara de culpable a su madre, como quien pide permiso.

Fidelia le devolvió la mirada, asintiendo con la cabeza, y por eso Happy cambió súbitamente de opinión, y le extendió el brazo feliz a su padre para agarrar la botella, porque el primer trago, hijo, debe ser del pico.

Usted ya es un hombre, le escuchó decir a su padre, sin saber a ciencia cierta lo que ello quisiese decir.

En esa rara frase de que ya yo era un hombre estaba pensando, cuando me empiné esa botella, aguanté la respiración



todo lo que pude para no percibir su fuerte sabor, y sentí cómo el líquido frío ese iba calentando mi garganta, mi templanza y mi espíritu.

Cuando por fin terminé el largo trago, que toda la familia vivió como en cámara lenta, ya yo no era el mismo, ni lo sería por el resto de mi vida.

Años después entendí que, después de lo de Mérida, mi papá necesitaba otro hombre en la casa que lo acompañara, en medio de ese plácido desierto de mujeres andinas alegres, y vio en ese bautismo con ron añejo el mejor rito de iniciación posible.

Jamás su esposo hubiera podido imaginar que dicho rito de la bebida lo había hecho otrora la matriarca Fidelia con cada una de sus hijas mayores, pero a los once años, coincidiendo con esas primeras reglas que debían ser comprobadas por las otras hermanas con una pantaleta blanca manchada de rojo. Si no, nada de ron para la hija púber.

A partir del bautizo con caña de Happy adolescente, su madre Fidelia comenzó a aprovechar esas salidas furtivas de su marido, elegante y de punto en blanco, para aplicar al pie de la letra el plan trazado con su hijo Happy, quien se frotaba las manos de la emoción cada vez que su papá salía oloroso a mueble nuevo.

El padre trabajaba todas las horas que el inclemente sol le permitía para aprovechar al máximo el tiempo. Pero apenas dejaba su faena laboral, se colocaba su impoluto sombrero blanco, su guayabera blanca exitosamente planchada, su pantalón de lino color caqui bien almidonado y sus zapatos patentes que brillaban más que el Volkswagen rojo que en el futuro tendría su hijo Happy.

Seguro papá llegará tarde y tambaleándose, así que no hay tiempo que perder, le decía Happy a Fidelia, sabiendo que su padre llegaría a deshoras y cantando la misma canción de siempre, al hombre que bebe pero trabaja hay que dejarlo en paz.

En la familia ese verbo, beber, tenía una connotación especial que, hasta ese momento, todas las mujeres de la casa y también su padre, sabían conjugar y comprender al pie de la letra.

Era algo así como un secreto a voces que hasta ese momento Happy conocía, e incluso comprendía, pero solo hasta un cierto punto. No era lo mismo beber cerveza que malta, cocuy que agua, ron que pepsicola. Y por más que se parecieran los colores: la malta, el agua y la pepsicola se toman. Mientras que la cerveza, el cocuy y el ron se beben.

Salud por esa vaina, decía rojo de la alegría el papá de Happy con la botella arriba como un trofeo de felicidad, recién ganado con las horas de sudor trabajadas de sol a sol en Maracaibo, donde, después de ese fatídico viaje a Mérida, habían decidido sembrarse para siempre.

Tras aquel largo trago de ron, por fin Happy sabía a ciencia cierta de qué hablaba su viejo cuando conjugaba con tanta alegría y precisión el verbo beber en todos los tiempos verbales posibles.

Apenas separó sus labios del pico de la botella, después de un largo trago que vivió con sus ojos color miel cerrados, expresó Happy con flamante voz de gaitero:

Ah, resulta que esta vaina es beber.

## 21.

Ese día Happy obrero, en ese piso veintitrés de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que además nunca habría podido vivir, se vio a sí mismo comiendo con desgano una viandita de un pote de plástico, tan deprimido como él. Frente a Happy estaba el lago de playas diáfanas y agua dulce con ese viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce. Happy con un casco de plástico. Happy con botas de construcción. Happy masticando de mala gana el almuerzo de su desgracia. Happy triste.

Solo años antes todo era fiesta y gaitas en su barrio Francisco de Miranda, y sus alrededores. Eran algo así como una pandilla de gatos cachorros descamisados que improvisaban sin cesar todo tipo de juegos, el escondite, el fusilao, saca lochita, trompo entero, pelotica de goma y hasta habían construido una tiendita de cartón imaginaria con frascos vacíos imaginarios que adentro tenían productos imaginarios que gente imaginaria compraba y con esa vaina habían construido un negocio redondo imaginario y ganaban muchos cobres

imaginarios que solo esos cachorros de carne y hueso veían, porque seguían siendo pobres.

Era una tropa de compañeros para lo bueno y para lo malo que, además de compartir juegos, también compartían los mandaos, que eran, algo así, como su principal responsabilidad de infancia ante los mayores.

Alguna de las madres pegaba un grito soprano y ahí aparecía esa banda de carajitos dispuestos a ir a comprar lo que fuese necesario para terminar de cocinar el almuerzo del día, y así iban por todo el barrio con unos frascos que tenían que llenar con caraotas o maíz y, una vez llenos, nos daban un bolívar de vuelto que nos lo podíamos quedar como propina y con eso comprábamos el cartón del bingo que tenía diferentes valores, desde una locha hasta dos bolívares, y el premio era gordo y lo dividíamos en partes iguales, porque nos jodíamos en partes iguales, haciendo los mandaos para los grandes.

De regreso a casa con el mandao, nos le pegábamos atrás al botellero que llevaba su mercancía arrastrada por un burro que cogía mucho palo por ese lomo para que caminara, pero el burro ese era terco y apenas veía una hoja o monte en el piso se volvía a parar, y se inclinaba para olerlo y comerlo, y era ahí cuando el burrero se le afincaba y le pegaba por el espinazo, todavía con más fuerza, y la carreta volvía a mover esos cauchos usados, ring veinte, instalados en su parte trasera y nosotros detrás corriendo como locos.

Otra parte de nuestro negocio infantil era recoger botellas del monte, y también del depósito de la esquina, donde los borrachitos las dejaban olvidadas, junto a su despecho de la noche anterior, y cuando finalmente llenábamos un saco de botellas vacías, nos las cambiaba el botellero ese por mamones, patillas y ciruelas de playa o pepas de piedra que le regalábamos a las muchachas bonitas, porque estábamos muy pequeños y no sabíamos todavía serenear.

Y así íbamos sorteando los días hasta que llegaba lo más esperado del año en ese desierto entre Maicao y Coro, donde todas las jornadas de la semana eran iguales, a menos que de pronto cayera un palo de agua que arrastraba todo consigo, pero duraba a lo sumo cinco minutos.

Por fin la Navidad.

Pero en esa casa, por más inclemente que fuera el desierto de sus precariedades, siempre llegaban el padre de Happy y Fidelia con caras de Reyes Magos y un regalito del niño Jesús en las manos que le habían ganado *in extremis* a las circunstancias.

En Navidad llegaron con una pistolita negra que soltaba chispas cuando uno jalaba el gatillo, cuya carga era un rollito con puntos de pólvora que disparaba balas de mentira con las que Happy tenía una muy buena puntería, también de mentira, en esa guerra alucinante que él se inventaba en su espíritu, y que se hacía todavía más creíble a causa de las explosiones en toda esa calle principal de saltapericos, tumbarranchos y piedras explosivas que competían con las gaitas de Cardenales del Éxito a todo volumen que, era al fin y al cabo, la banda sonora de la alegría brillante, acaso efímera, como esos fuegos artificiales que coloraban los rostros de aquella gente durante aquella lejana Navidad.

Cuando se acercaba el veinticuatro de diciembre todos nos queríamos recoger temprano a nuestras casas para esperar el regalito que el Niñitojesús me había dejado en ese arbolito que con los muchachos habíamos ido a recoger al monte, hecho de ramas bien grandes, y lo más secas posibles, porque las pintábamos de blanco con cal, ah, y que tuvieran además púas como las de la mata de limón para poder colgar en sus puntas, sin que se cayeran, las bambalinas que eran huevos de gallinas pintados de todos los colores.

Ese arbolito de navidad tenía como base para que no se cayera, en medio de la muchachera peleando por su regalo, un pote lleno de arena con granzón, arriba del cual está esperando la pistolita negra que Mamá Fidelia le dejó de madrugada a Happy, y que en enero ese niño exhibiría cual si fuera el Llanerosolitaro en esa escuelita de dos a cuatro de la tarde, donde teníamos que llevarnos las sillitas de palo para poder sentarnos, con olor a sacapunta, debajo de una mata.

Era precisamente en esos bellos momentos en lo que él estaba pensando ese día, en ese piso veintitrés, de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que nunca habría podido vivir. Se vio entonces a sí mismo comiendo con desgano de una viandita de plástico, tan deprimida como él. Frente a Happy estaba el lago con su viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Pero de pronto, en el momento de más melancolía, pensó en aquellos ojos color miel, iguales a los suyos, de su tripón recién nacido y, al improviso, el cielo dejó de ser azul y blanco y se tiñó de todos los colores de todas las banderas del mapamundi, porque entre la tierra y el cielo se había improvisado una cúpula celestial de pájaros volando y cantando como si no hubiera mañana. Las carcajadas de Happy, de ese muchacho de cabellos rubios y largos, como los de Jesucristo, se escucharon entonces, incluso más allá del puente sobre el Lago, allá en Cabimas.

Happy, a pesar de los pesares, seguía siendo Happy.

## 22.

No paraba de llover.

Desde hacía tres días estaba cayendo un palo de agua que lograba que las matas de mango se lanzaran ramazos con la de níspero y viceversa, y ese niño nada que dejaba de llorar.

La madre estaba fúrica por el llanto del carajito ese que tenía ya más de setenta y dos horas jeteando, a pesar de que había pasado por los brazos de todas las hermanas, las sopas curativas de la abuela materna, y hasta el abuelo había dejado de ver tranquilo el boxeo de los sábados para cantarle tangos de Gardel y rancheras de Pedro Infante a su nietecito inconsolable, sin ningún tipo de éxito.

No paraba de llorar.

Ya era domingo y la rabieta de la madre del niño estaba intacta desde el viernes, cuando le gritó a su marido Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre, que ya no aguantó más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer, o me llevas tú, o agarro yo misma ese cacharro rojo, y me voy por donde vine.

La última vez que ella había agarrado el Volkswagen Escarabajo rojo ese lo hizo para vengarse de una de las tantas desaparecidas de varios días de Happy con su cuñado, amigo de amaneceres gaiteros, y además dueño de la casa donde vivían arrimados.

Ese día, que Happy recuerda como si fuera ayer, ella lo estuvo esperando todo el fin de semana, y cuando él llegó desorientado por el alcohol y ronco de tanto cantar gaitas, su esposa le agarró como venganza el bólido rojo y, sin saber manejar del todo, le metió mano a la palanca de velocidades, acelerando ese Escarabajo hasta más no poder, entre frenazos y olor a guaya de freno quemada, hasta casi estrellarlo contra un muro en la otra esquina, al lado de la tiendita.

Se detuvo a pocos milímetros de la pared con toda la intención del mundo de sacarle la piedra a Happy, y con algo de suerte de principiante no terminó matándose.

El corazón de Happy se paralizó por unos instantes hasta que la vio salir gritando sonriente pero alterada, viste que el único inventor en esta vaina no eres tú.

Lejos de escarmentar, Happy siguió con sus gaitas y su vocación por la bebida de obrero mal pagado, los chistes malos, la tambora, el cuatro y la charrasca, y ese día desgraciado de su separación temió que su mujer le agarrara el Volkswagen ese y, ahora sí, lo terminara de estampar como un sello fiscal en la pared de la esquina, al lado de la tiendita.

Comenzó a llover, y no paró por tres días.

Entonces le gritó a su marido de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no agunto más. Happy trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la madre del niño, o me llevas tú o agarro yo misma ese cacharro rojo y me voy por donde vine.

Comenzó a llorar el niño y no paró por tres días.



Como último recurso desesperado, llevaron al niño al precario ambulatorio de La Victoria para que lo viera un médico y diera con la causa del llanto del infante.

Al entrar al lugar se encontraron únicamente con enfermeros guajiros aburridos, viendo pasar el tiempo en una ciudad sin tiempo a causa del calor. En ese ambulatorio sin ningún insumo médico para ayudar a nadie, a lo sumo usted podía recibir un buen consejo de qué hacer o a dónde ir con sus males. Y así fue.

No paraba de llover.

La familia materna caminó en pleno por todo el pasillo con el niño en brazos, hasta que al final vieron a un señor con cara de cochino frito que bien podría ser el médico que andamos buscando.

Saludaron rápido y nerviosos y antes de decir cualquier cosa, ya el niño la estaba diciendo por ellos.

No paraba de llorar.

Y qué me le está pasando a este tachón, preguntó el médico con una voz afable, mientras lo auscultaba.

Disculpe Doctor, qué quiere decir auscultar, dijo la menor y más atrevida de las tías maternas del muchachito.

Deme un chance y le respondo, hija, y siguió auscultando a ese niño que seguía privado en llanto. Así estuvo por unos veinte minutos. Lo revisó de cabo a rabo, impertérrito ante la pataleta del tripón.

De pronto, levantó su vista del niño y la dirigió hacia la menor de las hermanas. Auscultar tiene al menos dos definiciones, señorita.

En primer lugar, auscultar quiere decir escuchar los sonidos que se producen en el interior de un organismo humano o animal, especialmente en la cavidad torácica y abdominal, mediante los instrumentos adecuados o sin ellos. Yo les puedo asegurar que por ese lado el niño está de maravilla, cien por ciento bien.

Por otra parte, señorita, auscultar quiere decir también intentar averiguar el pensamiento de otra persona o su disposición acerca de un asunto. Y aquí sí tengo un consejo para darle a la madre del niño, porque yo le averigüé el pensamiento y, más allá, el sentimiento a este tachón.

No paraba de llorar.

Cómo se llama el padre de esta criatura. Happy, respondieron a dos voces las hermanas contraltas y sopranas. Happy, y quién no conoce a ese catire, sugirió el Doctor. Pues le voy a dar un consejo, y por los consejos yo no cobro. Busquen a Happy, porque yo ausculté a este niño y lo que le falta es el padre.

No paraba de llover.

Esa misma noche del domingo llamaron a Happy y él llegó con la misma pea del jueves en su Escarabajo rojo, esquivando las gotas de lluvia. El estruendo de ese bólido, que estaba envenenado y sonaba como un avión, acabó con el reguero que dejaba la lluvia en el ambiente.

El niño escuchó el sonido exagerado del escape del Volkswagen y enseguida dejó de llorar. Happy lo miró con sus ojos color miel desde arriba de la cuna y el hijo le devolvió la mirada con los mismos ojos que le había heredado.

Lo montó en su bólido rojo, y más nunca se separaron, hasta sus diecisiete años. Pero eso es otra historia.

## 23.

Cuando comenzaron los líos, no hallaban dónde meter al carajito ese.

Resulta difícil de creer, pero esa casa prestada que tan arcoíris era, comenzó ahora a perder esos colores que traspasaban los huecos del techo de zinc aquel, creando de vez en cuando también un arcoíris en el barrio.

Ahora todo comenzaba a verse en blanco y negro en esa casa.

Si bien era cierto que cuando Happy vio a las mejores piernas de la Universidad del Zulia fue amor a primera vista, también lo fue el desamor a primera vista que había vivido esa mujer con Happy.

Ella había comenzado a mirar de reojo para otros lares y él lo intuía.

Cada día que pasaba esa mujer era más doctorísima en derecho penal, y Happy cada vez más obrerísimo en un piso veintitrés con su viandita fría.

Las horas comenzaron entonces a no ser las mismas para ambos. Cuando para ella eran las cinco de la tarde, para él eran

las once de la noche. Tampoco los espacios comenzaron a ser los mismos. Mientras ella se iba, él llegaba. Lo que aburría a una, al otro lo hacía orinar de la risa. Lo que quería comer Happy, a ella le daba asco. Los vestidos emperifollados de ella nada tenían que ver con el uniforme de obrero de él. Cuando uno se despertaba, la otra dormía.

Ella lo veía a él como el pasado. Él la veía a ella como el futuro.

El mundo comenzó, pues, a no ser el mismo para ambos. Los amigotes de gaitas de Happy nada tenían que ver ya con las respingadas nuevas amigas de la futura abogada. Ella ahora se mantenía en la zona pudiente del norte de Maracaibo, mientras Happy era feliz en el sur de la ciudad. Ella se volvió adicta al olor de las peluquerías, él a los remates de caballos debajo de la mata de níspero.

Mientras uno martillaba, la otra redactaba sentencias. Happy frisaba paredes. La madre del niño hacía exposiciones. Él pasaba la noche mirando el techo de su desolación. Ella soñaba con exclusivos bufetes de abogados, olorosos a muebles de cuero. Pasado un tiempo, una hablaba inglés y el otro wayú. Ella se volvió sorda y él mudo.

A ella se le olvidó la promesa aquella, a Happy no.

El amor se fue desbaratando así, con la violenta tranquilidad de la cotidianidad.

La vaina era que, en medio de ese reguero de sentimientos encontrados en el piso de ese anexo prestado, en ese techo prestado, en una casa prestada, no hallaban dónde meter al carajito ese, fruto de un sexo sudoroso de jóvenes imberbes y cachúos, en una sala familiar a medianoche y media.

No sabían qué hacer con el niño ese que aparecía olvidado, a causa de un amor también olvidado, en la batea del patio, entre las obras completas de la librería de la universidad, en la maleta del Escarabajo, en el nido del guacamayo, en las

gavetas de las pantaletas, en el último puesto del bus de Ruta 6, en el horno donde cocinaban los plátanos, entre las herramientas del abuelo albañil, en el piso veintitrés de la tristeza de Happy, entre las ollas de la abuela Fidelia, arriba de la hicoteca que aparecía cada cien años en el patio, entre las tetas de las perras callejeras recién parías, en el bolsillo de la bata del pasante de medicina del Hospitalito, dentro de la tambora de los gaiteros amigos de Happy, en cualquier lugar que no fuese ese querer deshidratado de ambos, de ella y de Happy.

Ahora todo se resumía en un amor dividido en partes desiguales, porque es bien sabido, que uno amó siempre más que el otro.

En ese momento ella le gritó a Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no aguantó más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer, o me llevas tú, o agarro yo misma ese cacharro rojo, y me voy por donde vine.

Happy la miró fijo a los ojos, y estaba listo para rematarla con esa respuesta mil veces ensayada.

Se te olvidó la promesa aquella. A mí no.

Pero en ese momento esas palabras nunca salieron de su boca. Y pasados los años, tampoco de su mente.

## 24.

Ese día Happy había quedado con sus dos principales socios de parranda en verse después del trabajo de obrero. Era viernes.

Ya pasado el mediodía del último día laboral uno siente como un alivio. Algo así como una efímera felicidad que aflora con la primera cerveza. Ese primer trago de cerveza que te pone a ver a todo color, te resuelve la vida y desanuda el destino.

De vez en cuando hay que echarle una ayudaíta al alma, doparla de viernes a domingo. Porque ya el trabajo se encarga de doparla de lunes a jueves.

En eso andaban esos tres hermanos en la parranda cuando, terminada la primera caja de cerveza, a uno se le ocurrió que nos vamos para Los Andes, que en esta verga hace mucho calor.

¿A vivir en Los Andes? Le respondió Happy.

No chico, de ida y vuelta.

¿Pero esa vaina son casi cinco horas de carretera, mijo?

Para eso está el bólido, y los tres miraron a ese Escarabajo, que les devolvió la mirada con sus ojitos redondos.

Entonces lo que parecía descabellado, hacía solo instantes, ahora era la idea más cuerda del mundo.

Había ya amanecido el sábado y la mujer de Happy lo seguía esperando en el anexo desde el día anterior, junto al carajito entretenido con un mango que pasó todo el fin de semana jurungando.

Pasaban las horas y no había noticias de Happy, y por más que le sacaban el mango de la boca al bebé, él volvía a hacer de las suyas. La paciencia de la madre, que ya era poca, estaba tan perdida como Happy ese fin de semana.

Ellos acababan de llegar al pueblo andino de La Puerta y la vida les bendijo con una botella de ron a medio andar, tirada al lado de una de las bancas de la placita principal.

Una cosa llevó a la otra y cuando se percataron, ya era domingo. El hijo de Happy seguía allá en el anexo, jurungando la pepa de mango que era lo único que quedaba de aquella fruta, después de la larga espera.

Para colmo, de regreso a Maracaibo se les accidentó el Volkswagen en las afueras del pueblo. Era la guaya del croche, y en medio de la borrachera lanzaron una moneda al aire para ver quién regresaba a pie al pueblo para buscar el repuesto, y otra monedita más, para ver quién la instalaba en el bólido en medio de esa pea, que ya se había extendido por tres días.

Los dos que se quedaron cuidando el Volkswagen caminaron unos metros y, debajo de una ceiba, vieron a un viejito con sombrero de paja vendiendo canelita. Compraron una botella para sazonar la pea.

La misma buena idea había tenido el cuñado de Happy, a quien le había tocado la tarea de ir al pueblo a buscar la guaya. Por eso, cuando se encontraron entre ellos nuevamente, dando vueltas de felicidad alrededor del Escarabajo, estaban

tan borrachos que se intercambiaban entre sí los nombres, y ya nadie más sabía si yo era yo, o yo eras tú, o tú eras yo, o tú eras tú, y viceversa. Nadie sabía quién era quién en ese grupo de gatos forasteros que caminaban de lado.

El hijo de Happy escurría el tiempo con lo que quedaba del mango después de tres días, mientras su madre preparaba las maletas de su adiós definitivo.

Los tres mosqueteros se turnaban el volante del bólido para equilibrar la pea en esa carretera tan peligrosa. En varias ocasiones casi se matan, por andar en esos caminos de dios con ese radio a todo volumen, escuchando gaita. Pero ni la muerte iba a salvar a Happy de la madre del niño ese que harta le quitó la pepa de mango y la tiró a la basura con un gesto de desesperación.

Si mataron al irresponsable ese, yo lo resucito, me caso con él otra vez, le doy un muchacho, y lo vuelvo a matar.

En eso estaba pensando ella cuando sintió el sonido inconfundible e insolente del carburador del carro de Happy, quien no tuvo una mejor idea, borracho como estaba, que escribir una carta que supuestamente le había dejado en la casa el viernes, antes de salir, diciendo que iba a ausentarse el fin de semana por motivos laborales. Todo mal.

Ese lejano día Happy todavía lo recuerda, nítido.

Ella lo estuvo esperando todo el fin de semana, y cuando él llegó desorientado por el alcohol y ronco de tanto cantar gaitas, su esposa le agarró como venganza el bólido rojo y, sin saber manejar del todo, le metió mano a la palanca de velocidades, acelerando ese Escarabajo hasta más no poder, entre frenazos y olor a guaya de freno quemada, hasta casi estrellarlo contra un muro en la otra esquina, al lado de la tiendita.

Se detuvo a pocos milímetros de la pared con toda la intención del mundo de sacarle la piedra a Happy, y con algo de suerte de principiante ella no terminó matándose.



Viste que el único inventor en esta vaina no eres tú.

Tomó una pausa y le gritó a Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no aguanto más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer.

## 25.

La ex de Happy pasó todo el día en la peluquería porque su hermana menor se casaba.

Medio barrio estaba invitado a esa fiesta, menos Happy, a quien después de la separación, esa mujer le había hecho la cruz. Pero él resucitó al tercer día por obra y gracia de El Búfalo, que cada vez que podía lo invitaba a ver el boxeo de los sábados en la noche.

Ella había sido categórica, tú en esta casa no entras más, y si lo haces será sobre mi cadáver.

Pero al regresar cansada de la universidad volvía a encontrar, una y otra vez, a Happy con las piernas arriba de una caja de cerveza, viendo concentrado el boxeo con su ex suegro en medio de brindis y mentadas de madre al boxeador que iba perdiendo.

Qué haces tú en mi casa, gritó ella con el fervor de la juventud que aún tenía.

Happy bajaba siempre las orejas, como perrito regañado, y cuando estaba por balbucear una respuesta, reventaba la voz de El Búfalo, recordándole que esta casa es mía y aquí entra

quien a mí me dé la gana. Happy, que tan blanco y andino era, se ponía del color de una uvita playera. Pero aun así nunca dejaba de ir a esa casa con la esperanza oculta de cruzar una mirada con su ex, aunque fuera de arrechera.

Yo mejor me retiro, dijo o al menos trató de decir Happy, pero se le adelantó El Búfalo enardecido, de aquí no se mueve nadie hasta que termine la última pelea por el campeonato y, además, se me casa la menor de las muchachas, antes de tiempo, y hay que brindar por eso, Happy, porque usted es mi invitado de honor.

Las hermanas rieron al unísono, mirando de reojo a la madre del niño que despotricaba en silencio contra su padre y su ex.

La primera mamadora de gallo profesional de esa casa era la menor de las hermanas. Pero ya desde algunos días estaba todo el tiempo taciturna, mirando el horizonte y suspirando como asmática. Fue la única que no soltó la carcajada en ese momento.

Estaba preñada.

Aquella lejana noche, la vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega el ocaso, vio a una banda de cinco carajos que iban saltando de bahareque en bahareque, de techo en techo, de mata en mata, hasta llegar al patio de esa casa, donde la menor de las hermanas les esperaba, uno a uno, tirada en esa alfombra rectangular hecha con un pedazo de cartón sobre la arena.

La oscuridad era total en ese patio y también el silencio porque ella solo exigía dos cosas a sus amantes furtivos que, al fin y al cabo, no eran tan difíciles de cumplir. Silencio sepulcral durante absolutamente todo el acto carnal para que El Búfalo no se diera cuenta, y que se la mamaran, antes de cualquier otra acción que se les ocurriera a esos creativos carajos, porque esa vaina trae buena suerte. Trato hecho.

Y así, esa carajita que no tenía tamaño iba despachándolos uno a uno con esas proezas sexuales que esos tipos, a pesar de ser mayores que ella, nunca hubieran podido imaginar, ni en sus masturbaciones más arduas y sinfónicas.

Los hacía venir a su alfombra de cartón y los enrollaba con sus tenazas de cangrejos, con su electricidad de raya, con sus tentáculos de pulpo que los apretaba hasta más no poder, se los comía enteros y los expulsaba con una fuerza tal que salían volando hasta la mata de tapara, donde entre sus arbustos, escondido, el siguiente esperaba su maravilloso turno.

Entonces ese cartón improvisado en la arena se fue deshaciendo por todo ese reguero de líquidos que empaparon, hasta más no poder, esa noche de cielo bajo con nubes cargadas que amenazaban con llover y que oscurecían, aún más, el ámbito.

Llegó el turno del quinto y último de los fantasmas, quien trataba de bajar sus pantalones desesperadamente por la premura y el miedo. Pero antes que ella, acostada sobre el cartón húmedo con las piernas abiertas, pudiera comérselo desafortunadamente, el pobre tipo sintió el aliento frío de una escopeta doble cañón que le dijo, qué está pasando aquí, sin decírselo.

Juro que no la he tocado, alcanzó a decir el último y más desafortunado de los prestigiosos visitantes a la casa del búfalo. Era verdad.

Los otros cuatro se desaparecieron como conejos en sombrero de mago y, en un dos por tres, ya estaban acostaditos en sus camas como niños buenos.

Me malograste a la niña, fue lo único que pronunció el padre. Y no le quitó de la sien esa escopeta, que con sus dos ojos miraban el miedo de aquel muchacho. Estaba tan blanco del susto que iluminaba con el rostro de su desolación el tenebroso patio.

La vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega

el ocaso, levantó los brazos al cielo e hizo que en un santiamén todo el barrio supiera que le malogaron a la menor, verga, le malogaron a la menor, coño, le malogaron a la menor, y no paró hasta que llegó la familia del desgraciado para ponerle fecha al matrimonio por la iglesia con todo y órgano de tubo, porque este coño de su madre me malogró a la menor.

Ese día la ex de Happy pasó todo el rato en la peluquería porque su hermana menor se casaba.

Medio barrio estaba invitado a esa fiesta, menos Happy, a quien después de la separación, esa mujer le había hecho la cruz. Pero él resucitó al tercer día por obra y gracia de El Búfalo, porque de aquí no se mueve nadie hasta que termine la última pelea por el campeonato y, además, se me casa la menor de las muchachas, antes de tiempo, y hay que brindar por eso, Happy, porque usted es mi invitado de honor.

## 26.

A las seis de la tarde ya los cinco sabían. La menor de las hermanas se iba a bañar con una totuma en la batea que estaba detrás, en el patio de la casa. Era un ritual que esos chamos esperaban cada día, una y otra vez, antes del anochecer.

Los binoculares se los habían encontrado perdidos en el hipódromo y con ellos, en vez de ver caballos, veían cada tarde a esa potra de cuero templado, sudor ligero y teticas de hembra guajira.

Ella salía como en puntitas de pie con su toalla a medio andar que le cubría apenas los senos. La parte de abajo parecía minifalda. Los muchachos se quedaban impertérritos ante cada movimiento de esa carajita que les suspendía el tiempo y la respiración a esos tipos que estaban frenéticos porque les tocara aunque sea un instante el binocular, para verte mejor.

Entonces la toalla caía, sin más, y la luminosidad de ese cuerpo impregnaba hasta las hojas de la mata de mango y de níspero y de tapara que circundaban a esa cachorra de tigre, en esa escena que los cinco veían, acalorados, desde la lejana ventana de una de las vecinas.

Pero ese día no era como los otros. De pronto, ella que siempre los ignoraba, ahora con los dedos de las manos les dijo el santo y seña de la hora en la cual los esperaría puntual en ese mismo patio, pero al día siguiente.

Abrió la palma de la mano derecha. Cinco. Y con la otra hizo una V de victoria. Dos. Y con los labios pronunció lentamente. Mañana a las siete.

Citados los muchachos para el día después procedió, ahora sí, a enjabonarse en medio de la indiferencia más desoladora hacia ellos que se golpeaban entre sí, erectos como estaban, por ver quién se quedaba un instante más con el binocular ese, hediondo a pescado.

En ese momento, reventaba desde el más allá de la casa la voz grave de El Búfalo gritando, y usted, hasta cuándo se va a echar jabón en esa vaina.

Ella entonces se echaba dos totumazos de agua fresca más, apretaba el paso, y se devolvía a la casa con saltos de potra joven, dejando detrás de sí una estela de gotas salvajes que salían de sus greñas, sus axilas, de la punta de sus teticas y su pubis, lleno de olas creadas por las miradas de esos muchachos que entraban tristes al binocular ese, y salían felices de la vida.

Su padre la cuidaba como un perro rabioso, aunque muy bien sabía él que ella no era virgen, desde aquella noche que me la dejaron tirada, pasadas las doce de la madrugada, borracha, llena de barro y con el uniforme del liceo desde aquella camioneta de mi desgracia.

A ese coñodesumadre más nunca lo vieron, y hay quien dice, en las noches de aguardiente, que lo enconcharon en La Guajira.

Amaneció. Atardeció. Oscureció.

La vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega el ocaso, vio a una banda de cinco carajos que iban saltando

de bahareque en bahareque, de techo en techo, de mata en mata, hasta llegar al patio de esa casa, donde la menor de las hermanas les esperaba, uno a uno, tirada en esa alfombra rectangular hecha con un pedazo de cartón sobre la arena.



## 27.

La menor de las hijas fue la primera en tener noviecito. Las otras hermanas la miraban con admiración y algo de envidia. Al búfalo de su padre no le gustaba la idea, en general, y menos aun tratándose de la menor. Pero la resignación les había ganado a los celos.

Además, el método de la esposa y madre de las muchachas era infalible, y utilizado con inteligencia de serpiente y manzana. Solo hablaba de los enamoramientos de las niñas en medio de la penetración marital, donde El Búfalo asentía a todo lo que se le pedía con una disposición de gato ronroneando.

La menor de las niñas como que se nos enamoró.

Y esa frase en medio de la eyaculación del padre cachetón bastó para que, a partir de ese momento, el pobre muchacho pobre ese se sentara en la mecedora de mimbre, al lado de su niña prometida, recién bañada, a hablar de cualquier cosa, refrescados por el viento del marullo.

Cuando el noviecito llegaba a hacer la formal visita, ella salía con su pelo mojado y él la miraba enamorado con ojos

de ternero, pensando si era verdad lo que decían esos cinco.

Era verdad, chico, todos la hemos visto desnuda, menos tú, y le daban cita en la ventana, y hasta turno en los binoculares con olor a pescado, pero él se negaba quijotesicamente.

Hasta que un día el papá de la menor de las niñas lo fue a buscar con una escopeta de dos cañones que brillaba desde afuera de la casa del noviecito, como diente de oro, en medio de la profunda oscuridad de ese barrio.

Pero no gritaba el nombre del novio, sino el de su abuela que salga y me dé la cara por el carajito ese que me tiene secuestrada a la menor.

La abuela salió con su bata de pelea, pero Señor aquí no está la hija suya.

Dónde está el nieto suyo, y mientras estaba preguntando, salió pálido el noviecito con las piernitas de mosquito esas a punto de abandonarlo.

El señor del transporte escolar me la tiene que dejar frente a la casa, a más tardar, a la una de la tarde y ya van para las cuatro y nada que aparece.

La familia toda había hecho un sacrificio sobrehumano para poder pagarle el transporte escolar privado a la menor, porque la vaina se está poniendo jodía con la llegada de gochos a Maracaibo, decía El Búfalo, que desde hacía varias generaciones era oriundo de esa ciudad.

Se le había pagado entonces al muchacho ese que manejaba una camioneta larga de latón, más parecida a un carro fúnebre que a otra cosa. Tenía dos puertas y la mayoría del espacio trasero era llenado por niños de todos los colores y olores que iban peleándose entre sí, mientras la camioneta los iba escupiendo en sus respectivas casas.

A la niña me la sientas adelante que ya está grandecita, y no anda para estar recibiendo golpes o malos olores de esos carajitos desordenados en la parte de atrás.

Trato hecho, le dijo el muchacho de cabellos engelatados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero, y botas marrones de colector que le manejaba escuchando vallenato el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Aquí no hay más nadie, dijo la abuela del noviecito, cerrando el paso de la puerta de un portón improvisado con alambres de púa y troncos secos.

Pero El Búfalo forzó la situación y se abrió paso entre la abuela y el nieto, abandonado por sus piernas.

El padre de la carajita entró y apuntó con su escopeta cada instante de la casa como si lo estuviese amenazando, pero nada.

Dónde se habrá metido la inventora esa, se dijo con la respiración pesada.

El verguero duró todo el día porque El Búfalo fue registrando casa por casa en ese barrio de mi dolor, buscando a la hija mía que me la tienen robada. La vaina se convirtió en una redada universal, en un allanamiento apoteósico, en una cacería de brujas medieval, que no se va a parar hasta que yo dé con la desdichada hija mía.

El pobre noviecito estaba de ayudante en la búsqueda del tesoro, sometido al escarnio público, porque usted es tan responsable como yo de la humanidad de mi princesa.

Aquellos cinco no sabían dónde esconder los binoculares para que no les metieran un pepazo en la sien y negaron tres veces, según las escrituras, siquiera haber visto una vez sus piernas prensadas de potra y el borde de sus nalgas detrás de la minifalda que usaba en sus clases de castellano del jueves y, menos todavía, haber visto la punta de sus teticas de india erizarse debajo de la franela de educación física los martes.

Esa hija suya para nosotros es como una niña santa que por santa va a morir niña.

El escándalo y el bullicio que propició El Búfalo se fue extinguiendo con la hesitación de una vela apagándose. El tiempo y la oscuridad hicieron lo suyo, y a las diez de la noche ya todo el mundo estaba recogido, y la menor no había llegado. La preocupación dio paso a la resignación. La resignación dio paso al remordimiento.

Será que yo he sido muy estricto con esa santa, y en esos pensamientos se perdió, aturdido, con el noviecito al lado, inmóvil como estatua de cera.

Era medianoche.

De pronto, un ruido ensordecedor de carro picando caucho y frenando y arrancando, todo al mismo tiempo, resucitó el ámbito del letargo de la madrugada, y de la puerta que se abrió y cerró súbitamente, salió expulsada la menor de las hermanas, con el uniforme del liceo embarrado de arena de playa de Caimarechico, despeinada como palmera, borracha a más no poder, y con una sonrisa de absoluta y perfecta felicidad.

El carro desapareció como magia, dejando un reguero de notas desordenadas en la fresca noche de algo que parecía un vallenato, y de nuevo el silencio y la oscuridad del barrio le ganaron a la realidad.

## 28.

Ese pobre muchacho pobre ese se mantuvo diligentemente al lado de su mujer durante el embarazo, y después de él, como un soldado disciplinado a la orden de lo que necesitase, aunque bien sabía todo el barrio, comenzando por El Búfalo y él, que ese carajito no era suyo.

Padre no es el que cría, sino el que crea, solía expresar en la esquina, en medio de las soporíferas partidas de dominó que podían durar por semanas.

Pero muchacho, tú no eres el padre de esa criatura, tú no lo creaste, insistían esos mamadores de gallo que se burlaban de él cada vez que podían.

No lo creé, es cierto, pero sí me lo creí, y en estos menesteres es lo que más importa.

Ese era su argumento de oro.

Y antes de que recomenzaran a burlarse todavía más de él en ese exclusivo grupo de los cinco, ya él mismo estaba rematando su frase.

Padre no es el que cría, sino el que crea, y vaya si yo me lo creí.

A través de esos argumentos que ensayó hasta el cansancio mientras se bañaba, lograba zafarse, cada día, de la burla de esos otros cuatro testigos que habían estado esa noche en medio de las piernas abiertas de la que, ahora, era su flamante esposa encinta.

Más por disciplina que por miedo, ese muchacho se sometió a los designios de esa familia, y aún más de El Búfalo, a quien se esclavizó devotamente con una fe de monaguillo y una disciplina de raso.

Desde temprano ayudaba a la esposa de El Búfalo con las tareas del hogar y, apenas se despertaban todas las hijas de ese matrimonio, ya el desayuno estaba servido, el café ya colao y las tareas del liceo y universidad de las muchachas redactadas con una precisión de tipógrafo.

En el patio estaban todas las hojas de las matas de mango limpiadas y recogidos los nísperos y mangos desparramados en el suelo. Las ventanas brillaban de tan impecables que estaban y no había quedado un solo ratón, o una cucaracha, porque ya él se había encargado de fumigar cuando todos estaban en la misa del domingo.

El pobre muchacho pobre ese había iluminado la casa con bombillos nuevos, y lustrado los pisos hasta que quedarán como los del Vaticano, donde bien hubiera podido ser canonizado ese muchacho por tantos milagros cotidianos y bienaventuranzas que esparcía, cual ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares, ni de noche, ni de día.

Pero aquel preciso martes, ese ángel los desamparó a todos.

Era el mismísimo día de los dieciocho años de la menor de las hijas que no pudo creer que la cama estaba desordenada, el niño con los mismos pañales, la ropa sin planchar y nada olía a limpio.

Salió corriendo para acusar a ese pobre diablo con su padre, como acostumbraba hacer para que lo pusieran en su lugar, pero se encontró con el cachetón de El Búfalo haciendo un puchero, porque muy rápidamente él se había encariñado con su amoroso esclavo.

Se fue, murmuraron la menor de las hijas y el padre al unísono, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenido a mis dieciocho, apuñaleada por el mismo número de velas rosadas.

## 29.

La fiesta fue apoteósica y ahí estaba Happy como invitado especial de su exsuegro, tratando de robarle un baile a su exmujer, pero ella nada que quería. Dale mujer, y deja los rencores que hoy se nos casa la menor de tus hermanas, le decía El Búfalo señalando con sus labios la pista de baile, como quien da un besito.

El novio estaba sobrepasado por los acontecimientos de una fiesta arreglada en menos de una semana, pero con cajas de cerveza, botellas de chirrinche y chivos como para surtir a un pelotón por tres meses.

Hay que tirar la casa por la ventana.

Por la parte de la familia del pobre novio pobre ese, tan solo estaba su abuela, mientras que por la parte de la novia habían venido abuelos, tíos, nietos y primos de toda la Costa Oriental del Lago con sus tambores y machetes, dispuestos a la parranda y la pelea callejera.

La recién casada con esa barriguita de preñada, fajada por las malas lenguas, bailó acaramelada con todos los hombres



de la fiesta, menos con su flamante marido, que esperaba a la orilla de la pista de baile con su mano levantada, como si fuera a hacer una pregunta en la escuelita. Pero nada.

Ella lo ignoraba olímpicamente.

Cuando por fin pudo bailar con su nueva esposa, justo en medio de la canción, uno de los dos hermanos de la menor y recién casada le brincó de pronto con machete en mano, porque yo sí te voy a picar en dos por haber malogrado a mi hermanita.

Ni siquiera pudo terminar ese pobre hombre el único baile que le concedió el destino con esa mujer fatal de su mala hora.

En medio de forcejeos y mentadas de madre, lograron alejar de la pista de baile al bravucón del hermano con esos superpoderes improvisados que le había concedido la botella de chirrinche que ya bailaba, autónoma, en su espíritu.

El humo que salía del chivo que se estaba asando y el polvorín que levantaban las parejas en la pista de baile de arena anaranjada creaban en el ambiente una espesa neblina que enrarecía, aún más, esa fiesta de matrimonio de mi desdicha.

El pobre recién casado ese planchó los manteles, servía los tequeños con bandeja en mano, tocaba los instrumentos del grupo musical, picaba el hielo para los tragos, llevaba las cuentas de los jugadores de dominó, freía los patacones en la paila de la suegra, arreglaba los peinados a las cuñadas desbaratados por el bullicio y, de vez en cuando, tenía súbitamente que entrarse a coñazo limpio con cualquiera de los abuelos, tíos, nietos y primos venidos de toda la Costa Oriental, que le exigían efímeras y arduas peleas con machete en mano, porque tú nos malograste a la menor.

Precisamente en esa primera fiesta ese clan familiar fue sometiendo paulatinamente a una servidumbre voluntaria a ese pobre diablo pobre, que ya no sabía si se sentía bien o mal o regular, dejando de un lado la propia existencia, para cederla a esa nueva familia política y dictatorial.

Uno de los tíos de la menor de las muchachas se llegó a la fiesta con una carpeta marrón llena de facturas con la que persiguió al recién casado por toda la fiesta durante gran parte de la noche, porque aquí está negro sobre blanco el precio exacto que tú me debes pagar por haberme malogrado a la menor de las sobrinas.

El pobre muchacho pobre terminó entonces su propia fiesta de matrimonio más endeudado todavía de lo que había nacido, a causa de las facturas por pagar, más pobre aún de cuanto ya era por los costos de la excéntrica parranda, amenazado de muerte por media fiesta, y lleno de moretones por los golpes que recibió de gente que en su vida había visto, pero que estaban indignadas porque me malograste a la menor.

Ese día sacó del bolsillo de su corazón el calendario de su viacrucis y calculó, día por día, cuánto faltaba para que la menor de las hermanas cumpliera sus dieciocho años.

Ese preciso día de la mayoría de edad de su flamante esposa, ese ángel de la guarda dulce compañía los desampararía a todos y se iría pal carajo, pero antes mijo, échese un trago conmigo, le dijo Happy con su mirada diáfana y su buen talante de gaitero, que lo mejor del matrimonio es la fiesta del divorcio, y esta vaina se parece igualito.

## 30.

Él salió temprano en la mañana y todavía había restos en la sala de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis dieciocho. Todos estaban todavía borrachos por la celebración de la menor de la casa.

Sabía muy bien que sus pasos lo llevarían a la Alta Guajira. La vaina era cómo llegar.

Fue haciendo el mismito recorrido que solía hacer con su padre para salir de la ciudad. No había una vía más larga y engorrosa porque era el camino de los bares, las taguaras y las tascas con las cervezas más frías de toda la ciudad y las mujeres más cariñosas de todo el Zulia.

Se iba arrastrando por todas las paredes para no caerse por los trastornos del alcohol. Técnica que heredó de su padre, que llegaba a su casa con la mitad del cuerpo pintada de blanco y raspada por las paredes.

Comenzó así su recorrido de bar en bar, cosiendo la ciudad con sus pasos que se dirigían hacia el norte, donde la Plaza de Toros le ponía el punto y final a la urbe. Después de ahí

terminaba Maracaibo y el camino se ponía complicado. Todo era desierto, chivos y cujies.

Antes de llegar a la Plaza de Toros, se paró en una tiendita para comprar tabacos y chirrinche, que era lo que se necesitaba para afrontar, a ciencia cierta, el monte.

Cada vez que veía en el camino una cruz o un altarcito improvisado, donde residía uno de los tantos muertos de La Guajira, hacía pues lo que había que hacer. Le daba un trago de chirrinche al muerto y le dejaba unos tabacos para que fumara la eternidad de su nada.

Bien sabía él que parte de esos difuntos no habían llegado a su destino por no haber honrado al muerto del camino con alcohol y tabaco. Si tú no te bajabas de la mula con tabaco y chirrinche, el mismito muerto te movía el camino hacia otro lado que no era, y terminabas en medio del desierto sin una gota de agua para calmar tu perdición, ni nada que te pudiera servir como punto de referencia.

Le dio un aventón uno de esos camiones tres cincuenta repletos de chivos que se trasladan de un lado al otro de La Guajira. En medio de ese camión, con el berenjenal de chivos, se encontró el pobre hombre, sabiendo que si no te pones pilas, se te mueren los chivos ahogados entre ellos, y te metes en un problemón con el chofer.

Entonces de tanto en tanto él tenía que intercambiar en ese camión los chivos que estaban debajo por los de arriba, antes que terminaran asfixiados, y te bajaran del camión por agüevoneado, y tuvieras que seguir a pie repartiendo alcohol y tabaco a toda cruz que te encontraras en el camino.

Eso le bastó para entender, de una vez por todas, que el destino es una vaina que se resuelve con tabaco y chirrinche, y el que no lo entienda termina muerto, en forma de una cruz de palo de cují, al lado del camino.

Se bajó del camión y siguió caminando por todo ese desierto donde se tambaleaba de tanto trago, y no había siquiera una desgraciada pared donde recostarse para no caerse de la pea.

Se sentía esclavo de sí mismo, porque ya no tenía a quien servirle.

Fue pasando por las trochas, de hacienda en hacienda, siguiendo el camino de los contrabandistas de todo, ya sin nombre, ni tiempo, ni nacionalidad cierta. Quería hacerse polvo con el desierto para que de su nombre no se recordase ni su abuela.

Así llegó a Maicao, como un espanto de esos que salen en el camino y para lo único que sirven es para dar miedo.

Fue preguntando de taguara en taguara hasta subir por la costa caribeña hacia el norte para encontrar al mal nacido ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador que le manejaba escuchando vallenato el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

## 31.

La menor de las hermanas ese día cumplía diecinueve años y como siempre El Búfalo había mandado a llamar a Happy para matar dos pájaros de un solo tiro, durante ese sábado que nadie olvidaría. Vería el boxeo y celebraría el cumpleaños de su hija, la menor, con unas cajitas de cerveza y unas tartaletas cubiertas de ensalada de gallina que tan bien le salía a la esposa de El Búfalo.

A lo lejos se escuchó el bólide de Happy que llegaba con su hijo, con quien vivía desde hacía rato, bajo la flamante identidad incierta de padre soltero. El abuelo Búfalo, al verlos llegar, se frotó las manos y dijo con algarabía, ahora sí se jodió esto, que comience la fiesta.

A pocas casas de ahí ese pobre hombre pobre, regresado apenas de la Alta Guajira, se levantó temprano ese día de los diecinueve años de su exmujer, a la que había abandonado exactamente un año hace. Quería preparar su regalo hasta en sus milimétricos detalles.

Buscó la caja. La envolvió con papel de regalo, color rojo como le gustaba a ella. Le puso un lazo negro. Escribió de su puño y letra una dedicatoria breve.

Mientras tanto en la televisión, dos boxeadores con ojos de cachorro triste se daban la golpiza de su vida por el título mundial de peso pesado, con Happy y su exsuegro sonrojados de la emoción y atragantados de tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

El hijo de Happy distraía a las tías bailando, con cada una de ellas, la salsa o el merengue de moda durante esos años ochenta de vestidos con colores chillones y mujeres de caras redondas y pollinas con lacas.

A ese pobre hombre pobre le llevó casi un año encontrar al muchacho de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador.

O se va él o me voy yo, le dijo la ex de Happy a su padre El Búfalo que no le paró ni media bola, porque estaba lelo mirando la golpiza de esos dos hombres tristes por el campeonato ese. Deja que termine esta última pelea, cantamos el cumpleaños y el marido tuyo se va. Ese no es marido mío, respondió la ex de Happy, sin haber prestado atención a más nada de lo que dijo su padre.

Mientras tanto el hijo de ella y Happy seguía en la pista, bailando con las tías y comiendo tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

Ya por fin estaba lista la caja de regalo que había cuidadosamente confeccionado ese pobre hombre ese para la cumpleañosera que abandonó hace un año. Necesito por favor que le llesves este regalo a la hija menor de El Búfalo y aquí tienes esta platica para unas cervezas.

Pega el venezolano. Se tambalea el mexicano que ya no siente sus piernas. Gancho al hígado. Óper a la mandíbula. Uno. Dos. Conteo del referí. Esto huele a nocaut, señoras y señores.

Mija anda a ver quién está tocando la puerta. Buenas noches familia, disculpen la molestia, aquí les manda un admirador secreto de la menor de las hijas por su cumpleaños. Muchas gracias, tremenda cajota, por favor póngala al lado de la torta.

Tres. Cuatro. Cinco. Y el boxeador mexicano seguía tendido en el suelo con la boca abierta, respirando como pez en la orilla.

Papá, ya esa pelea terminó, te exijo que Happy se vaya de esta casa. Pero El Búfalo la ignoró y le dijo a su hija menor, abra ese regalo, chiquita, para ver quién es el enamorado que le envió semejante caja.

Seis. Siete. Ocho.

El hijo de Happy dejó de bailar con las tías para ver el espectáculo del regalo en esa caja que para el niño parecía todavía más grande.

Nueve. Diez.

La cumpleañera por fin logró abrir esa cajota y gritó como nunca antes en su vida.

Ahí estaba, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis diecinueve, la cabeza diligentemente cortada del muchacho ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador que le manejaba, escuchando vallenato, el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Nocaut.



Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Al otro lado de la ciudad, en un lujoso bufete de abogados, su ex le entregaba una pistola a El Chulo, un secretario de poca monta con ínfulas de Napoleón, que lo único que tenía de aquel francés era el tamaño.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar. El tipo tomó el arma con una seguridad que disfrazaba su cobardía genética.

Era difícil pensar siquiera que ese tal Happy pudiera tener enemigos, y menos aún, enemigos con talante de asesino.

Estuvo cabezón todo el día y cuando fue a buscar al carajito en el preescolar, como todos los santos días de su vida, apenas si le respondió el largo monólogo de radio encendido del hijo con un gesto afirmativo del rostro.

Qué te pasa papi, le dijo el hijo, que lo conocía como si lo hubiese parido. Happy fue ágil y desvió la ardua conversación,

deteniendo de pronto el Volkswagen en las arepitas fritas con pernil, repollo y queso cebú, donde de vez en cuando cenaban. El carajito mío las adoraba, así que se olvidó de la preguntadera.

Esa noche se fueron a dormir, silenciosos, en esa colchoneta de barco que tiraban en la sala de ese apartamento sin muebles, ni electrodomésticos, ni nada, pues apenas se habían mudado a la flamante vivienda popular que más bien parecía una caja de zapatos, entregada en los ochenta por el gobierno de turno a gente sin plata para que pasaran toda su vida endeudados, pagando las cómodas cuotas.

La mañana siguiente comieron, como siempre, huevo frito con mantequilla, y arrancaron en el bólide para el preescolar del carajito y el trabajo de sol a sol de Happy en todo tipo de construcciones, en los barrios más pobres de Maracaibo y en los rincones más recónditos del estado Zulia.

Ni en el desayuno, ni tampoco en el trayecto del apartamento al preescolar Happy pronunció palabra.

Tampoco lo hizo la noche anterior al momento de las tareas del niño. Era la primera vez que no lo ayudaba en sus deberes escolares, y eso al hijo le dio muy mala espina, porque esos dos hombres solteros vivían según las reglas de oro de la piratería caribeña.

Hasta la tristeza era dividida en partes iguales por esos dos amigos que se llevaban treinta años de diferencia.

Qué te pasa, papi.

Pero Happy no respondía porque sus pensamientos estaban todos iluminando a ese maldito revólver que brillaba, aún más, de tanto ser pensado por el pobre Happy ese.

Lo que más me duele no es que me maten, sino que me manden a matar con un güevón. Qué te costaba matarme tú misma, o terminarme de matar, ya que estás.

Qué dijiste, papi.

## 33.

El día que siguió y los venideros estuvieron signados por una tristeza y rabia que juntas terminaban por volverse paranoia.

Happy pensaba que en cualquier momento me van a meter un pepazo por una razón que ni él mismo terminaba de entender. No le había hecho nada a nadie, y menos aún había realizado alguna afrenta tan definitiva que ameritase la drástica ayuda de un revólver.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

Entonces Happy veía en cada esquina amantes inverosímiles que se besaban acurrucados como palomas, y él pensaba que era la ex de su desdicha junto a El Chulo de poca monta con ínfulas de Napoleón, que ahora portaba un arma que maquillaba su cobardía.

Happy comenzó entonces a pensar que estaba sucediendo lo que no estaba sucediendo, y cuando creía que esos dos estaban teniendo sexo, en realidad se estaban comiendo una arepa, y viceversa.

Más que el miedo por el revólver de su muerte, sentía celos porque ella lo había entregado a un tipejo de tal calaña. Esa muerte por encargo le parecía una humillación gratuita. Una afrenta, incluso más grave que la propia muerte, que Happy estaba esperando en cada esquina.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

Y mientras el hijo de Happy iba después de la escuela en ese Volkswagen rojo hablando más que un perico, él apenas si lo escuchaba, por andar pensando en el revólver de su mala leche.

Apenas llegaron a la casa de Fidelia, el carajito no tardó en contarle a su abuela, y confidente, la desdicha que embargaba a su papá Happy. Fidelia le perdonó la vida a su hijo hasta que se comió la segunda arepa. Entonces atacó con su instinto de madre mamífera.

Qué me le pasa, hijo, preguntó Fidelia con la maña esa de las mujeres de interrogar sobre lo que ya saben con puntos, comas y señales.

Vainas del divorcio, mamá.

Una vaina es el divorcio y otra muy distinta un revólver, respondió Fidelia

Ambas resuelven problemas del corazón, contraatacó Happy.

Ojalá hijo, así la vida sería un jamón.

Y remató Fidelia su jaque mate. Happy, los problemas del corazón solo los arregla el tiempo.

Y te digo más, hijo.

El que cargue encima un revólver y no lo vaya a utilizar, se lo mean. Así que vaya a beber bastante cerveza para el mal de amores y para estar bien cargado cuando le toque mearle el revólver al proyecto de hombre ese.

Happy le dejó su hijo a la abuela Fidelia y se fue disciplinadamente a beber cerveza con la certeza de que lo iban a matar ese viernes de su tristeza y, a la hora de la verdad, lo que más le dolía es que iba a morir como un güevón con esa frase que no se le salía de la cabeza, mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

## 34.

La ex se compró varios carros nuevos, último modelo. Entre ellos un Conquistador blanco que terminó manejando El Chulo aquel, y que se le aparecía a Happy en cada esquina.

Más que el miedo por el tipejo armado, a Happy lo atormentaba la curiosidad por saber de dónde estaba sacando su ex tanta plata, porque la verdad es que yo cada día trabajo más, y el dinero es menos.

Todo lo contrario le sucedía a su ex, que cada día invertía más horas en la peluquería del centro comercial, y la plata se le multiplicaba como cotufas.

En eso iba pensando Happy mientras manejaba hacia la enramada de Los Aceitunos en busca de una cerveza bien fría para su mal de amores.

Fidelia jugaba mientras tanto con su nieto en la batea del patio a los barquitos con unos potes vacíos de margarina que bastaban para resucitar la Batalla Naval del Lago. Ellos pasaban horas juntos, acaso sin mediar palabra, con una especie de intimidad que tenía como cómplice el silencio.

La diferencia de edad entre el nieto y la abuela era tan grande que terminaban coincidiendo en algún punto de la infancia, o acaso la vejez. Eran dos soledades tan amables, la de Fidelia y ese carajito, que terminaron acompañándose toda la vida.

El Conquistador blanco seguía parado en la esquina, amenazante. Pero frente a él estaba el Volkswagen Escarabajo color rojo, escoltando a Happy, y mirando de reojo al carro aquel. Pendiente de cualquier vaina.

Estaba ya comenzando la segunda cerveza y le dieron la charrasca a Happy para que gaiteara. Inmediatamente puso la cerveza en el piso de tierra rojiza y comenzó a charrasquear, justo en medio del primer estribillo.

En eso anduvo un largo rato, sin quitarle el ojo a El Conquistador blanco que seguía ahí, sin ser invitado.

Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Pero la única arma que Happy tenía en sus manos era esa charrasca de metal que se vio a sí mismo sosteniendo como un perfecto cabrón, porque el malnacido ese anda con un revólver encima, y mírame a mí con esta vaina.

Ya los dedos del furrero, tamborero, cuatrista y Happy, el charrasquero, estaban agrietados e hinchados de tanto tocar, pero él seguía aupando la parranda a ver hasta cuándo iba a aguantar ese Conquistador blanco ahí.

Ya el hijo de Happy dormía recién bañado y entalcado por su abuela Fidelia, que ahora esperaba como siempre, silenciosa y atenta, en la ventana del frente de su casa que su hijo Happy llegara de la parranda.

A la hora que fuera.

## 35.

Ese día Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla, mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, sonrojado del supuesto esfuerzo. A ese padre lo único que le faltaba era llevar a ese tripón en su vientre de cervecero y parirlo, solía decirle mamándole gallo, el abuelo Búfalo.

Entonces pasó, sin que se diera cuenta.

El niño solía sacar la cabeza del bolido rojo de Happy y disfrutar de ese viento lacustre que envolvía todo su rostro, dándole una sensación de libertad plena que conservaría, intacta, durante toda su vida. En cada país que visitaría en el futuro, y a todas las edades de su existencia, y cada vez que pudo, realizó ese gesto infantil. La libertad que experimentó siempre fue la misma, y jamás cambiaría con el pasar de los años.



Antes de meter nuevamente la cabeza en la ventana de ese Volkswagen rojo, respiraba tan hondo que la acción siempre terminaba en un largo bostezo relajante que daba paso a una observación minuciosa de cada detalle del mundo a su alrededor. Le encantaba escrutar su mundo.

Pero ese día algo cambió, para siempre.

Lo que antes eran letras, meras formas coloridas que no querían decir nada más que eso que veía el niño, ahora resulta que eran mágicas palabras, sacadas del sombrero de la lectura.

Hasta ese momento, el hijo de Happy solo veía letras de todos los colores del arcoíris en los afiches, buses, periódicos, comercios, que solo significaban eso que observaba. Nada más y nada menos.

Pero ahora esos objetos raros que los adultos llamaban letras, y que al carajito le gustaba tanto mirar por la ventana del bólido, se convertían sin más en palabras con un significado preciso que obligaban al hijo de Happy a hacer algo que no se había propuesto ni sabía hacer. Leer.

De pronto se sintió esclavo del significado de las palabras que entraban en su humanidad, a pesar de él, y se quedaban ancladas en su espíritu. Antes, ese niño veía las letras y ya. Ahora, estaba destinado a mirar las palabras y consumir su significado, lo quisiera o no.

Está leyendo, carajo. Se dijo Happy sabiendo lo que se venía.

Su hijo intuía, con su intuición de niño, que algo de su libertad se había esfumado con esas letras que juntas hacían palabras. De las que ahora se sentía preso.

Por qué lloras, hijo, le dijo Happy con la vista puesta en el camino.

Su hijo respondió con un puchero.

La respuesta era tan obvia que ese niño no encontraba las palabras para explicarla. Antes él veía el mundo desde la

ventana del b6lido con total libertad. Las cosas eran lo que 6l quer6a que fueran con la varita m6gica de su imaginaci6n de infante. Pero ahora el mundo se le presentaba explicado, interpretado. Digerido.

El ni6o b6rbaro que hasta ese momento fue se sinti6 encarcelado por la civilizaci6n que cambi6 ese d6a el olor del pan, de la panader6a cerca de su casa, que 6l asociaba con los signos P, A y N, por la dictatorial palabra PAN que, con olor o sin olor a pan, quer6a siempre decir lo mismo, pan.

El ni6o sab6a, cada d6a, que estaban llegando a la escuela por los innumerables colores y olores de las flores que en la esquina le saltaban a la vista y al olfato, anunciando que estamos ya en la F L O R I S T E R 6 A. Pero, a partir de ese d6a de su estupor, los sentidos que tan bien ve6an y ol6an las flores, eran desplazados por la desgraciada raz6n que, ahora, lo primero que percib6a era la palabra FLORISTER6A, brillando en un aburrido afiche luminoso.

Era una cat6strofe. El A B C se le volvi6 la palabra abecedario. Se vio a s6 mismo domesticado, como el ganso de la abuela Fidelia.

Por qu6 lloras, hijo, le dijo Happy con la vista puesta en el camino.

El hijo segu6a con su puchero. Al fin y al cabo, lo 6nico que quer6a ese trip6n era contemplar el mundo, y ahora alguien que 6l no sab6a se lo narraba como si fuera un dictado de escuela.

Lo peor es que no hab6a marcha atr6s. Una vez que comenzaste a leer ya no hay desle6da, y por m6s que ese ni6o se frotaba sus ojos, ah6 le segu6a apareciendo el mundo narrado con palabras que alguien m6s escribi6.

La civilizaci6n lo hab6a jodido.

Ahora las palabras, y ya no m6s las letras, impon6an un significado al mundo que, de pronto, no era m6s su mundo.

La realidad entonces se comenzó a poner más pequeña, se comenzó a encoger.

La palabra le daba un mundo ya masticado.

Y así, al descubrir en ese Volkswagen al improviso que sabía leer, el mundo se le presentó sin más con un manual de instrucciones que él no le había solicitado a nadie.

Pensó entonces en su abuela, quien se negó testarudamente hasta su muerte a dejarse joder por los afiches que pasaban por afuera de la ventana de su autobús cotidiano. Fidelia en ese bus de Ruta 6 optó por no leer el mundo de neones que veía por la ventana, y prefirió perderse en las palabras de otros mundos posibles y compositibles que existían en esos libros raros que ella portaba consigo, de ida y vuelta, camino a su trabajo.

Esa tarde, Happy dejó a su hijo en la casa de su mamá Fidelia, como todos los días, y el niño saltó enloquecido del bólido rojo para preguntarle a Fidelia, abuela, cómo se lee un libro.

La abuela le acarició el pelo creándole un remolino, y le dijo con una voz tan tierna que parecían retazos de seda saliendo de su boca, algún día leerás muchos libros, mijo, y hasta escribirás algunos.

Los rumores se volvieron realidad y la realidad, testaruda como es, siempre termina por explotar en forma de escándalo.

Y ahora cómo se lo explico al carajito este, se preguntó Happy.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Pero algo había de diferente en ese día que apenas comenzaba.

Happy llevaba una pena en el alma que, esta vez, le era prácticamente imposible de maquillar. Fingió entonces una sonrisa de circunstancia que no convenció al hijo, y arrancó camino a la escuela, como cada mañana.

Muy rápidamente el niño se dio cuenta de que su padre estaba tomando un camino que él nunca había recorrido antes. Pero no pronunció palabra porque estaba ensimismado con la cabeza fuera de la ventana, llenando su boca de ese viento lacustre que le ponía la lengua saladita, y a él le encantaba.

El padre seguía testarudamente con su maniobra secreta, evitando las avenidas principales. El hijo seguía fingiendo demencia que, al fin y al cabo, es el deporte más practicado en el Caribe.

Happy, que conocía de memoria a su muchacho, bien sabía que él sabía lo que ese padre no quería que supiese, aunque ya lo supiera tan bien que quien realmente no sabía lo que ahora el niño sabía, era Happy.

El hijo pensó seriamente en preguntarle a su padre por qué estaba tomando caminos tan raros, pero calló. El padre pensó seriamente en contarle a su carajito el porqué estaba tomando caminos tan raros, pero también calló. El silencio es una especie de acuerdo tácito en el presente que siempre termina por ser un apoteósico desacuerdo futuro.

Siguió Happy serpenteando el camino hacia la escuela y haciendo todo lo humanamente posible por no tomar esas avenidas principales con sus colas lentas como bolero, sus cornetas sordas como cotizas y sus vendedores de periódicos en cada color rojo de cada semáforo.

El problema ahora era que a Happy se le habían terminado las pequeñas calles alternativas, y obligatoriamente debía tomar una de las arterias principales de la ciudad para poder llegar al puerto seguro de la escuela.

Iban en retraso cuando desgraciadamente todo sucedió.

Apenas el bólido rojo agarró la avenida La Limpia que tanto trató de evitar Happy, se encontró embotellado en una de esas colas interminables, con cornetas chillonas que propiciaban un ambiente delirante de circo, y vendedores de periódicos, en cada semáforo, llevando en sus manos esa primera plana de mi dolor que Happy trató de evitar a toda costa que su hijo viera.

Al improviso se acercó al bólido uno de esos pregoneros con periódico en mano gritando insistente, última hora, última hora.

Una vez que ese niño comenzó a leer, sin proponérselo, esa portada desgraciada de su martirio, ya no hubo marcha atrás.

Por más que ese carajito se frotaba sus ojos llorosos, ahí seguía apareciendo ante su consternación ese titular a seis columnas con el nombre de su madre, con la foto de la ex de Happy, y la palabra estafa y la palabra cárcel y la palabra abogada, recién graduada.

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de su hijo brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada del padre. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes de pan dulce, esquivando la nariz árabe, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la lectura, cuando no se quiere leer lo que se leyó, ni saber lo que pasó.

Ese día el niño no llegó a la escuela. Ni Happy al trabajo.

## 37.

Era sábado y comenzó a llover.

El viento era tan fuerte que sacudió con una de sus ráfagas todas las matas de mango de la ciudad que soltaron de un solo golpe todos los mangos que tenían, y las calles del barrio quedaron tapizadas, de punta a punta, con mangos maduros.

Para poder abrirte paso entre esa espesa alfombra de mangos amarillos tenías que ir comiéndotelos a medida que ibas caminando. En eso andaba Happy, camino a la enramada donde le esperaban sus amigos con ganas de beber y tocar gaita.

Llegó embuchado de mangos al lugar y lo primero que hizo fue pedir una cerveza bien fría.

Happy, y quién te dijo que la cerveza pega con el mango.

Compadre, la cerveza pega con todo, respondió Happy, percatándose de que ahí estaba, nuevamente, El Conquistador blanco alumbrando con sus faros la humanidad de ese Happy que, francamente, ya estaba perdiendo la paciencia.

Después de la quinta cerveza ya había agarrado suficiente valor para acercarse a ese lujoso carro blanco, tocar con sus nudillos el vidrio ahumado, y esperar que apareciera El Chulo escondido ahí dentro para ver qué es lo que es.

Pero ese no era el talante de Happy que, más bien, era un tipo afable con el que provocaba jugar dominó, y jamás de los jamases, caerse a puño limpio, o peor, a sucios tiros. Pero es precisamente ese el problema de la gente tranquila cuya paciencia, supuestamente infinita, es proporcional a la violencia con la que pueden actuar, si te pasas de la raya.

Arrancó el cuatro con la introducción de la primera gaita de la noche y, después del octavo acorde, reventaron al unísono la tambora, el furro y la charrasca, que como siempre estaba en las manos de Happy.

La música le dopaba el alma, el cansancio y hasta sus preocupaciones de obrero en aquel piso veintitrés. Mientras duró ese primer set gaitero en la enramada se había olvidado incluso de El Conquistador blanco ese, acechando los retazos de felicidad que le había dejado el divorcio, el revólver en manos de El Chulo ese e, incluso, aquella promesa que su ex, ahora flamante abogada de la República, nunca cumplió.

En medio de la tercera gaita sintió un dedo índice que, amenazante, le tocó el hombro desde atrás, como quien toca un timbre con urgencia. Happy no tuvo que voltear para saber quién era.

El tipo ese apagó el aire acondicionado de El Conquistador.

Apagó las luces de El Conquistador.

Apagó El Conquistador.

Se acomodó el revólver en la parte detrás de su pantalón, sostenido por la correa de cuero negro.

Se sacó la camisa para que no se viera el arma.

Se bajó de El Conquistador ese y cerró con la llave la puerta blanca del vehículo, desde afuera.



Happy sintió que alguien le tocó el hombro desde atrás como quien toca un timbre con urgencia. Él no tuvo que voltear para saber quién era.

El Conquistador quedó detrás de los pasos del tipo ese que se acercaba, acechante, aprovechando que Happy estaba perdido en el territorio delirante de la música que, al fin y al cabo, era la geografía misma de su existencia.

Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Todavía unos pocos pasos separaban a los dos hombres. Uno empuñando un revólver escondido debajo de su cobardía. El otro empuñando una charrasca justo en medio de la parranda.

Happy esperó los acordes que faltaban para que terminara la gaita y volteó súbitamente. Las miradas de los dos hombres se cruzaron. Pocos instantes les separaban.

En ese momento comenzó a llover, nuevamente, durante ese sábado de mi tragedia.

El gato de Fidelia se comía los libros hasta que ella comenzó a leérselos. Trato hecho. A partir de ese momento habían sellado un pacto, ese felino y ella, y ya Fidelia no tendría que pegar las hojas de esos libros como rompecabezas, en ese bus de Ruta 6, camino a su trabajo.

Era negro y se llamaba Barbare. Un gato gordo que visto de lado parecía una almohada doblada. Y poco a poco llegó a ser el mejor compañero de lecturas de Fidelia. Pasaban horas haciendo crítica literaria y comentando todo tipo de excentricidades de Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García con argumentos irrefutables que fueron truncados de pronto por una vecina que, alarmada, le vino a dar noticias del escándalo de Happy, allá en la enramada.

Antes que Fidelia, salió el gato Barbare a ver qué pasaba. Fidelia, tu hijo, tu hijo, Fidelia, exclamó la vecina.

Entonces Mamá Fidelia se paró de su mecedora de mimbre a ver qué pasaba. El gato negro se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana.

Happy sintió que alguien le tocó el hombro desde atrás como quien toca un timbre con urgencia. Él no tuvo que voltear para saber quién era.

Cómo está, vecina. Por allá anda el hijo suyo armando un espectáculo con un tipo armado.

Y qué hizo ahora ese muchacho.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron. Pocos instantes les separaban.

Happy trató de decir algo, pero el tipo se le adelantó. Te salvas porque me tengo que ir de este país de mierda. Explotó el peo.

Se la lleva, intuyó Happy. Y en el mismo instante el tipo respondió a esa pregunta que Happy nunca llegó a hacer.

Ella se va conmigo.

Happy pensó en el revólver. El tipo pensó en la charrasca que tenía Happy en la mano. Él estaba dispuesto a todo. El tipo no. Happy se dio cuenta. El tipo también. Se paseó como un pavorreal por toda Maracaibo con ese revólver, y ahora que me tiene de frente, no lo saca.

Entonces Mamá Fidelia se paró de su mecedora de mimbre a ver qué pasaba. El gato se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana y pensaba que quien cargue encima un revólver y no lo vaya a utilizar, se lo mean.

Happy, allá, debajo de la enramada, la escuchó con la voz secreta del pensamiento. Paró de llover.

El tipo sacó el revólver. Happy supo que era un gesto de miedo. Todo el grupo de gaiteros dio un paso atrás. El tipo lo apunto en la cabeza. Happy sintió el aliento frío del metal brillante. Mátame y salimos de esto. El tipo bajó la mirada y después el revolver.

Te salvas porque me tengo que ir de este país de mierda. Dijo altanero, pero cagado en los pantalones. Explotó el peo.

Ella se va conmigo. Remató irónico.

Entonces Happy, sin quitarle la mirada de los ojos al tipo, dejó caer la charrasca. Se bajó el rache del blue jeans que cargaba. Extrajo con maestría su güevo. Lo dirigió hacia el revólver, y se lo meó. Cuando la última gota salió, se lo volvió a sacudir mirando fijo al tipo, porque así le había enseñado su padre. A los hombres se les mira fijo a los ojos, Happy. En ningún momento le quitó la mirada. Comenzó a llover.

De pronto una vecina, alarmada, le vino a dar noticias a Fidelia del escándalo de Happy, allá en la enramada. Fidelia, tu hijo, tu hijo, Fidelia. El gato se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana.

## 39.

Era día de las madres. Y Fidelia, como siempre, se puso a cocinar un hervido que daba para toda la familia y los invitados que tocaran la puerta, extraviados. La pobreza, cuando festeja en el barrio, logra el milagro de la multiplicación del pan y el vino.

Una humazón de leña encendida habitaba todos los rincones de esa casa humilde donde siete almas en pena que bajaron de Mérida a Maracaibo seguían intentando por todos los medios, y sin ningún medio, echar palante, sin que ninguno se perdiera en el intento.

Cuando más estaba encendida la parranda familiar, y mientras Happy y su padre cortaban con un machete el racimo de plátanos del patio para hacer patacones, unos desconocidos tocaron a la puerta.

Happy, precavido y hasta paranoico como andaba desde que comenzó su separación con su ex, salió antes que nadie a ver qué pasaba, con machete en mano. No sacaba de su mente la amenaza del revólver aquel.

Pero en lugar de un Conquistador blanco, Happy vio algo que lo sorprendió, y antes de que pudiera reaccionar, ya Fidelia con su bata de festejar había salido al frente de la casa a ver qué estaba pasando.

Sorprendida, Fidelia encontró tres camiones blancos parados en fila india, delante de esa casa pobre y suya.

El jefe de la encomienda, gordo y sudado como estaba, le dijo, usted es Fidelia y, antes de que ella pudiera contestar, la sorprendió con una tarjetica rosada, made in USA, sobre la cual estaba escrito, con el puño y letra de la ex de Happy, querida Fidelia, la condición de suegra nunca se pierde, así que feliz día de la madre, mi amor.

De pronto, una cantidad inimaginable de objetos nuevos y brillantes comenzaron a bajarse de esos camiones que de tan blancos que eran escupían de entre sus entrañas todo tipo de productos de línea blanca, nevera, lavadora, secadora, cocina, plancha, licuadora, microondas, y cuando ya parecía que no había más objetos, comenzaron a salir de sus vientres televisores, aires acondicionados, ventiladores de todos los tamaños y colores, camas individuales y matrimoniales, hamacas para las noches tristes del patio, sillas plegables de piscinas de rico que no tenían, vajilla completa de cerámica colombiana, muebles de cuero gringo, comedor con sus doce sillas y centro de mesa, y poco a poco la anciana mecedora de mimbre se vio tan pobre y desgraciada que se tuvo que tomar de las manos con el radio viejo y ronco del abuelo albañil que, en medio de tantas cosas nuevas que brillaban, se sintió aún más pobre y miserable en el lugar donde menos lo hubiera imaginado. Su propio hogar.

Era día de las madres. Y Fidelia, como siempre, se puso a cocinar un hervido que daba para toda la familia y los invitados que tocaran la puerta, extraviados. Al final, los choferes de los tres buses y los nueve caleteros se vieron a sí mismos comiendo el hervido de Fidelia en el patio, brindando por la

vida. La pobreza, cuando festeja en el barrio, logra el milagro de la multiplicación del pan y el vino.

Al imprevisto, la casa se veía tan rica por dentro, que se vio en ese instante aún más pobre de lo que era por fuera.

Fidelia no salía de su asombro.

Fidelia siempre la quiso, así que con su silencio aceptó el regalo.

Fidelia entonces se fijó en Happy, que seguía en la entrada de la casa, boquiabierto, con el machete en la mano.

Ese día Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla, mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Pero cuando llegaron al estacionamiento para montarse en el bólido rojo se encontraron con El Conquistador blanco y su mirada prepotente, aguardándolos.

Happy y su hijo se miraron con esos ojos idénticos, del color del papelón.

Del carro blanco salió la madre del niño, emperifollada como siempre. El olor del perfume francés comprado en alguna tienda lujosa del centro comercial de moda cacheteó a ambos.



Tras su aroma, llegó ella.

Salió de El Conquistador con una elegancia recién adquirida. Olía a peluquería. Hablaba de peluquería. Miraba como peluquería. Usaba hombreras que la hacían ver todavía más imponente. Pollina encima de su breve frente, sostenida por una tonelada de laca. Traje de dos piezas, holgado y unicolor, chillón. Aretes. Cadenas. Esclavas. Reloj de oro. Un equilibrio precario entre la elegancia y la vulgaridad.

Les dirigió la palabra como si ambos, padre e hijo, hicieran parte de su nómina del bufete de abogados. Ellos escuchaban con humildad. Al fin y al cabo, pasaron toda la noche durmiendo en el suelo, como cada día, en una colchoneta de barco.

Tengo grandes proyectos para el niño, dijo ella convencida, pero sin convencer a nadie.

Cómo así, le contestó Happy con un hilo de voz, y protegiendo a su muchacho de forma discreta, con su postura y su mirada.

Se acerca su cumpleaños y quiero celebrarlo como se merece mi hijo. Botar la casa por la ventana, pues.

Happy no contestó nada, solo observaba.

La madre acarició la cabeza del niño y le dijo que no se preocupara que ella tenía todo planificado, y que le regalaría un cumpleaños que nunca olvidaría.

Así fue.

Esa mañana, Happy y el niño como pudieron se libraron de la situación, y se montaron en el bólido rojo, que salió picando caucho. En el camino a la escuela el padre trató de hablar de otra cosa, pero su hijo apenas si se percató, porque sus pensamientos estaban perdidos en esa rara situación que acababa de vivir con su madre.

Happy se sinceró, y también guardó silencio a lo largo del trayecto hacia la escuela.

Faltaba todavía casi un mes para su cumpleaños, y tanto Happy como el futuro cumpleañosero se habían olvidado de eso que para ellos había sido una especie de amenaza, y para la madre algo así como la hazaña de su vida.

Pero un martes cualquiera en la mañana, camino a la escuela y a pocos días del cumpleaños, cuando ya casi aquel raro encuentro con la madre y la promesa de una fiesta apoteósica se les había olvidado por completo, Happy y su carajito vieron con asombro en radio, prensa y televisión de la ciudad la invitación a mi fiesta de cumpleaños que celebraré junto con mi mamá en el parque de diversiones de la ciudad de Maracaibo, que será cerrado completamente al público para la ocasión, en honor a tan distinguido infante, hijo de La Doctora.

## 41.

El hijo de Happy no quería despertar, a pesar de las cosquillas de su padre. Era su cumpleaños.

No quiero ir.

Amanecieron en la colchoneta esa con medio cuerpo afuera. El niño estaba creciendo y se les hacía cada vez más difícil dividir el sueño en ese minúsculo espacio. Pero más difícil aún se les hacía la idea misma de dormir separados.

Pero tienes que ir, le insistía el papá.

Happy sacó un ponquecito con una vela azul recién encendida y se puso a cantarle el cumpleaños feliz te deseo yo a ti, cumpleaños, cumpleaños, cumpleaños feliz, y los dos aplaudieron en esa colchoneta de barco tirada en el suelo de la sala, donde aún estaban ellos, recién despertados, despeinados, solteros y felices.

El niño sopló la vela y pidió un deseo, que ese día no se le cumplió.

Entre los dos recogieron la colchoneta del suelo, con sus sábanas y almohadas tibias todavía por la noche, y colocaron todo bien ordenado en una de las esquinas de la sala de ese apartamento de obreros, completamente vacío.

Happy se asomó por el balcón y ahí estaba El Conquistador blanco, esperando. Su hijo se percató de todo al ver la mirada taciturna del padre y cómo tragó grueso sin pronunciar palabra alguna.

No quiero ir.

Bajaron las escaleras a medio andar. El niño estaba recién bañado con su pelito peinado de lado y su cuello entalcado. Iba en chores, cotizas y franela simple porque como le ordenó su madre a Happy por teléfono, yo le llevo una ropa nueva con zapatos y todo, para que se cambie en mi carro.

Happy acompañó a su hijo hasta El Conquistador blanco que se lo tragó sin más y arrancó con el carajito rumbo a mi fiesta de cumpleaños que celebraré junto con mi mamá en el parque de diversiones de la ciudad de Maracaibo, que será cerrado completamente al público para la ocasión.

No quiero ir.

De pronto, El Conquistador blanco se detuvo en el lugar de la fiesta y, al abrirse la puerta del carro, comenzó de inmediato el circo con decenas de personas que ese niño nunca había visto en su vida, aquí está el cumpleañosero, señor juez, aquí está mi hijo, magistrado, le presento a mi muchacho, doctor, aquí está el orgullo de mamá, alcalde, y el niño seguía dando su manito perdida a máscaras con sonrisas de anime y dentaduras que brillaban con el sol, tornando el ambiente aún más irreal.

El cumpleañosero, en medio de todos esos desconocidos, miró con más atención su entorno como para enterarse en dónde lo habían metido, y vio un mundo frenético alrededor de él que no paraba, ruedas de la fortuna daban vueltas sobre su propio eje, carritos chocones chocaban entre sí, algodones de azúcar se inflaban como nubes, monstruos y dráculas y zombis cubiertos con sábanas daban miedo en un cuarto oscuro, elefantes y jirafas y motos y helicópteros giraban

y giraban con los niños del señor juez, del magistrado, del doctor, y el alcalde, adentro.

El hijo de Happy, mientras tanto, seguía esclavo de una sesión de fotos que le organizó su madre para el principal periódico de la ciudad, que amaneció, al otro día que era domingo, con la sección Sociedad entera dedicada al fastuoso cumpleaños del hijo de La Doctora, que fue acompañado por sus más íntimos amiguitos, hijos, sobrinos y nietos del señor juez, el magistrado, el doctor, y hasta el alcalde.

Entre fotos oficiales, saludos formales, recepción de regalos y respuesta a todo tipo de preguntas inútiles, se le fue escurriendo el tiempo al cumpleaños, que le pareció infinito.

Logró resistir a semejante maratón de sinsabores gracias a los tequeños que, a partir de ese momento, fueron para él una especie de signo de libertad y se convirtieron en una de sus debilidades endémicas.

Se encontró aburrido y sentado en el suelo con los bolsillos de sus pantalones nuevos, comprados en Miami, está barato dame dos, repletos de tequeños para sus amigos del barrio.

Cuando estaba por anochecer y pensaba que todo estaba perdido, escuchó a lo lejos el sonido inconfundible del Volkswagen rojo, del bólido de su salvación, que venía a toda velocidad en su auxilio, porque mañana hay que madrugar para ir a la escuela. Del carro salió Happy con su sonrisa de oreja a oreja. Los ojos color miel del padre y su muchachito se encontraron.

Esa noche, después de todo el parampampán, durmieron abrazados y cupieron ahora sin problemas en esa colchoneta de barco, tirada en el piso.

## 42.

El hijo de Happy se despertó tempranito, incluso antes que su padre, porque quería abrir esa infinidad de regalos que le habían ofrendado los hijos, sobrinos y nietos del señor juez, el magistrado, el doctor y hasta el alcalde.

Ese apartamento de obrero, que normalmente estaba completamente vacío, había amanecido repleto de paquetes de regalo, de todos los colores, olores y sabores.

El niño tuvo la sensación de que era veinticinco de diciembre y, además, interpretaba todo ese montón de obsequios como el salario justo por haberse avocado responsablemente, durante su fiesta de cumpleaños en ese parque de diversiones, a tomarse fotos oficiales con su mejor sonrisa, a implicarse en saludos formales de obispo gordo, y a dar respuestas diplomáticas de todo tipo a toda suerte de preguntas inútiles por parte de los encopetados que la madre había invitado a esa fiesta infantil que, más bien, parecía un mitin político de alcalde de pueblo.

El olor a nuevo de los coloridos paquetes impregnó las calles adyacentes al apartamento de obrero, atrayendo a todos los niños del barrio, que hicieron una cola de tres cuadras para poder tocar, mirar y oler esos luminosos juguetes que, de tanto oler a nuevo, hacían brillar los ojitos de los tripones de la zona, que en su vida habían visto un botín de pirata del Caribe de esa magnitud.

Inmediatamente aparecieron los vendedores de cepillaos, cotufas, algodones de azúcar y pastelitos de papa con queso para ofertar sus exquisiteces en esa larga cola de carajitos pendientes de entrar en el paraíso de ese apartamento de obrero, aunque sea por cinco minutos.

El anfitrión hacía entrar, de dos en dos, a los invitados para mostrarles el Nintendo que apenas había salido, o las más recientes consolas de Intellivision y Odyssey, o el Pedalo de moda que te hacía caminar más rápido que de costumbre, o los dos peluches tamaño natural de un león y una leona para jugar al safari en ese apartamento vacío, o los carritos de metal Hot Wheels que transitaban en pistas con curvas y subidas y bajadas, y el hijo de Happy jugaba orgulloso porque, además, se había guardado para sí el más lujoso de todos los carritos de metal, que era una reproducción fidedigna del carro de moda para la época, El Conquistador blanco.

De pronto, el niño se sintió como una especie de reyezuelo, como el hijo de La Doctora, como el mandamás del barrio que recibía, enreyecido, en sus aposentos, a esa plebe de carajitos, acostumbrados a inventarse juegos en la calle, y no a que los juegos vinieran confeccionados desde el norte en paquetes de regalos brillantes y con lazos, listos para ser jugados.

Los juegos callejeros, el escondido, picao, pelotica de goma, fusilao, trompo, petacas, pisé, fueron cambiados, al improviso, por juguetes con pilas y juguetes eléctricos, y los familiares juegos de mesa, ludo, cartas, bingo, donde todo el mundo

salía peleado entre sí pero contentos, fueron cambiados por esas consolas de videojuegos traídas de Florida, con sus hipnotizantes pantallas encendidas a toda hora.

Happy, desde lejos y sin intervenir, vio a su hijo con ínfulas de no sé qué, dando órdenes a los otros niños con su dedito inquisidor, castigando a quienes no le hacían caso con la exclusión súbita de sus aposentos, y amenazando con que, o se portan bien, o los saco de esta juguetería de centro comercial en la que se había convertido esa sala de apartamento de obrero.

No le perdió pisada a su madre, pensó Happy con la vista fija en la colchoneta que su hijo había escondido en uno de los cuartos, por temor al qué dirán.



## 43.

Una vez que recibió su título de abogada, la vida de esa mujer cambió de la noche a la mañana. Inmediatamente, varios prestigiosos bufetes estaban interesados en la joven promesa, debido a sus excelentes calificaciones, y a su belleza contagiosa.

Pasó de ser una estudiante que llegaba a la universidad en un bus con su carajito a cuestas, a pasearse ahora por la ciudad en un Conquistador blanco o en una camioneta Caribe cuatro por cuatro, o en un Mustang deportivo con los plásticos todavía puesto en los asientos de cuero claro.

Todo en ella ahora olía a nuevo.

El acuerdo entre la flamante abogada de la República y Happy había quedado bien claro: él trabajaría de sol a sol como obrero en el mundo de la construcción y suspendería sus estudios de ingeniería para que ella pudiese continuar su carrera de derecho y, una vez graduada, entonces Happy retomaría y finalizaría la universidad.

Trato hecho.

Pero el día de la fiesta de graduación de la mamá del niño, a Happy le quedó más que claro que esa vaina del acuerdo entre ellos dos se había desaparecido, por obra y gracia del título de cuero de chivo que ahora ella exhibía orgullosa por toda la fiesta, vestida de toga y birrete.

Hasta ese instante, La Doctora tenía al niño cargado. Pero al momento de recibir el título universitario, la madre le entregó la criatura a Happy, quien lo conservaría hasta el final de la fiesta. Ella pasó toda la noche con el diploma en sus brazos, arrullándolo orgullosa cual si fuera un recién nacido.

Quizás molestamos a La Doctora. Acaso era mera paranoia del padre, pero lo cierto es que cuando Happy y el niño estaban en un lado de la fiesta, la flamante abogada se movía al extremo opuesto. Será que olemos mal.

El padre y el hijo estuvieron gran parte de la celebración de la graduación persiguiéndola por toda la fiesta, sin éxito alguno. Ya está bueno, mejor nos vamos a comer arepitas fritas con pernil y repollo, le dijo Happy al carajito, quien aceptó de inmediato por lo aburrída de la noche, y lo mucho que le gustaban esas arepitas que se habían convertido ya en uno de los pequeños placeres que compartían padre e hijo.

Cuando salieron del recinto, la ex de Happy apenas si saludó desconcentrada a su hijo, pues andaba ocupada hablando con el señor juez, el magistrado, el doctor y hasta el alcalde, escoltada por un chulo a quien ella misma le daría, más tarde, un revólver porque dicen las malas lenguas que el padre de mi hijo te anda buscando para matarte.

Happy en esa fiesta se sintió como cucaracha en baile de gallina.

Precisamente recordaba esa sensación mientras comía las arepas junto a su hijo que, en nombre de la verdad, no le había dado ninguna importancia a la situación y estaba, más bien, contento y aliviado de haberse escapado con su papá de esa

fiesta de encopetados donde, hasta los niños, tenían cara de jueces o magistrados.

No supieron más de la madre, ni esa noche terminada la fiesta, ni el día después que era laboral, ni durante la semana que pasó rápida, en medio de huevo frito con mantequilla en la mañana, traslado de ida y vuelta a la escuela, juegos infantiles en la placita del barrio y noches de viento lacustre que arrullaban a padre e hijo en esa colchoneta de barco.

A partir de ese día, Happy se prometió no olvidar la promesa aquella, como método desesperado para así poder olvidarla a ella.

## 44.

Después de varios días sin saber del paradero de la mamá del niño, apareció sin que nadie la esperara. Acababa de regresar de Miami con un traje de esquí acuático de color negro y amarillo y unos salvavidas profesionales *made in USA*, que te traje para que vayamos a esquiar, hijo.

Pero, mujer, quién te dijo que en Maracaibo hay montañas con nieve para esquiar, pensó Happy sin pronunciar palabra.

No seas demodé, el último grito de la moda en Florida es esquiar sobre agua, le respondió su ex al pensamiento de Happy, con la prepotente seguridad de quien ha descubierto la fórmula de la relatividad del tiempo.

La Doctora se acababa de comprar una lancha que estacionaba en el muelle de ese Penthouse que, por cierto, también había comprado durante el mes en curso, a orillas del Lago y con un ascensor que daba directamente a la sala del apartamento con exclusiva vista panorámica a todo el litoral maracaibero.

Ella usualmente trabajaba hasta el jueves, y el viernes arrancaba junto a ese inseparable chulo, que la acompañaba a todas partes, y que ahora incluso manejaba sus cuentas. Ambos se la mantenían juntos viajando a los más codiciados destinos de moda para la época, Margarita, Aruba, Curazao, Miami.

Los lunes regresaban bronceados al bufete de abogados, con olor a mueble de cuero, donde ella ejercía de abogada, mientras él no se sabe qué hacía.

Detrás de la ex de Happy había un séquito de familiares y amigos cercanos, cuyo mérito más grande era decirle que sí a todas las excentricidades y cambios repentinos de humor de La Doctora. Como moneda de cambio, ella iba repartiendo carros y casas y ropa y todo tipo de regalos en medio de esa especie de borrachera súbita que había agarrado por tanto tanto, tan rápidamente. Todos sus allegados terminaron dueños de una fortuna que habrían de conservar, incluso, después de que ella despilfarrara la suya.

La madre de ese niño se había enamorado perdidamente de los objetos que ahora por fin podía adquirir. Desgraciadamente ese amor nunca fue correspondido y esos objetos terminaron por abandonarla; más rápido de lo que ella imaginaría. Con esos objetos también se marcharon todos esos allegados de su riqueza, que tanto decían que sí a todo con la cabeza y que, de pronto, comenzaron a decirle a La Doctora un no infinito, el día exacto de su desgracia.

Happy le dijo a su ex que él podía llevarle al niño hasta su nuevo apartamento, frente al Lago, para que hiciera esquí, porque le quedaba cerca de su trabajo.

Era viernes.

Salieron pues del oeste de Maracaibo en el bólido rojo, camino a la zona pudiente del norte de la ciudad, donde se encontraba el lujoso edificio, recién comprado por La Doctora. Ella los esperaba abajo con el pelo recién pintado

y cortado a la moda, en la peluquería del centro comercial de siempre.

Cuando por fin llegaron al lujoso edificio, Happy no lo pudo creer. Su ex había escogido para esperarlo una franela blanca de mangas azules con un estampado tamaño natural en su parte delantera del rostro de ella junto a El Chulo. Ambos con los cachetes pegados y rodeados por un corazón.

Happy dejó al niño en el lugar y saludó torpemente con lo que le quedaba de voz, por el nudo en la garganta de su infelicidad que lo sofocaba, como si fuera corbata de abogado.

Salió del estacionamiento del edificio de su ex e inmediatamente entró en el edificio de al lado, donde precisamente él trabaja como obrero en ese piso veintitrés de su arrechera, desde donde miraba, comiendo una viandita fría, a su hijo esquiar sobre el espejo de agua del Lago de Maracaibo, junto a su madre y El Chulo, que se veían tan felices en esa lancha, como felices se veían en esa franela de mangas azules.

Toda la mañana se escucharon sirenas de patrullas. Pero cuando los policías llegaron al apartamento de obrero donde vivían Happy y su muchachito, ya ellos se habían marchado para el trabajo y la escuela.

Conoce usted al tipo del Volkswagen rojo. No, señor. A qué hora salió de aquí. A las seis de la mañana. Será que ese tipo, alias Happy, vive solo. No, oficial. Con quién vive. Con un niño, chiquito. Seguro es el hijo de la que andamos buscando. Qué horario tiene el tipo ese. Pues, sale temprano en la mañana con el hijo y regresan tarde en la noche. Pero cuando la interrogada estaba respondiendo, ya la sirena de la patrulla estaba sonando a lo lejos. La habían dejado hablando sola.

Sirenas seguían sonando por toda la ciudad en medio de allanamientos, puertas derribadas, gente detenida, gritos y llantos desesperados. Soy inocente, oficial, soy inocente, se escuchaba gritar a trabajadores del banco que salían esposados y cabizbajos. El banco ahora estaba intervenido y rodeado por sirenas encendidas y chillando como recién nacido.

Llegaron las patrullas con su bullicio a la construcción de lujo, frente al Lago, donde trabaja el papá del niño. Ha visto usted a alias Happy. Ya él no trabaja aquí. Pero me dijeron que aquí trabajaba. Tiene usted razón oficial, pero eso fue hasta ayer. Sospechoso lo que usted me cuenta. Sospechoso o no, es así, oficial. Y el alias Happy ese dijo algo antes de marcharse, replicó el policía. Sí, oficial, nos dijo que se le arregló la vida con el nuevo trabajo que le ofrecieron. Sabe usted dónde es ese trabajo. No, oficial. Pero cuando el interrogado estaba respondiendo, ya la sirena de la patrulla estaba sonando a lo lejos. Lo habían dejado hablando solo.

En medio de luces rojas y azules de sirenas que daban vueltas sobre sí mismas y una bulla ensordecedora, llegaron los policías a la casa de Fidelia, preguntando por el hijo suyo que está metido en tremendo problemón, señora. En un problemón están metidos ustedes si no me dicen ahora mismo qué pasa con mi muchacho, respondió altanera la señora Fidelia. Su hijo está metido hasta los tequeteques en una estafa a uno de los bancos más importantes de la ciudad. Y cómo sabe usted eso, o es que ustedes son adivinos, dijo Fidelia ya casi sin paciencia. Porque la mujer de alias Happy es una de las sospechosas, señora. Y quién le dijo a usted que mi hijo tiene hembra. Aquí tengo el acta de matrimonio, señora. Pues busque también el acta de divorcio, porque esos dos ya no están juntos.

Fidelia bien sabía de la separación de Happy con la mamá del niño, pero también sabía que esos dos no habían firmado ningún divorcio porque, como le dijo su hijo en secreto de confesión, la esperanza es lo último que se pierde.

Los policías trataron de irse y dejar hablando sola también a Fidelia, pero ella los sorprendió con una taza de café recién colado y el álbum de recuerdos familiares que les sacó, y que los funcionaron tuvieron que ver detenidamente por horas,



so pena de romperle el corazón a la vieja andina esa, que nos convenció con argumentos de madre mamífera que su hijo es un santo, que están por canonizar en el Vaticano.

Es cuestión de días para que viajemos a Roma para el acto de canonización, qué digo yo canonización, más bien santificación, porque el Papa me debería santificar al Happy.

Mucho lo siento señora, pero si su hijo no está aquí, tendremos que llevarnos presa a una de las hijas mayores, para que aparezca el sospechoso por las buenas o por las malas. Pero Fidelia no los dejó terminar y les salió al paso. De sospechosos tienen cara ustedes que se ve que no le han metido ni al desayuno, así que se me comen estas arepitas andinas apenas salidas del budare, que aquí no van a meter preso a nadie, porque esta es una casa de andinos decentes y trabajadores.

Ya Fidela, no sabía qué otro artilugio inventarse para que los policías no se llevaran a nadie de ese hogar, pero la verdad es que se le habían acabado los pretextos, el café y las arepas, que en esa casa siempre están contaditas para que no sobren, pero tampoco falten en la mesa nuestra de cada día.

Necesitamos que salgan de los cuartos todos los miembros de la familia con sus cédulas de identidad en mano, dijeron los policías con cara de ladrones.

Pero cuando estaban saliendo, en pijama y fila india, cada una de las hijas de Fidelia, se escuchó en el fondo el estruendoso sonido del carburador del bólido rojo de Happy que de tan atorrante que era, opacaba incluso el ruido inconfundible de las sirenas policiales.

Buenas, buenas. Dijo contento Happy, abriendo los brazos de par en par, como si fuera a abrazar en un solo gesto, y al mismo tiempo, a todos los presentes en esa casa. Primero que todo la bendición mamá Fidelia, y segundo, qué carajo está pasando aquí con todas estas señoritas en pijama, delante de estos señores desconocidos, dijo Happy de buen talante.

Pero los policías no mediaron palabras y le bajaron esos brazos, abiertos de par en par, para esposarlo con gestos más bien bruscos y rebuscados.

Es usted alias Happy, preguntaron a una sola voz.

Quien viste y calza, respondió sonriente el hijo de Fidelia.

Pues entonces usted está detenido, en nombre de la ley.

Fidelia hizo todo lo posible por retener a esos policías, pero no hubo poder humano que lo lograra. Se llevaron a su hijo, esposado.

Happy se trató de hacer el loco, pero bien sabía qué andaban buscando esos funcionarios, y en el fondo él se sentía tan culpable como su ex por seguirla protegiendo, a pesar de.

Todos los enamorados del mundo deberían estar presos, por cómplices.

Dígame dónde está su mujer, preguntaron los dos detectives. No tengo hembra. Pero este papel dice que ella es su esposa, replicó uno de los policías. Y quién le dijo a usted que los papeles saben de guayabos y despechos. Le estamos hablando en serio, ciudadano. Esa mujer y yo ya no tenemos nada. Y el hijo en común, preguntó el detective. Ajá, y qué hacemos con el carajito, lo picamos en dos por el cachimbo, preguntó a su vez Happy. Si sigue de contestón va a pasar mucho tiempo guardado tras estas rejas. Con su permiso, señor oficial, pero yo soy el primero que anda buscando a esa

mujer para meterla presa, porque me robó el corazón. No se me ponga cursi que a esa ciudadana la andamos buscando por una estafa grande a un prestigioso banco de la ciudad. Si de estafas colosales se trata, pónganme inmediatamente como parte acusadora, porque créame que yo soy el primer estafado por esa mujer, desde los tiempos de la universidad. Señor alias Happy, esta vaina no es un confesionario para que usted nos ande sermoneando con su mal de amores de telenovela venezolana. Pero si fueron ustedes los que me trajeron espasado para hablar de mi ex, es más, si me dan un trago de ron, amanecemos aquí hablando de ella y mis pesares. Los policías se miraron desconcertados, y el de mayor grado jerárquico le ordenó a su subalterno, tráiganle un roncito a este hombre, y de paso me traes uno a mí.

Inmediatamente, mi comandante.

La escena teatral de hombre enamorado que recitó Happy, y la botella de ron que se bebieron esos dos policías junto a Happy, y los cuentos lagrimosos de Happy sobre su ex, y las gaitas y vallenatos por el despecho de Happy que cantaron a tres voces, y esos dos gendarmes contándole a Happy sus desamores, y las carcajadas nerviosas porque en esta vaina a los tres nos han pegado cachos, y toda la noche de parranda en ese retén municipal de mala muerte, al fin y al cabo, lograron hacerle ganar tiempo a su expareja para que pudiera fugarse del país, aprovechando la desconcentración de la policía de Maracaibo que terminó, completica, metida en esa cárcel provisional, convertida en bar de mala muerte, donde todo el mundo bebía a más no poder, escuchando los cuentos de Happy de cuando El Chulo ese me perseguía por toda la ciudad para matarme con un revólver, o la promesa incumplida de La Doctora que, después que se graduó, me la cambiaron por una sifrina que no reconozco, o El Conquistador blanco echándole malos ojos a mi pobre Volkswagen rojo, o la meada

que le eché al amante de ella mientras me apuntaba con una pistola, o, o, o.

Todas esas vainas me hizo esa mujer, señores oficiales. Y les digo más, si ustedes la encuentran, por favor, me la traen aquí para que pague cadena perpetua, pero en la celda de mi corazón.

Se echó otro trago de ron. Salud.

El recinto quedó de pronto poblado por un sinfín de policías, con sus uniformes hediondos a caña y cigarro, que lloraban como Magdalena y echaban tiros al aire de la arrechera y el dolor, por las desgracias y pesares de alias Happy, víctima desolada de esa impune estafadora de sus sentimientos.

No la dejen libre, señores oficiales, para que no ande por ahí robando corazones, dijo Happy cursi por el ron.

Los policías borrachos como estaban, lo miraron por fin como lo que realmente era, el último romántico de Maracaibo.

Pero la verdad era que, muy dentro de sí, Happy moría de miedo por el solo hecho de pensar que alguno de esas decenas de policías ebrios se diera cuenta que él, en realidad, estaba ganando tiempo con ese teatro lacrimoso que montó, y que a esa hora precisa ya seguramente la mamá de su hijo habría cruzado la frontera por el lado de la Alta Guajira, en un camión de chivos.

Al final los policías dejaron ir a Happy. Ese hombre está limpio, no tiene ni cara ni cuerpo de ladrón.

Eran las cuatro de la madrugada cuando la madre del niño abrió los ojos sin poder dormir por la tribulación. Del otro lado de la ciudad, y en el mismo instante, también Happy había abierto los ojos. Ambos se pensaron al mismo tiempo, algo que no pasaba desde los primeros amoríos de ellos en aquella universidad de su recuerdo.

Dónde andarás metida, mujer, sentipensó Happy. Y ella respondió desde su cama mirando el techo, aquí ando, pero si te ven conmigo te joden. Y acaso yo soy mocho, pensó Happy en esa colchoneta de barco tirada en el suelo. Protégeme a mi muchachito, te lo ruego, Happy. Eso estoy haciendo desde que me dijiste que estaba nadando en la pecera de tu vientre. Por mí no te preocupes, yo estaré bien. Y claro que me preocupo, mujer, eres la madre de este niño que tengo roncando al lado. Solo porque soy la madre de tu hijo es que te preocupas por mí, le preguntó ella. Y Happy replicó con el corazón latiendo en su mano, no voy a contestar a esa pregunta. No me busques, que yo te buscaré, le escuchó decir Happy a su ex. Ahora

mismo salgo a buscarte, mujer. No Happy, yo te busco cuando salga de todo este lío donde me metieron.

Pero Happy ya había dejado de pensar en ella, y se estaba poniendo apurado el pantalón y calzándose para ir en su búsqueda y esconderla, o llevársela fuera de Maracaibo, o yo qué sé.

También ella se comenzó a vestir con prisa porque, antes de irse de la ciudad de Maracaibo, quería ver, aunque fuese un instante, los idénticos ojos color miel de su hijo y de Happy. La verdad era que, por primera vez, sintió realmente que los extrañaba y necesitaba. A ambos.

Entonces Happy despertó a su niño y salió despavorido a buscarla. Lo mismo hizo ella. Happy dejó a su niño en la casa de Fidelia, porque tengo que hacer algo urgente, mamá. Su exmujer dejó durmiendo a El Chulo en la cama de ricachones esa. Happy iba a toda velocidad hacia el norte pudiente de la ciudad en su bólido rojo con los faros todavía con lagañas, porque también se acaba de despertar. Su ex iba a toda velocidad hacia el sur pobre de la ciudad en su elegante Conquistador blanco donde El Chulo había dejado olvidada la pistola.

Ella por fin llegó al apartamento de obrero donde vivían Happy y su hijo, pero resulta que esos dos salieron temprano, Doctora, le dijo una de las chismosas del barrio que en las noches no dormía, pendiente de qué estaban haciendo sus vecinos las veinticuatro horas del día.

Lo mismo le dijo el señor de la garita del apartamento de lujo, frente al Lago de Maracaibo, donde vivía La Doctora, salió temprano y sin su marido, señor, afirmó el vigilante de la garita del edificio con su uniforme azul y su gorrita de jazzista. Su marido soy yo, carajo, respondió altanero Happy, que cuando lo hacían arrear se le salía el andino cerrero que llevaba por dentro.

Entonces Happy detuvo el Volkswagen frente al edificio de ella, y lloró.

Entonces ella detuvo El Conquistador frente al balcón del apartamento de Happy, y lloró.

Entonces ambos se recordaron de cuando Happy les dijo a todos en la Universidad del Zulia que ella era su novia, para alejarle los pretendientes, porque tú serás mía. Entonces ella se vio a sí misma joven, chiflando como pajarito australiano de madrugada, para que Happy entrara a la casa de sus padres, mientras ellos dormían. Entonces ambos recordaron ese primer amor sudoroso en el mueble de los suegros donde él entró en ella hecho millones y salió con la certeza de que estoy preñada, Happy.

El desencuentro de esos dos carros rodando en sentido contrario terminó encontrándolos en esa tierra de nadie donde los enamorados no dejan de amarse, a pesar de los pesares, aunque de la boca para afuera juren odio eterno.

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de ella, allá en el norte de la ciudad, brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada de él. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes, esquivando las narices, guajira de ella y árabe de él, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la vida, cuando no se quiere vivir lo que se vivió, ni saber lo que pasó.

Esas lágrimas ahogaron, por un breve instante nomás, el triste recuerdo de Happy por aquella promesa incumplida de ella.



La mamá del niño se enteró que estaba embarazada, nuevamente. Qué, exclamó Happy desolado. Le va a parir a El Chulo.

En ese momento su exmarido se dio cuenta de que realmente todo había terminado. Que esa criatura que estaba en gestación era algo así como el punto y final de nuestra historia.

Happy sintió un vacío hondo en el pecho, como un susto que no se quita, como una intuición de que algo malo va a pasar y no pasa, como extrañar a alguien cual si hubiera muerto, pero no se murió nada.

Esta vaina es lo que llaman despecho, nojoda.

En el pasado ya esa mujer había hecho méritos suficientes para despechar a Happy pero, por algún motivo, él siempre interpretó todo como un punto y seguido, o un punto y aparte, en la historia de su amor.

La esperanza, que es lo último que se pierde, esta vez había sido amordazada por la cruel realidad de El Chulo preñando a la mujer de mi vida. Punto.

El Chulo, cobardón como era, hizo todo lo humanamente posible para que Happy se enterara. Ya esta vaina es un peo personal, dijo Happy en medio de la parranda gaitera, y le mandó de vuelta un mensaje a El Chulo, clarito como agua de coco.

Que te quede claro, yo amo a esa mujer, y amo todo lo que tenga guardado en la busaca de su cuerpo y su alma.

Era cierto, Happy amaba incluso el odio que esa mujer llegó a tenerle, odio acaso inspirado, paradójicamente, en la mala conciencia de todo lo que ella misma había hecho. Ella llegó a odiar todo lo que Happy era, incluso su mismísimo amor por esa mujer preñada.

Entonces Happy fue a contarle todo a su más grande confidente, su bólido rojo. Agarró apurado las llaves del carro con las lágrimas empujándose entre ellas para salir en tropel del ámbito de sus ojos.

Pero Happy era demasiado Happy como para que lo vieran llorar. Por eso aceleró el paso y se montó con prisa en el Volkswagen, antes de que cayera aquel aguacero caribeño, de pronóstico reservado, en la playa de sus ojos.

El bólido rojo lo escuchó, durante el trayecto, con la paciencia de un confesor y con el nudo en la garganta de su motor. Happy no dejó de hablarle durante todo el camino, mientras hacía los cambios de velocidad y ponía las luces de cruce, hasta que el bólido no aguantó más y, de pronto, se detuvo de la tristeza. No era gasolina, tampoco un caucho espichado, ni siquiera la batería o los bujes, era que también ese carrito que parecía de juguete, se había puesto a llorar desconsoladamente.

Está preñada, chamo, le dijo Happy al bólido.

Pero como respuesta hubo un silencio, propio de un objeto inanimado, que lo trajo a la realidad de su monólogo solitario dentro de ese automóvil.

Me estoy volviendo loco. La verdad hay que estar bien solo en este mundo para ponerse a hablar con una cosa, se dijo. Inmediatamente comenzó a reír, mientras lloraba.

También el bólido rojo rio y lloró con él.

Ella salió de madrugada, acompañada por El Chulo ese, que se paró de mala gana porque solía dormir hasta pasado el mediodía. Tenemos que desaparecernos de este país cuanto antes, le dijo ella a El Chulo, mientras lo sacudía medio dormido.

Déjame dormir, chica, que solo dormí trece horas.

La ex de Happy sabía muy bien que sus pasos la llevarían a la Alta Guajira, donde es bien sabido que a la gente se la come el mundo. Ahí iban a parar todos los contrabandistas, políticos, y hasta curas, escapados de la justicia humana, y la divina, porque hasta a Dios le costaba llegar allá, donde el diablo dejó perdidos los interiores.

La vaina era cómo escapar hasta el norte de La Guajira para una doctora como ella y un flojo como El Chulo.

La ex de Happy salió, pues, del lujoso apartamento y fue haciendo el mismito recorrido que solía hacer en ocasiones con su madre para salir de la ciudad e ir a Maicao a comprar telas para coser, escapadas de El Búfalo. Ahora utilizaba las mismas callecitas, casi desconocidas por el común de los

mortales, para evitar a esos policías que la andaban buscando como palito de romero.

Comenzaron así su recorrido, cosiendo la ciudad con sus pasos que se dirigían hacia el norte, donde la Plaza de Toros le ponía el punto y final a la urbe. Después de ahí terminaba Maracaibo y el camino se ponía complicado. Todo era desierto, chivos y cujies.

Tengo sed, dijo El Chulo, y ella inmediatamente le salió al paso fastidiada. No hemos salido de la ciudad y resulta que ya tienes sed. Cómo será cuando agarremos ese desierto, subidos en un camión de chivos.

Antes de llegar a la Plaza de Toros, la mamá del niño paró en una tiendita para comprar tabaco y chirrinche, que era lo que se necesitaba para afrontar a ciencia cierta el monte.

El Chulo la criticó indignado, por qué mejor no compras whisky, mujer. Y quién te dijo que esta vaina era para ti, chico.

Bien sabía ella que cada vez que se veía en el camino una cruz o un altarcito improvisado, donde residía uno de los tantos muertos de La Guajira, había que darle un trago de chirrinche al difunto, y dejarle unos tabacos para que fumara la eternidad de su nada.

También sabía la ex de Happy que parte de esos difuntos no habían llegado a sus destinos por no haber honrado al muerto del camino con alcohol y tabaco. Si tú no te bajabas de la mula con chirrinche y tabaco, el mismito muerto te movía el camino hacia otro lado que no era, y terminabas en medio del desierto sin una gota de agua para calmar tu perdición, ni nada que te pudieran servir como punto de referencia.

El Chulo, con la lengua afuera de la sed y el cansancio, se puso a beber el chirrinche de los muertos, porque a falta de whisky cualquier vaina es buena. Hasta el chirrinche de mierda este, que sabe a difunto, se deja beber.

Les dio un aventón uno de esos camiones tres cincuenta repletos de chivos que se trasladan de un lado al otro de La Guajira. En medio de ese camión con el berenjenal de chivos ese, se encontró esa pobre mujer, sabiendo que si no te pones pilas, se te mueren los chivos ahogados entre ellos, y te metes en un problemón con el chofer.

Entonces, de tanto en tanto, ella tenía que intercambiar en ese camión los chivos que estaban debajo por los de arriba, antes que terminaran asfixiados y te bajaran del camión por agüevoneado, y tuvieras que seguir a pie repartiendo alcohol y tabaco a toda cruz que te encontraras en el camino.

En esos menesteres andaba ella, sudada y hedionda a chivo, mientras El Chulo la veía desde la baranda del camión sin ayudar, jartando chirrinche y fumándose el tabaco de los muertos de La Guajira.

El destino en el Caribe es una vaina que se resuelve con tabaco y chirrinche, y el que no lo entienda termina muerto, en forma de una cruz de palo de cují, al lado del camino. Así que le quitó el chirrinche y el tabaco de las manos a El Chulo y le dijo, respeta que vamos a terminar perdidos, o lo que es lo mismo, muertos en este desierto de nuestro escape.

Si te cagas en los vivos, al menos respeta a los muertos, carajo.

Fueron pasando por las trochas, de hacienda en hacienda, siguiendo el camino de los contrabandistas de todo, ya sin nombre, ni tiempo, ni nacionalidad cierta. Ella quería hacerse polvo con el desierto para que de su nombre no se recordase nadie, ni la justicia, ni su hijo, ni Happy, que debían estar allá en Maracaibo, preguntando por su ausencia.

El camión de chivos los dejó en La Raya, porque a partir de ahí se desviaba para una finca. Ella bajó primero del camión con soltura y elegancia, pero a El Chulo le costó descender por lo torpe que era, y porque andaba ya borracho de tanto chirrinche y tabaco.

Caminaron unos pasos apenas, viendo cómo el camión se alejaba tras una cortina de arena anaranjada del desierto. A los pocos metros, y ya completamente solos en ese camino culebrero, encontraron el primer altarcito en el piso con su cruz hecha de madera de cují. Ella miró a El Chulo y señaló la botella con la punta de sus labios para que le dieran un trago al muerto que se acababan de encontrar. Pero él levantó la botella como un trofeo, mostrándole orgulloso que ya se había mamado todo el chirrinche que quedaba.

Ella se llevó la mano a la cabeza, y El Chulo le reprochó indignado, vas a ponerte a creer en cuentos de camino de los indios esos. La agarró de mala gana por un brazo y le dijo, sigamos caminando por el infierno este, que los policías nos vienen pisando los talones.

Ella se persignó.

Después de horas de caminar hacia ningún lugar, la mamá del niño se dio cuenta de que estaba sucediendo lo peor. El mismito muerto que habían dejado detrás sin chirrinche ni nada les movió el camino hacia otro lado que no era, y terminaron en medio del desierto, sin una gota de agua para calmar su perdición, ni nada que me pudiera servir como punto de referencia.

La mamá del niño se detuvo de pronto, se llevó las manos a la cabeza, caliente por el solazo, y pensó en Happy con esa intensidad que solo puede tener una mujer preñada.

Venme a salvar, hombre.

## 50.

Happy había logrado por fin salir de las pesadas jornadas de trabajo como obrero raso, gracias a un amigo que se encontró por casualidad en la calle, y que le dio una dirección y un número de teléfono, porque están buscando un supervisor de obras, pero con experiencia previa como obrero, para que no se le suba el cargo a la cabeza.

Yo mismo soy.

Cuando el papá del niño se presentó para el trabajo, resulta que quien estaba haciendo las entrevistas laborales a los candidatos era aquel mismo amigo. Pero no me dijiste que eras tú el que estaba seleccionando, le dijo contento Happy. Porque quería ver la cara de cagao con la que precisamente llegaste hoy, le respondió su amigo riendo.

El trabajo es tuyo, Happy.

La noticia fue una caricia al alma de Happy quien, en un solo instante, vio pasar delante de sus ojos todos esos días de duro trabajo para mantener a su muchachito.

Reventó a llorar.



Pero compadre, como es eso que se me va a poner a llorar con esta buena noticia, si los Happys no lloran.

Lloro de arrechera y felicidad, compadre. Porque este trabajo de obrero de sol a sol no solo te hace doler la espalda, sino más aún el alma. La gente cree que los edificios de lujo caen del cielo con las lluvias de junio, o de las matas de mango, mamón o níspero. Esos bichos los construimos nosotros.

Déjate la vaina, Happy, que ahora el que voy a llorar soy yo, le respondió el compadre, entre mamando gallo y en serio.

Bueno, vamos a dejarnos de güevonadas y vamos a hablar de vergas serias, el trabajo consiste en viajar por todo el estado Zulia, que es mollejuío, supervisando obras en construcción, sobre todo en la parte de aguas servidas. Tú le echas pichón, Happy.

Si quieres comienzo ahora mismo, compadre.

Pero Happy, te quiero advertir algo. Puede ser que un día estés en la Costa Oriental del Lago, otro día en la zona ganadera de Machiques, el día después en Bobures, en el Sur del Lago, y más tarde, en La Guajira, cerca de La Raya, donde termina Venezuela y comienza Colombia. No es trabajo fácil, compadre Happy.

Y quién te dijo a ti que yo le tengo miedo al trabajo, compadre. Si yo trabajo desde chiquito. Es más, trabajo de tan niño que cuando yo pensaba que estaba jugando, resulta que lo que estaba era trabajando para llevar a la casa la arepa nuestra de cada día, y así ayudar a mi viejo que me enseñó todo lo que sé de albañilería y construcción en general.

Compadre, puedo comenzar hoy mismo.

Por casualidad tienes algo por allá en La Guajira, dijo Happy con cara de culpable. Pero Happy, tú como que tienes una tachona por aquellas trochas. Sea serio, compadre, que esto es trabajo. Happy simplemente esquivó el llamado de atención cual torero y replicó, después te cuento, compadre.

Bueno Happy, resulta que te tengo algo, pero bien lejos de La Guajira. Vete para la Isla de Zapara, allá en el Municipio Padilla, porque cerca de la entrada de la bahía El Tablazo, la Gobernación está haciendo unos trabajos que debemos supervisar.

No se diga más. Arranco para allá.

Una pregunta, antes de que te vayas, Happy. En qué condiciones está el Volkswagen ese tuyo. Compadre, ese bicho no vuela porque las alas están muy caras. Ese carro mío le gana hasta a un Conquistador de esos blancos con aire acondicionado.

Bueno, me voy para que me rinda el tiempo.

Happy se montó en el bólido rojo y arrancó para el exacto lado contrario de Zapara, rumbo a La Guajira, mientras escuchaba en la radio a un juglar melancólico cantarle a una mujer perdida, regresa, porque los ausentes son sombras del alma, o sombras de amor.

## 51.

Happy salió como alma que lleva el diablo rumbo al norte de Maracaibo. Llegado a la Plaza de Toros, se detuvo en una tiendita aledaña para comprar todo el chirrinche y el tabaco que pudiera y así poder aplicar, hasta en sus mínimos detalles, el preciso plan que tenía en la cabeza.

Abastecido de todo lo necesario, emprendió su camino hacia La Guajira en búsqueda de su ex. Venme a salvar, hombre, seguía diciéndole ella, a través de la voz del recuerdo de él.

Cada vez que la voz de su memoria irrumpía en su pensamiento, Happy aceleraba ese bólido rojo que estaba haciendo todo lo que podía para llegarles lo más rápido posible a los dueños de El Conquistador blanco que habían dejado mal estacionado en el edificio de lujo aquel, por la premura del escape.

Happy les iba pisando los talones a esos dos prófugos, o al menos así lo creía él, amparado en las migajas de esperanza que le quedaban.

En algún lugar de La Guajira esos dos seguían completamente perdidos, en medio de la resaca de El Chulo, que se quejaba más que un infante con hambre y sueño. Ella no podía más, venme a salvar, hombre.

Mientras tanto, Happy se había encontrado al primer muerto del camino, que de tanto descansar en paz en ese desierto guajiro no veía la hora que pasase un vivo y le diera, por fin, caña y tabaco, para olvidar la eternidad de su aburrimiento.

Ese muerto, y los otros que fue encontrándose en la ruta, le agradecieron en el alma por los tragos de chirrinche y esos tabacos que fumaban con un vicio que, más bien, parecía de gente viva.

Fue tanta la caña que repartió Happy y el tabaco que fumaron esos muertos de aburrimiento, que las conversaciones altisonantes y el humo agrio que exhalaban pudieron ser percibidos allá en la distancia por los dos extraviados.

Tengo miedo, dijo El Chulo, ahora resulta que estoy escuchando voces, y oliendo humo, en medio de un desierto.

Ella no respondió a la necesidad de ese comentario, porque estaba concentrada en el SOS desesperado que Happy seguía escuchando, allá en la distancia de su búsqueda por su ex.

Venme a salvar, hombre.

Happy había repartido tanta caña y tabaco a toda crucecita o altarcito que se encontrara, que ya había emborrachado a todos los muertos de La Guajira, a quienes ahora les pido por lo que más quieran, de borracho a borracho, que le destuerzan el camino a la madre de mi hijo.

Pero esa mujer no anda sola, Happy, le replicó el difunto con más autoridad y mayores años de muerto. Yo sé. Y, Happy, el tipo con el que anda se bebió el chirrinche que nos tocaba por ley guajira. Yo sé. Y usted, Happy, bien sabe el castigo que le corresponde a quienes irrespeten a los que ya no estamos vivos. Yo sé. Entonces también debes saber,

Happy, que esos dos no van a encontrar la salida al acertijo de la geografía de este desierto, y se van a volver polvo con el polvo. Yo sé, volvió a repetir Happy, pero esta vez replicó con las razones de su corazón.

Entiéndanme a mí también, dijo Happy. Les estoy hablando de muerto a muerto. Y quién te dijo que tú estabas muerto, Happy, con qué disparate nos estás saliendo ahora, muchacho. Ningún disparate, replicó Happy con seguridad, y remató con una voz solemne, como de juez dictando una sentencia, yo estoy muerto de amor, y si ustedes me la matan, van a matar también el paraíso de mi esperanza, y a condenarme al purgatorio de su ausencia por siempre jamás. Pero, Happy, ya tu vida está sin ella. Así es, respondió Happy, por eso le digo que le estoy hablando de muerto a muerto, hágame el favor y le endereza el camino a mi ex. Pero Happy, cómo vas a amar a la mujer que te tiene muerto en vida, no te da vergüenza, le preguntó el muerto. Happy suspiró, y sin rubor alguno respondió:

No se puede tener vergüenza del amor.

El argumento bastó para convencer a aquellos difuntos de eso que no los había convencido tanto chirrinche y tabaco ofrecidos por Happy.

Entonces, los muertos de La Guajira, por obra y gracia de Happy, le destorcieron los caminos a su ex y a El Chulo, enderezándoles su destino.

Esos dos extraviados aparecieron entonces súbitamente y como por arte de magia, cerca de La Raya, a punto de cruzar la frontera hacia el lado de Colombia.

El Chulo, viéndose salvado, se envalentonó y le reclamó a la ex de Happy, viste mujer, que esa vaina de los supuestos muertos cambiándole la ruta a uno son solo cuentos de caminos de los indios sin oficio esos. Siempre lo supe.

Ella, ya del lado colombiano, se sostuvo la barriga de preñada como si se le fuera a caer, y pensó con la intensidad de su corazón, gracias Happy.

Su ex la escuchó desde algún lugar de La Guajira venezolana, y supo que ella ya no estaría, a partir de ese día, en el ámbito de su existencia, ni la de su niño.

Happy echó marcha atrás en su bólido rojo, ahora también triste, y fue a buscar inmediatamente, allá en Maracaibo a su carajito, encarnación viva del recuerdo de ella, que ya no estaba.

Fue el peor viaje de su vida. Recorrió parte de Sudamérica con esa barrigota a punto de explotar, a través de la ruta Panamericana, hasta llegar a Chile, de donde venía El Chulo ese.

Falta mucho para llegar, preguntó la ex de Happy en algún punto del sur del continente, ya con contracciones. No me vayas a parir en este bus, mujer, que el carajito mío debe nacer en cuna de oro, y no en esta pocilga en medio de la nada.

El Chulo le había prometido un vuelo en avión desde Bogotá, una vez que hubieran pasado la frontera del lado colombiano. Pero hasta ahora esa mujer encinta solo había pasado sus días de bus en bus.

En medio de la urgencia del viaje, ella le echó cabeza a la situación, y se percató de que El Chulo no había, nunca, cumplido una sola de las promesas con las que enamoró a la ex de Happy. Aquí, el único que debería estar preso es este señor, por estafar a esta dama, pensó mientras se sobaba la barriga. Pero no dijo nada, y siguió con su cara lozana de mujer preñada y sus ojos chinos que la hacían sonreír, aunque no lo estuviera haciendo.

En ese momento recordó el revólver. Lo dejó olvidado en El Conquistador, se dijo arrepentida, golpeándose la frente con sus dedos.

Llegados a Cali, no tuvo más dudas. Se dio cuenta de que la estafa continuaba, pero ahora con ella como víctima.

Por nada del mundo El Chulo le había dicho, ni le iba a decir, la verdad a esa mujer, a punto de parir. El recorrido en bus que le esperaba era de más de seis mil kilómetros, y aproximadamente dos semanas de viaje, en ese bus destartado de los ochenta que suspiraba de cansancio cada vez que le tocaba una subida.

Falta mucho para llegar, volvió a preguntar ella en medio de sollozos. Tampoco El Chulo le había contado, ni le iba a contar, que tenían que pasar a través de varios países por vía terrestre, y que el segundo hijo de ella bien podría nacer en algún lugar remoto, entre Ecuador y Perú.

El primogénito mío debe nacer en Chile como su padre, y el padre de su padre, y no en medio de esta cuerda de indios y negros recién vestidos. Ella lo miró desconcertada porque nada tenía que ver ese hombre con el caballero que había sido al momento de seducirme y preñarme.

Fue así que, en medio de contracciones que eran cada vez más frecuentes, ella lo miró desde el limbo del recuerdo de aquel día cuando exultante gritaba por todo Ocean Drive, aquí en Miami tiene que nacer mi primer hijo, porque sí.

Ahora ella veía a El Chulo en ese bus flemático, más pendiente de la maleta abarrotada de dólares mal habidos que abrazaba con celo, que de la mismísima barriga a punto de explotar, donde estaba el primogénito suyo.

Falta mucho para llegar, cuestionó por la enésima vez ella, poseída ya por los menesteres de un parto que era inminente en este bus de mierda.



O paran este bus, o les paro yo aquí.

El Chulo ya sin paciencia, y sin soltar la maleta de su amor, le recriminó violentamente a esa mujer a punto de parir, que ahora nos encontramos en medio de la nada, y hay que esperar llegar a algún hospital entre Quito o Lima.

Nojoda, explícaselo tú con lujo de detalles al carajito tuyo que tengo aquí adentro, pujando para salir.

De pronto, las pocas mujeres que viajaban en ese bus, en su mayoría indias del altiplano o negras de la costa pacífica, se aprestaron a darle el sostén necesario para que pariera, en medio de la precariedad de ese bus que, a duras penas, lograba seguir su recorrido.

Ella rompió fuente, y El Chulo se preocupó aún más por el bululú que se estaba formando en ese bus, a raíz del inminente parto. Apretó entonces todavía más fuerte entre sus brazos la maleta de su delirio, por si acaso.

El chofer detuvo el bus, más llevado por la curiosidad del inédito acontecimiento que por medidas de orden sanitario o humanitarias. Me van a malograr, más todavía, los asientos del bus con esa paridera, dijo con las manos agarrándose la cabeza.

Al improvisado, se sintió el llanto sordo del niño al tomar su primera bocanada de aire, en algún lugar entre La Guajira y Santiago de Chile. La mayoría de hombres que, hasta ese momento se habían quedado impertérritos en sus asientos, fueron ahora a felicitar a una sola voz al progenitor del recién nacido, porque la criatura es varón, señor.

El Chulo aceptó complacido las felicitaciones de todos. Eso sí, sin dejar de abrazar, en ningún momento, la maleta de su futuro.

## 53.

La ex de Happy llegó a Santiago de Chile con un recién nacido en brazos. Pero por favor, chico, deja de acunar esa maleta y atiende a tu hijo.

En ese terminal de buses, El Chulo iba caminando delante de ella, apurándola, porque mi familia me está esperando. Pero no se supone que ahora tu familia somos nosotros dos, le dijo ella con el niño exhausto por el trajín del desgraciado viaje ese. Camina rápido, mujer, que no estoy para sermones.

El Chulo había cambiado radicalmente, apenas entraron en territorio chileno. Ella lo miraba y se frotaba los ojos para percatarse que ese era realmente el hombre con el que había salido de Maracaibo.

Ahora, doctorísima, usted está en mi campo y aquí su título de abogada, y sus ínfulas de no sé qué y sus peluquerías caras, no valen nada. Y remató irónico, aquí lo único que vale es la luca, y créame que tengo mucha en esta maleta.

Desde el mismo momento que llegó a Santiago, El Chulo comenzó a despilfarrar ese botín, que en teoría debía ser de ambos. Gastaba a manos llenas la plata en los oportunistas

miembros de su familia, que se disputaban aquella maleta como si fuera una piñata. El Chulo, con ese dinero en mano, complacía vicios tan escondidos que ni la ex de Happy los conocía, o siquiera hubiera podido imaginarlos.

Ella lo vio borracho de tanta plata. Ella lo vio drogado de vanidad. Ella lo vio con mujeres mal maquilladas y con perfumes que olían a chicle de tutti frutti. Ella trató de levantar la voz, como en los viejos tiempos, e imponer su autoridad. Pero mujer, no sea desubicada, que usted aquí está jugando de visitante.

Pero es que tú me prometiste, trató de decir ella. Él la interrumpió. Las promesas se quedaron en Maracaibo y aquí estamos bien lejos de allá, Doctora. Ella trató de levantar la voz con los ademanes de otrora, y lo único que consiguió fue una cachetada seca que la dejó tan aturdida que casi suelta al recién nacido que tenía pegado a la teta.

Y si sigues con la quejadera, la próxima no va a ser para ti, sino para el llorón ese, dijo El Chulo señalando con los labios al recién nacido.

Ella en su desespero trató de escapar cuando él salía a despilfarrar la plata de la maleta, pero se dio cuenta que la puerta del cuarto sin ventanas donde la tenían enclaustrada estaba cerrada con doble llave, cadena y candado desde afuera.

Estaba completamente incomunicada y desprovista de sus documentos venezolanos, para que no pudiera salir de las fronteras chilenas, hasta que negociemos tu regreso a tu país de mierda, donde la justicia te está esperando para que te pudras en la cárcel, por estafadora.

Pero si esa vaina la hicimos entre los dos, respondió ella con una voz temblorosa, que nada tenía que ver con aquella voz autoritaria de doctora que ya no tenía. Demuéstralo, replicó él. Absolutamente todos los documentos los firmaste tú solita, hueona.

Hasta el acento de El Chulo había cambiado, y su cadencia maracaibera se había sustituido de pronto por un cerrado, y hasta incomprensible para ella, acento santiaguino.

Yo soy inocente de toda culpa por obra y gracia de tu credulidad, mujer. Me pintaste pajaritos preñaos, susurró ella temblando de miedo, ante los ojos de energúmeno del hombre ese. Sí, te pinté pajaritos preñaos, y de paso te preñé para poderte cambiar, ahora mismo, ese cabro chico que tú dices que es hijo mío, por esta maleta, que El Chulo acariciaba como si fuera una reliquia.

Pero esa maleta no es sólo tuya, respondió ella.

Levanta bien la oreja, que esto solo te lo repetiré una vez, dijo El Chulo. De esa maleta, lo único que tendrás es el pasaje de regreso en el mismísimo bus que te viniste, y dale gracias a Dios que me agarraste de buen humor. Acepta el trato, o te quedarás sin maleta y sin hijo. Y si te atreves a denunciarme allá en Maracaibo, no respondo, porque yo todavía tengo allá intereses, negocios y mujeres que atender.

Ella lo escuchaba con la extraña sensación de quien está viendo a un actor exagerando su parte en una absurda obra de teatro. Esperanzada, aguardaba que El Chulo terminara su actuación, o lo que fuera que estuviera haciendo, para aplaudir, y que esa pesadilla por fin terminara. Pero el telón nunca bajó, ni bajaría, porque todo lo que estaba viviendo ahora esa mujer era absolutamente real.

Me estafaron, se dijo.

En ese momento preciso ella pensó en Happy y su hijo, que a esa hora estaban, allá en Maracaibo, camino al colegio en el bólido rojo, después de haber comido huevo frito con mantequilla, y acomodado la colchoneta de barco aquella, para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada, sin ella.

## 54.

Acepto, dijo ella. Entonces El Chulo se encargó de hacer el intercambio. Le dio el recién nacido a la ex de Happy y se quedó con esta maleta que solo te ha traído problemas y malas noticias. Agradece que te estoy haciendo el favor de tu vida, mujer.

El bebé lloraba desconsoladamente y ella trató de calmarlo, colocándole la teta como chupón, mientras iba recogiendo las pocas prendas de vestir que todavía le quedaban después del aparatoso viaje ese, pues durante el camino a Santiago fue regalando a la gente necesitada casi toda la ropa y objetos de valor que poseía.

Era una persona tan generosa que bien podría decirse que ese rasgo en ella era más un defecto que una virtud.

Gran parte del dinero que había logrado amasar en esos años salvajes lo había repartido, a manos llenas, en bienes muebles e inmuebles para familiares y amigos, que ahora tenían en sus arcas lo que nunca soñaron tener, gracias a ella, que ahora contaba solo con un morral prácticamente vacío, donde solo

estaban los pocos objetos de supervivencia que necesitaban ella y el recién nacido para afrontar lo que les venía.

De esta también vamos a salir, le dijo con un hilo de voz en el oído a su bebé, como quien cuenta un secreto.

El Chulo ni siquiera los acompañó al terminal y tuvo que arreglárselas ella misma para llegar al lugar preguntando, por aquí y por allá, y tomando buses urbanos que no iban a ninguna parte, con su morral en la espalda y su recién nacido pegado a la teta para amortizar su dolor.

Se sintió desgraciada y maldijo, una y mil veces, a El Chulo ese que no había cumplido su promesa.

El camino de la desilusión es arduo, sobre todo si es de regreso al lugar de donde escapaste y pensaste nunca regresar.

Se sintió olvidada por todos, y la verdad era que en Venezuela solo la justicia se recordaba de ella y la seguía buscando hasta por debajo de las piedras. Happy de vez en cuando la recordaba, pero no así su hijo, que desde pequeño se había acostumbrado a su ausencia y ni un pensamiento o mínimo recuerdo tenía para ella en el parque de juegos de su memoria.

Ella trató de llamar urgentemente con el pensamiento a ese hijo suyo, allá en Maracaibo, pero la línea telefónica del corazón estaba cortada desde hacía tiempo, por falta de pago.

Entonces, derrotada como estaba y a punto de tomar ese bus de regreso desde Chile a Colombia para entrar por La Guajira a Venezuela, pensó en Happy, que iba manejando su Volkswagen rojo, rumbo al trabajo cotidiano. Él sintió vagamente que alguien lo pensaba. Detuvo el bólido abruptamente. Cerró sus ojos color miel. Y mientras sentía que el fuego del amor le consumía el pecho, se dijo a sí mismo:

Regresa, muchacha.

Un viento torrencial anunció un inminente chubasco en Maracaibo, que de ser tan intenso cerró de un solo trancazo todas las puertas y ventanas de la casa de Fidelia, y apagó la

velita de su virgen de Chiquinquirá. La abuela del niño se persignó ante todos los santos, beatos, ángeles y arcángeles, y le dijo a la mamá de su nieto, allá lejos donde estaba:

Regresa, muchacha.

Ella no tuvo más dudas y abordó el bus de su derrota para dar marcha atrás a su infausto destino.

Nojoda, si hubiera sabido que lo único que le interesaba a El Chulo ese eran los cobres, bastaba que me lo dijera de frente y mirándome a los ojos, y yo misma le hubiera comprado su amor en efectivo, pensó ella, irremediamente enferma de amor.

En la estación, el bus viejo y destartado de su regreso, arrancó con agonía, mientras todos sus tornillos temblaban como si se fuera a desarmar de un solo golpe, como si también él tuviera miedo de regresar a la realidad.

Ella rompió entonces a llorar con su bebé pegado de su teta, mientras las indias del altiplano andino y las negras de la costa pacífica, que la ayudaron a parir otrora, la miraban ahora con sus ojos ancestrales de todos los tiempos y todas las épocas, consolándola con el silencio de su dolor milenario.

Happy estaba gaitando en la enramada cuando llegó nuevamente la patrulla. Se bajaron los mismos detectives de siempre que lo seguían, sin seguirlo, a todas partes, como un fantasma.

Él apenas si se percató de la presencia de ellos, en medio del fragor de la parranda. Los vio con el rabo del ojo, pero fingió demencia y siguió tocando su charrasca, como si nada fuese.

Ahora sí me jodí yo, antes era El Conquistador aquel, y ahora son las patrullas estas, se dijo Happy fastidiado.

Ellos se acercaron con un paso lento y acechante, como un felino a su incauta presa, y cuando ya era inminente su llegada al grupo de gaiteros, el mismísimo Happy les paró el trote a los músicos. Paren esta vaina antes que nos metan presos a todos por problemas míos de faldas que nada tienen que ver con ustedes.

Problemas de faldas un coño, respondió violento uno de los detectives, que había escuchado a Happy desde la distancia, porque esos bichos todo lo escuchan y todo lo ven. Aquí de lo que estamos hablando es de una estafa, señor Happy, una



puta estafa, repitió amenazante el otro funcionario, haciendo las veces del policía malo.

El papá del niño prefirió no contestar para no echarle más leña al fuego.

El detective que acababa de hablar se envalentonó entonces ante el silencio de Happy, y dijo desafiante, usted bien sabe que la cosa está color de hormiga, señor. Pero esta vez Happy no se aguantó y afirmó alebrestado, color de hormiga, de iguana o de gato, ya está bueno de tanta perseguidera, coño. Han ido a la casa de mi vieja, importunado a mis jefes en el trabajo, interrogado a mis amigos de parranda, qué más quieren de mí.

Que nos ayude a encontrarla y meterla presa.

La verdad era que Happy no se esperaba esa respuesta tan directa y tajante, y tuvo que tragar grueso para esconder su sorpresa. Pensó rápido qué responder, para tratar de no perder la cara, y replicó, es decir, señor oficial, que usted me está pidiendo a mí que haga su trabajo.

Salió contestón el señor Happy, dijo irónico el detective, pero el otro funcionario le cerró el paso, y siguiendo el juego del primer policía, miró fijo a los ojos a Happy y le amenazó con lo que más le dolía.

Usted verá, si además de una madre prófuga, quiere ahora para su hijo un padre preso.

Nos informaron que su ex está de vuelta al país y usted es pieza fundamental para atraparla, porque seguro lo buscará apenas llegue para ver a su hijo. Happy respondió de inmediato con sarcasmo, es usted bien optimista si cree que ella me va a buscar a mí, o a mi carajito. Esa señora nos abandonó. No se haga el avisado con nosotros, Happy, que bien sabemos que usted ha sido cómplice de su fuga, vía La Guajira, a Chile. Vio, señor oficial, que usted está más enterado que yo, o mi niño, de dónde está su madre.

Ya sin paciencia, el detective le dijo, lo quiera o no, usted va a ayudarnos a dar con el paradero de su ex, apenas pise territorio venezolano.

Y esto no es una sugerencia, es una orden.

Entonces el otro policía lo señaló con el dedo preguntando, trato hecho, esperando la respuesta de Happy, que apenas balbuceó de mala gana y amenazado como estaba, trato hecho, con un hilo de voz que ni él mismo escuchó.

En el momento preciso en que esos detectives se dieron vuelta, seguros de que las amenazas hechas a Happy habían surtido el efecto deseado, su ex pasó la frontera y pisó, otra vez, suelo venezolano con su morral casi vacío en la espalda y ese bebé, curtido de tanto llevar sol por el inclemente viaje, pegado a su pezón.

Bienvenida, le dijo Happy desde la distancia con una voz dulce y una sonrisa de oreja a oreja, esperanzado y saltando en una pata por su inminente regreso.

Arrancaron entonces los instrumentos a tocar una gaita de amor desesperado para su ex, que venía en un camión de chivos a toda velocidad, rumbo a Maracaibo, escuchando la misma gaita sonando en la radio.

## 56.

Cuando entró a Maracaibo se sintió extraña. Un frío temor recorrió su espalda, y no era por las patrullas que la esperaban con sus sirenas encendidas, sino por algo más íntimo y grave. Ya ella no era la misma, ni la ciudad tampoco. En ese momento se sintió extranjera en su propio lar. Y no fue esta una sensación efímera, pues la acompañaría por toda su vida.

Nunca más esa mujer se sentiría en casa, ni en Maracaibo, ni en ninguna otra parte.

Una decena de policías levantaron su brazo derecho con la palma de la mano abierta y detuvieron el camión de chivos donde ella venía.

Happy apareció de la nada para tratar de detener lo inevitable. Pero el montón de espectadores chismosos no lo dejaron acceder a ella, que lo miró desde la distancia, mientras la apresaban y le bajaban violentamente la cabeza para que cupiera en la parte trasera de una de las patrullas.

Ambos se miraron fijo a los ojos con una ternura ancestral, y una ráfaga de las mismas y exactas imágenes pasaron por

su recuerdo. El día que conocí las mejores piernas de la universidad. El día que les dijiste a todos mis pretendientes la mentira de que eras mi novio. El día que silbaste como lorito australiano para que yo entrara de madrugada a tu casa, y de paso entrara en ti, concibiendo a nuestro niño. El día que el bólido rojo ese iba a toda velocidad para que yo pariera. El día que entré vestido de ginecólogo con unas botellas de ron para ver a nuestro carajito recién nacido. El día que salimos con nuestro muchachito en brazos del Hospitalito sin saber a dónde ir. El día que tuvimos como techo las estrellas, pues nadie nos quiso dar abrigo. El día que. Avance por favor ciudadano, que esto no es circo, se escuchó decir Happy por un policía malhumorado.

Pensaste que te nos ibas a salvar, le dijo uno de los dos detectives a la ex de Happy, mientras que una policía femenina trató de quitarle el bebé que estaba pegado a su teta. La madre reaccionó como la hembra mamífera que era, y le dijo con una voz como del más allá, quíteme las manos de encima, o no respondo.

Otra de las policías que la acompañaba le hizo un gesto a la primera, y le susurró al oído, es abogada.

La patrulla arrancó, entre los flashes de los reporteros, las cámaras de televisión y los murmullos de los chismosos, que hacían todavía más irreal el ambiente.

Happy vio avanzar como en cámara lenta ese carro de su infortunio y no sabe por qué se persignó. En el mismo instante, también la abuela Fidelia se persignó allá en su barrio, frente a su altarcito, y la ex de Happy se persignó en esa patrulla, que tenía llorando al bebé por lo estruendoso del ruido de su sirena.

Ella, rea ahora de sus desaciertos, vio desde el vidrio de la patrulla una ciudad que ya no reconocía, y viceversa.

Nojoda, que con un solo error se paguen todas las equivocaciones de la vida, pensó. Después de ahí su mente se puso en blanco, como si no existiera.

Al día siguiente, Happy y su hijo se despertaron temprano, como siempre, para ir a la escuela. El padre iba serpenteando el camino, haciendo todo lo humanamente posible por no tomar esas avenidas principales con sus colas lentas como bolero, sus cornetas sordas como cotizas y sus vendedores de periódicos en cada color rojo de cada semáforo.

El problema ahora era que a Happy se le habían terminado las pequeñas calles alternativas, y obligatoriamente debía tomar una de las arterias principales de la ciudad para poder llegar al puerto seguro de la escuela.

Iban en retraso cuando desgraciadamente todo sucedió.

Apenas el bólido rojo agarró la avenida La Limpia que tanto trató de evitar Happy, se encontró embotellado en una de esas colas interminables, con cornetas chillonas que propiciaban un ambiente delirante de mercado árabe, y vendedores de periódicos en cada semáforo, llevando en sus manos esa primera plana de mi dolor que Happy trató de evitar a toda costa que su hijo viera por la ventana del bólido.

Al imprevisto se acercó al bólido uno de esos pregoneros con periódico en mano gritando insistente, última hora, última hora.

Una vez que ese niño comenzó a leer, sin proponérselo, esa portada desgraciada de su martirio, ya no hubo marcha atrás. Seguiría leyendo, y hasta escribiendo sobre eso, hasta el final de su vida.

Por más que ese carajito se frotaba sus ojos llorosos, ahí seguía apareciendo ante su consternación ese titular a seis columnas con el nombre de su madre, con la foto de la ex de Happy, y la palabra estafa y la palabra cárcel y la palabra abogada, recién graduada.

Detenida y ya en la cárcel  
por estafa abogada recién graduada

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de su hijo brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada del padre. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes de pan dulce, esquivando la nariz árabe, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la lectura, cuando no se quiere leer lo que se leyó, ni saber lo que pasó.

Ese día el niño no llegó a la escuela. Ni Happy al trabajo.

Happy ese día pidió permiso en el trabajo para faltar, porque tenía una cita importante. Se despertó de buen talante y se habló a sí mismo mirándose al espejo, mientras se echaba perfume y se decía cosas bonitas.

Happy estaba feliz y optimista. Por fin la iba a ver.

Tomó el bólido rojo, recién lavado y oloroso, y se dirigió hacia la casa de su madre Fidelia, donde dejaría el niño mientras concretaba su tan anhelada cita.

Veía la ciudad más nítida que de costumbre, todo brillaba y olía a nuevo.

Fidelia le advirtió con infalible intuición de madre que tuviera cuidado y, de paso, le preguntó si su ex lo estaba esperando.

Happy le respondió optimista, no te preocupes por eso vieja, que es una sorpresa.

La respuesta de mi hijo me dejó todavía más preocupada.

Al menos avisaste que ibas, preguntó insistente la madre. Sí mamá, hoy es día de visita para los cónyuges y, hasta que se demuestre lo contrario, yo soy el marido legal de esa mujer.

Ay mijo, se limitó a responder Fidelia.

Antes de irse de la casa de su madre, Happy se fue al patio y cortó tres rosas rojas, dejando el tallo más bien largo, mientras el ganso blanco de la abuela lo veía de reajo con indiferencia. Después se dirigió a la cocina de su madre, donde siempre estaba el fogón prendido, y agarró una busaca de pan, y envolvió los tallos, improvisando un ramo de flores precario, pero digno.

En el camino iba tarareando una gaita de amor y saludando desde la ventana del Volkswagen a todo el que podía con una sonrisa que contagiaba buen humor y frescura.

Happy se dirigió hacia las afueras de Maracaibo, manejando en sentido sur, hacia la localidad de San Francisco, donde se encontraba la cárcel de mujeres.

Llegado al barrio El Manzanillo, muy cerca del lugar, detuvo el bólido para tomar aire y darse algo de coraje, porque la verdad es que estaba muy nervioso.

Se dio dos palmaditas en los cachetes y se dijo mirándose al espejo retrovisor, vamos Happy, ahora que mataste al tigre, no le tengas miedo al cuero.

Pero tuvo que arrancar de inmediato, porque esa breve pausa en su recorrido había surtido el efecto contrario y, más bien, lo estaba poniendo más nervioso aún.

Buenos días, funcionaria. Vengo a visitar a La Doctora.

La policía, sin mirar a los ojos de Happy, le preguntó si la prisionera lo estaba esperando. A él le extrañó la pregunta, y respondió que sí, aunque no fuera cierto.

Espere un segundo, y ya le hago pasar.

Happy tragó grueso y esperó su turno. En ese instante apretó fuerte el mazo de rosas que tenía en su mano derecha, para encontrar una seguridad que se le había esfumado en el camino.

Adelante, Señor Happy.



De pronto, se abrió frente a sus narices una puerta de metal macizo que daba a un pasillo largo con mujeres, a su derecha e izquierda, encerradas detrás de barrotes. Happy caminó con algo de temor mientras féminas le gritaban todo tipo de improperios y piropos.

Happy sintió una profunda pena en el alma y una opresión en el pecho. Le faltaba el aire y le costaba respirar, a causa de ese olor putrefacto y penetrante de las cárceles que se te queda impregnado por semanas en los vestidos y en el cuerpo.

A pesar de todo, en ningún momento detuvo el paso.

Delante de Happy, una carcelera le iba marcando el camino con su andar. Happy la seguía silencioso y triste, y muriendo con cada paso. Ese ámbito irreal y tóxico le había borrado su sonrisa, aunque él se esforzaba por poner su mejor cara, para ella.

Ya faltaban pocos pasos para que, por fin, Happy la encontrara.

Él sintió como la cadencia de la carcelera esa fue haciéndose cada vez más lenta, anunciando el inminente encuentro con ella.

Happy seguía empuñando en su mano el ramo de flores como espada.

Aquí es, señor, dijo la mujer señalando, finalmente, a su ex, que estaba encorvada en una silla, mirando fijo la pared de su jamás.

Visita conyugal, dijo la carcelera, desconcentrando a esa mujer de su monumental tristeza.

Ella levantó sus ojos y dirigió su atención a Happy como una ciega, y sin pararse de la silla.

Él le devolvió la mirada, impresionado por la profunda melancolía que se desprendía de su humanidad.

La carcelera se dio media vuelta y los dejó solos, sin abrir en ningún momento la celda de su vergüenza.

Ella se levantó de la silla con ademanes de fantasma y se dirigió hacia él, como levitando.

Cuando ya lo tuvo de frente, y sus ojos se miraron a través del filtro de los barrotes, ella le preguntó sin más, viniste a burlarte, verdad.

Happy apretó nuevamente el mazo de rosas y no alcanzó a dar una respuesta.

Entonces ella remató al muerto en vida que tenía de frente, vete ahora mismo de mi vista.

Él trató de contraatacar con la espada de sus tres rosas, pero no tuvo fuerzas para más nada que no fuese quedarse inmóvil ante ella, que se volteó con un gesto de desprecio, mientras Happy soltaba involuntariamente esas rosas, que cayeron en cámara lenta al infierno de su desdicha, y quedaron ahí, tiradas para siempre, pagando ahora condena con ella.

La ex de Happy había logrado amasar una cantidad importante de bienes en poco tiempo. Tres apartamentos de lujo, más algunos otros que regaló por aquí y por allá. Una flota de cinco vehículos de alta gama, más los que repartió como si fueran confetis. Una lancha nueva de paquete con la que hacía esquí acuático en el Lago de Maracaibo. Cuentas en moneda nacional y extranjera en los bancos más variopintos.

El Chulo logró hacerse de gran parte de las riquezas en efectivo que terminaron en Santiago de Chile, y sus familiares se encargaron de raspar lo que pudieron, en medio de la piñata de su desgracia.

Pero para esos tres abogados amigos, eran más bien los bienes inmuebles el apetecible botín al que le cayeron encima como pirañas cuando olieron el rojo desespero de esa mujer.

Para eso están los amigos, Doctora, para las buenas y para las malas, le decían a la ex de Happy esos abogados, en medio de tiernos abrazos de consuelo.

Pero amigos, por ahora, no tengo cómo pagarles.

No te preocupes que nosotros nos encargamos de eso, dinos con qué bienes muebles e inmuebles cuentas, dijeron, sacando una libretita de páginas cuadriculadas.

Ella les describió ingenua y pormenorizadamente dónde se encontraba hasta el último centavo, mientras ellos tomaban nota, con la boca hecha agua. Qué más. Tres apartamentos. Qué más. Cinco vehículos. Qué más. Una lancha. Qué más.

Y mientras ella seguía describiendo con lujo de detalles el inminente tesoro encontrado por esos piratas, su pensamiento se perdió en la lancha aquella, y en ese día en que llegó al apartamento de obrero de Happy con El Conquistador blanco, a buscar a mi hijo porque le compré una lancha nueva que me trajeron de Miami, para que él y El Chulo se diviertan y compartan juntos, porque me voy a casar.

Happy la miró a los ojos, tratando de encontrar a la muchacha aquella de la universidad que una vez conoció, pero ya no la reconocía, ni a ella, ni a esa mirada vidriosa, típica de la gente de poder.

En menos que canta un gallo, la madre del niño lo disfrazó de parapeto, colocándole un traje negro como de buzo con un cierre que iba desde el cachimbo hasta el cuello. Después le puso un salvavidas amarillo fosforescente en forma de chaleco, que lo hacía ver como una especie de robot. Más tarde, le colocó unas chapaletas igualitas a los pies palmeados del ganso de la abuela Fidelia. Y para rematar le puso una careta como de astronauta, y una gorrita de viejito, con un pez espada en el aire que decía Florida.

Cuando su mamá lo terminó de vestir el niño se vio al espejo. Parecía un ornitorrinco.

Pero lo peor fue cuando ese niño quitó la mirada de ese espejo, volteó, y vio a El Chulo, vestido exactamente igual que él. La madre vio a ambos con satisfacción y dijo, se parecen igualitos, padre e hijo.

Los abogados seguían tomando nota pormenorizadamente de cada una de las propiedades de la ex de Happy, y preguntaron descaradamente si su niño tenía algún bien a su nombre, o alguna cuenta bancaria, por ahí escondida.

Ella respondió confiada que por mi hijo no se preocupen, que yo le tengo un seguro de vida, por si me pasa algo. Y quién te dijo a ti que te va a pasar algo mujer, si los locos duran más de cien años. Todos soltaron una risa hipócrita y nerviosa que escondía una verdad que acababa de salir a flote. Ella, al niño, nunca le había dado nada.

Algo más que debamos saber, colega. Es todo, respondió ella.

Los tres abogados se miraron a los ojos sin poder esconder ya la baba que salía de sus bocas, y esas seis manos frotándose.

A los pocos días esos abogados la dejaron sin un solo peso, y acostada en una cama de hospital.

## 59.

Le duele la cabeza. Sí. Le duelen las piernas. Sí. Le duelen los ovarios. Sí. Le duele la cervical. Sí. Le duelen los brazos. Sí. Le duele la barriga. Sí. Le duelen los pies. Sí. Le duelen los hombros. Sí. Le duelen las nalgas. Sí. Le duelen los ojos. Sí. Le duelen las rodillas. Sí. Le duele la lengua. Sí. Le duelen los tobillos. Sí. Le duele la nariz. Sí. Le duele la pelvis. Sí. Le duelen las muelas. Sí. Le duele el cachimbo. Sí. Le duelen las articulaciones. Sí. Le duelen las muñecas. Sí. Le duelen las manos. Sí. Le duelen los senos. Sí. Le duele el cabello. Sí. Le duele. Sí.

A esta mujer hay que sacarla de inmediato de su lugar de reclusión a la clínica más cercana, dijo el médico y compadre de uno de los abogados con cara y seriedad de sabio. Por qué, respondió fastidiado uno de los detectives, que tanto la buscó hasta por fin apresarla. Porque a esta mujer le duele todo, y la salud viene antes que la justicia. Pero señor médico, trató de refutar el detective.

He dicho, respondió el veterinario.

Ipso facto, una ambulancia la esperaba a las afueras de la cárcel. Una silla de ruedas la esperaba afuera de la celda. Una camilla la espera afuera del hospital.

Los abogados comenzaron a gritar histriónicamente y con las manos en la cabeza, por todo el recinto carcelario, corran la voz, se nos muere La Doctora. Y todos los ahí presentes repetían sin cesar, se nos muere La Doctora, se nos muere La Doctora. Y en los periódicos publicaron esa misma mañana, se nos muere La Doctora, y en la radio y en la televisión repetían en cadena nacional, se nos muere La Doctora, y toda la ciudad coreaba a una sola voz, se nos muere La Doctora, y las brolleras con rollos en el cabello en las esquinas, y las abuelas tendiendo la ropa en los patios, se nos muere La Doctora, y en los carritos por puesto, y en los buses, se nos muere La Doctora, y los pescadores en el Lago de Maracaibo, y los peces y pulpos y camarones, se nos muere La Doctora, y los buzos petroleros, se nos muere La Doctora, y los cocoteros en la orilla, se nos muere La Doctora, y la voz se corrió hasta las playas del Sur del Lago, donde los niños chapaleteaban repitiendo, se nos muere La Doctora, y hasta Coro llegó la novedad que se nos muere La Doctora, llevada por burros y chivos bucólicos, se nos muere La Doctora, y todos allá lejos, preocupados por la salud de La Doctora, y los peñeros de contrabando que salían de Punto Fijo hacia Aruba, Curazao y Bonaire llevaron la noticia que terminó esparciéndose en papiamento y cien idiomas más de que se nos muere La Doctora, y organismos internacionales redactaban preocupantes comunicados porque se nos muere La Doctora y, en poco tiempo, resoluciones internacionales comenzaron a escribirse para evitar que se nos muera La Doctora, y los obispos en cónclave en la Capilla Sixtina rezaban a todos los santos en El Vaticano por la salud de La Doctora porque, Padre Santo, se nos muere La Doctora, y esos tres abogados se frotaban las manos, Doctora, porque

estás por morirte y ni siquiera te has enterado pues, de hecho, La Doctora fue la última en saber que se nos muere La Doctora, y Happy seguramente el penúltimo, y su niño el antepenúltimo en saberlo, y fueron los únicos en no creer que se nos muere La Doctora, porque a La Doctora la conocían muy bien, y sabían que bicho malo nunca muere.

Entonces, una fila interminable de médicos de todas las especialidades se encontraron, en una especie de mitin, frente a la clínica para recetarle a La Doctora, todo tipo de pastillas para todos esos males y achaques de salud que certificaron ante la justicia que tenía La Doctora quien, por obra y gracia de las ciencias médica y jurídica, ahora estaba liberada de los barrotos de su estafa.

Pero no era la cabeza lo que le dolía. Ni las piernas. Ni los ovarios. Ni la cervical. Ni los brazos. Ni la barriga. Ni los pies. Ni los hombros. Ni las nalgas. Ni los ojos. Ni las rodillas. Ni la lengua. Ni los tobillos. Ni la nariz. Ni la pelvis. Ni las muelas. Ni el cachimbo. Ni las articulaciones. Ni las muñecas. Ni las manos. Ni los senos. Ni el cabello. Ni.

Abra la boca por favor, Doctora, y uno a uno, esa centena de galenos, fueron colocando en su boca pastillas de todos los colores y todos los sabores, que la dejaron dopada y alucinada durante toda su vida, pues a partir de ese momento nunca más pudo liberarse de esos cuidados paliativos para la enfermedad terminal de su alma, que era lo que realmente le dolía.

Los abogados habían cumplido su cometido y la dejaron libre, dopada y alucinada, sin un solo peso, y acostada en una cama de hospital, a donde también iría a parar Happy, días después, en visita conyugal.



Fidelia agarró por el brazo a Happy, tratando de impedir su inútil propósito. Él se liberó de ella con un gesto suave, pero firme.

Déjate la vaina, mamá.

Pero qué vas a hacer otra vez para allá, le dijo su madre con gravedad de abuela. Para allá usted no tiene nada que hacer, mijo. Hasta cuándo con la cantaleta de la mujer esa. Date paz.

Happy hacía como si no la escuchase, pero la verdad es que estaba pendiente de cada una de las palabras de Mamá Fidelia, que le laceraban el alma.

El hijo la abrazó, y cuando tuvo su boca cerca del oído de Fidelia, la amarró con una frase inesperada. Tú me enseñaste, mamá, que a los amigos se les visita en la cárcel y en el hospital.

La dejó desarmada.

Al menos avisaste que ibas, preguntó la madre, como último recurso. Sí mamá, hoy es día de visita para los cónyuges en esa clínica y, hasta que se demuestre lo contrario, yo soy el marido legal de esa mujer.

Ay mijo, se limitó a responder Fidelia, ya sin esperanzas.

Antes de irse de la casa de su madre, Happy se fue al patio y cortó tres rosas rojas, dejando el tallo más bien largo, mientras el ganso blanco de la abuela lo veía de reojo con indiferencia. Después se dirigió a la cocina de su madre, donde siempre estaba el fogón prendido, y agarró una busaca de pan, y envolvió los tallos, improvisando un ramo de flores precario, pero digno.

Happy le dio un beso en la frente a su muchachito y salió de la casa de su madre, con más dudas que certezas.

Sentía el ambiente de la ciudad pesado, como si algo fuera a pasar. El calor era sofocante y él, que nunca sudaba, sintió gotas deslizarse por su espalda que lo incomodaban, aún más.

Frente al rojo de un semáforo, la gente de los otros carros lo vieron hablando solo.

Un único favor te pido, Virgen de Chiquinquirá. Dame licencia para hacerle una última pregunta a la mamá del niño, y después te juro que no te jodo más a ti, ni la jodo más a ella.

La luz verde y las cornetas de los otros carros desconcentraron su diálogo y arrancó, sin mirar atrás, a la clínica de su desconcierto.

Buenos días, enfermera. Vengo a visitar a La Doctora.

La muchacha, vestida con una braga azul hospital, sin mirar a los ojos de Happy, le preguntó si la paciente lo estaba esperando. A él le extrañó la pregunta, y respondió que sí, aunque no fuera cierto.

Espere un segundo y ya le hago pasar.

Happy tragó grueso y esperó su turno. En ese instante apretó fuerte el mazo de rosas que tenía en su mano derecha, para encontrar una seguridad que había dejado botada en el camino.

Adelante, señor Happy.

Cuando entró, vio a su ex acostada en una cama con una bata de enferma corta que dejaba entrever las piernas más lindas de la Universidad del Zulia. Su cara estaba seca y rasgada como desierto. Sus uñas, descuidadas, y su pelo, raído como paja marchita.

Ella sintió su presencia, pero en ningún momento volteó su mirada, que seguía fija en la pared blanca de su arrechera.

Mira quién te vino a visitar, hija, dijo una amiga ahí presente, sentada al lado de la cama en un mueble que parecía cómodo.

Ella seguía concentrada en el blancor de esa pared.

Y qué gesto tan caballeroso, llegarse con esas rosas rojas, hija, insistió la amiga.

Ella por fin levantó sus ojos, y dirigió su atención a Happy como una ciega, y sin pararse de la cama.

Él le devolvió la mirada, impresionado por la profunda melancolía que se desprendía de su humanidad.

La amiga de La Doctora se dio media vuelta y los dejó solos, cerrando la puerta con cuidado, y con ganas de que se la tragara la tierra.

La ex de Happy se levantó de la cama con ademanes de fantasma, y se dirigió hacia él, como levitando.

Cuando ya lo tuvo de frente, y sus ojos se miraron a través del filtro de la tristeza, ella le preguntó sin más, viniste otra vez a burlarte, verdad.

Happy apretó nuevamente el mazo de rosas, y no alcanzó a dar una respuesta.

Entonces ella remató al muerto en vida que tenía en frente, vete ahora mismo de mi vista.

Él encontró fuerzas donde no había y coraje donde solo había miedo y, por fin, le hizo la pregunta que tenía atragantada en su garganta y en su espíritu, desde hacía muchísimo tiempo.

Tú alguna vez me quisiste.

Su ex quedó sorprendida porque, francamente, no se esperaba ese ataque certero con la espada de la lengua de Happy.

Él repitió la pregunta, ahora con más seguridad.

Tú alguna vez me quisiste.

Ella no pudo ganar más tiempo, y respondió escuetamente con un desapego y una irreflexión que, en realidad, fue la más clara de las respuestas.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Happy miró con arrechera contenida la pared blanca de los ojos de su ex. Dejó las tres tristes rosas rojas en una esquina de la cama, y se retiró sin más de esa habitación de hospital y, por cierto, también de su vida.

## 61.

El Chulo emprendió el camino de regreso a Maracaibo.

Se había gastado prácticamente todo el billete que contenía esa maleta de su despilfarro, y lo poco que le quedaba estaba reservado para la paga de esos dos detectives, allá en el Zulia.

Llegaré a las seis de la tarde, muchachos. Entendido. Aquí les tengo su plata. Entendido. No quiero sorpresas. Entendido. Porque si no, olvídense de los cobres. Entendido. No le digan nada a nadie de mi llegada. Entendido.

Y así fue. Una patrulla esperó a El Chulo en la Plaza de Toros, muy cerca de donde habían apresado a La Doctora, y lo escoltó amablemente hasta un apartamento desconocido que pertenecía a un viejo terrateniente que acababa de morir y que poseía haciendas, cuyas tierras y ganados se perdían de vista, en aquella zona agrícola y ganadera del Sur del Lago de Maracaibo.

Los vecinos se frotaban los ojos, pues no podían creer que ese prófugo de la justicia que tanto buscaron por toda la ciudad y más allá, resulta que ahora llegaba en un taxi con sirenas y funcionarios armados que estaban felices de la vida con la presencia del recién aparecido.

Aquí es, le dijo El Chulo a los improvisados taxistas uniformados y armados con armas de la República.

El Chulo se bajó altanero de esa patrulla, no sin antes mojarles las manos a esos dos detectives con billetes verdes, olorosos a nuevo.

Muchas gracias, muchachos.

Estamos a sus órdenes cualquier cosa que necesite, incluso, si necesita un servicio de taxi cien por ciento seguro, dijo uno de los dos detectives.

Trato hecho.

En la casa lo esperaba una mujer, apenas salida de la adolescencia, de una hermosura inefable, una juventud desafiante y vestida completamente de negro, pues guardaba un estricto luto.

Cómo estás corazón, le dijo El Chulo.

Ella le respondió con unos ojos grandes, redondos, oscuros e irremediamente enamorados, y con un suspiro de devoción por ese hombre de unos treinta años.

Pensé que nunca ibas a llegar.

Es que todo está muy caro en Chile, y si no hubiese sido por el dinero que me enviaste para mi manutención y la de mi familia y, sobre todo para el pasaje de regreso, no sé cómo hubiera hecho, tesoro.

Lo importante es que ya estás aquí, cielo, y que ya se clarificó quién era la verdadera culpable de la estafa, y de romperte el corazón.

Así es.

Entonces él la besó con un histrionismo tal que, de inmediato, lo convirtió ante los ojos de ella en el hombre más irremediamente enamorado de toda la costa zuliana y sus alrededores. No sabes cuánto me faltaste y cuánto me faltó esta tierra de gracia.

Una a una, El Chulo le fue quitando todas las prendas de vestir y toda la parafernalia que adornaba su viudez precoz. La fue besando palmo a palmo con la precisión de esas técnicas actorales que fue cultivando durante toda su vida de parásito, y que tanto le sirvieron para estafar alevosamente otrora a la ex de Happy.

La joven y precoz viuda quedó completamente rendida y desnuda, con la excepción del transparente velo negro de encajes, que El Chulo dejó para el apoteósico final de su acto.

Cuando La Viuda Joven estaba ya rendida ante el recién llegado, él optó por finalmente consumir su amor de oropel en esa cama matrimonial, al mismo tiempo que le levantaba el velo y le susurraba al oído, te quieres casar conmigo.

Ella, rendida ante el amor más presuroso que había conocido en su reciente vida, no dudó en responder, sí, Chulo mío.

Él no perdió tiempo y, mientras la poseía a punta de movimientos netos como martillazos, le iba narrando la vida de ensueños que tendrían.

Viviremos en la hacienda del santo difunto, que en paz descanse. Así será. Montaremos los purasangres en las mañanas de nuestro idilio. Así será. Nos traerán el desayuno de terratenientes a la cama. Así será. Haremos mangas de toros coleados con mis nuevos amigos de la *High*. Así será. Te ayudaré con el duro negocio del ganado. Así será. Seré el amo y señor de tu corazón, y de la herencia de tu viudez. Así será. Olvidaremos al anciano ese que te dejó tan joven y solita. Así será. Descansaré en su chinchorro después del almuerzo de reyes. Así será. Me pondré sus pantuflas de jefe al despertar. Así será. Luciré su sombrero de mandamás. Así será.

La eyaculación precoz por tantas buenas noticias dejó a El Chulo relajado, mirando pajaritos preñados en el techo de la habitación, y a ella con una pícara sonrisa de Mona Lisa, típica de quien se trae algo entre manos.

Cuando la ex de Happy se enteró, allá en el hospital de su amargura, el ataque de furia que tuvo fue insólito.

Inmediatamente llamó a la enfermera de guardia para pedirte, por favor, urgentemente el teléfono, que debo hacer una llamada de emergencia.

Pero, Doctora, trató de decir la enfermera. Insisto, se trata de una cuestión de vida o muerte, replicó la ex de Happy.

La enfermera bajó la mirada, salió corriendo y, en menos de lo que canta un gallo, puso a La Doctora frente a un teléfono de color gris, que la paciente tomó entre sus manos de presa como si fuera un revólver.

Tenía que hablar con su padre El Búfalo para que le diera una explicación de la marramucia de la cual se acababa de enterar.

Del otro lado del teléfono respondió una de las hermanas de La Doctora con voz y ademanes de secretaria. Aló. No es contigo que quiero hablar, hija de puta. Aló. Pásame inmediatamente a papá. Aló. No tengo tiempo que perder, perra. Aló. Pero esta vez no era más la voz de su hermana la que dijo aló, sino la de El Búfalo. Aló. Qué pasó hija.



No te atrevas a llamarme hija, cuando me escondiste, o mejor, me escondieron que. Pero El Búfalo no le dejó terminar la frase y, preocupado, le pidió a su hija que se calmara. No hacía falta que ella le explicara nada, porque su padre bien sabía lo que estaba pasando y, de hecho, estaba esperando esa llamada de su vergüenza desde hacía tiempo.

El Búfalo optó por guardar silencio y calarse, con la paciencia de un sacerdote en un confesionario, los gritos e improperios de su hija que le reclamaba, en medio de arrebatos de cólera, por qué él se había prestado para eso, pues de mi madre y mis hermanas me lo hubiera podido haber esperado, pero no de su amado padre que, de cierto modo, era de las pocas personas, junto a Fidelia, Happy y su hijo, que nunca se la habían chuleado.

El Búfalo seguía en total silencio del otro lado de la bocina. Estás ahí, papá. Estoy aquí, hija. Entonces por qué coño no me respondes. Tampoco a esa pregunta respondió El Búfalo, por lo que ella siguió insistiendo en que le diera una explicación plausible de ese silencio sepulcral con el que la familia, toda, le escondió la traición de su hermana menor.

Cómo es posible que ni tú, papá, ni ninguna de las putas de mis hermanas, o de la perra de mi madre, haya tenido la brillante idea de contarme algo tan importante. Silencio. En qué estaban pensando. Silencio. Qué estaban esperando. Silencio. Cuándo pensabas decírmelo. Silencio.

De pronto, El Búfalo se vio tentado a decirle toda la verdad, que tu madre me obligó, porque si te atreves a decírselo, esa hija mía es capaz de dejarnos en la bancarrota, sin todo ese chorro de plata que nos está soltando y, de paso, dejar a tus otras hijas sin los apartamentos, carros y beneficios varios de la riqueza súbita que había logrado amasar tu hija La Doctora.

El Búfalo siguió guardando silencio y se caló ese chaparrón de insultos que no terminaban de acabar.

Pero, hija, intentó balbucear El Búfalo. Y cada vez que trataba de interrumpirla con una razón, o tierna frase, era peor porque ella recomenzaba, con más ahínco aún, su indignado e histriónico monólogo.

Mientras tanto, la esposa de El Búfalo escuchaba desde hacía rato toda la conversación entre el padre y la hija con la oreja de su cobardía pegada al teléfono, fastidiando la escucha del marido que trataba de alejarla con gestos de fastidio, sin éxito alguno.

En ese momento la enfermera, con la punta de su dedo índice le tocó el hombro a la Doctora, es hora de trancar, porque ya excedió el tiempo reglamentario de las llamadas permitidas a las detenidas. Pero ella estaba como anestesiada de la arrechera congénita que cargaba contra su familia, y no sintió el dedo, ni mucho menos escuchó la advertencia.

La esposa de El Búfalo comenzó a hacerle señas como de una tijera para que cortara la llamada de una vez por todas, pero su marido no le prestaba la mínima atención, y seguía concentrado en la pena e indignación de mi pobre hija que ya no puede con una mala noticia más.

Paralelamente, del otro lado de la llamada la enfermera hacía lo propio, cortando el viento con la tijera de sus dedos, para que La Doctora terminara por fin la comunicación con su padre, pero tampoco tuvo éxito.

De la nada apareció un policía que tenía tiempo viendo la escena y, ya sin paciencia, se acercó bruscamente a La Doctora y, sin mediar palabra, trancó la llamada con la autoridad de su dedo índice, pulsado sobre el aparato.

La Doctora apenas alcanzó a terminar aquella frase que le quedaría dando vueltas a El Búfalo en la cabeza durante todo ese día, toda la semana y meses que siguieron y, en realidad, durante toda su vida, esto no te lo perdonaré nunca, ni a ti, ni a mi madre, ni a mis hermanas.

## 63.

Llegó el día de la boda y La Viuda Joven botó la casa por la ventana. El Chulo portaba un smoking que había mandado a coser en el centro de Boston, mientras que ella lucía un vestido negro, hecho a la medida, por los sastres del exclusivo distrito dieciséis de París.

Parecían una empalagosa pareja de muñequitos de torta.

A cuentagotas fue llegando la numerosa familia de El Chulo que su prometida había traído desde varias zonas del altiplano chileno en vuelos chárter privados. Entre ellos, también se habían colado amigos y amantes de El Chulo que no podían perder la oportunidad de ver la nueva estafa que se concretaba con ese quimérico matrimonio.

La herencia del anciano fallecido había dado para eso y mucho más, pues apenas bajaban de los aviones, les esperaban exquisitos trajes de costureros europeos a la medida para madre, padre, hermanos, primas, tíos, abuelas y para usted de contar. Él los recibía orgulloso haciendo ver los trofeos y medallas de su chulería, más pendiente de mostrar los artos bienes de la futura esposa que a la futura esposa misma.

Pasen por aquí, y beban y coman hasta el hastío, que ustedes son mis invitados de honor, decía vigoroso El Chulo, campaneando un lujoso vaso de whisky con hielo que sonaba como monedas de oro chocando entre sí. Salud. Y todos brindaban con sonrisas de caimán zurdo y gestos y miradas de quien está robando y tiene miedo que lo descubran.

Una situación completamente opuesta estaba viviendo la futura esposa que, con su vestido de un negro sepulcral, estuvo esperando en la ventana de su dolor que aunque fuese uno solo de sus familiares hiciera acto de presencia en el opulento matrimonio de su soledad.

Pero pasaron las horas y ningún integrante de su parentela apareció, y en sus lunares ojos tristes se desbordó el manantial de su melancolía.

Qué vaina, papá, ni siquiera tú viniste a llevarme virgen al altar, dijo la futura esposa con algo de ironía y una profunda aflicción que se le reflejó en la lágrima negra que brotó de sus redondos y hermosos ojos persas.

Ni ella misma sabía por qué lloraba y reía al mismo tiempo, víctima de sentimientos encontrados que sabían a pollo agridulce.

Su padre, El Búfalo, la escuchó desde el más allá de su casa, y le respondió, me pusiste en una situación difícil, chiquita, y sabes bien que no le puedo hacer esto a mi otra hija, presa de un amor que tú, ahora, estás viviendo en libertad.

En la casa de El Búfalo, los votos estaban divididos, y había algunas hermanas que querían ir a la boda, mientras otras eran del parecer que, acaso, era mejor ir al hospital a visitar a su hermana La Doctora, prisionera de la peor de las estafas imaginable por ellas, la del desamor de El Chulo.

## 64.

La boda comenzó y fue una comelona babilónica que duró semanas con todos sus días y sus noches, plagada de los más excéntricos platos traídos de los más inhóspitos lugares del mundo para conmemorar la existencia de El Chulo en la faz de la tierra.

El Chulo en salsa de ostras. El Chulo a la marinera. El Chulo al ajillo. Ensalada de El Chulo. El Chulo al horno. El Chulo sofrito. El Chulo a la broaster. El Chulo salteado. El Chulo marinado. El Chulo enchilado. El Chulo agridulce. El Chulo rebanado.

El Chulo en todas las salsas porque en ese matrimonio solo había paladar para degustar la omnipotencia extravagante y efímera de El Chulo.

La recién casada sobrevivía al bochorno de su soledad con esa sonrisa de circunstancia pegada a su rostro cual estampilla de correo, que la protegió durante toda la fiesta de los comentarios malsanos de su nueva familia política que la criticaba, entre dientes, porque nadie le vino a su matrimonio a la viudita, mientras se bebían y comían su herencia y tripas.

Ella cada tanto se asomaba a la ventana con la silenciosa esperanza de que, al menos una de sus hermanas y hermanos, su padre o madre, tuvieran la cortesía de asistir a su boda, así fuera por pena ajena. Su mirada, a través de esa ventana de su martirio, era eterna como la de un mendigo que se aferra a la ilusión incierta de alguna moneda.

Nadie llegaba.

Mientras tanto a El Chulo lo tenían levantado en hombros sus amigos y amantes casuales, como si acabase de ganar la copa mundial de su chulería, y todos aplaudían y bebían y jartaban a voluntad, contentos por su matrimonio que, de tanto ser solo suyo, se llegó a pensar que fuese su fiesta de cumpleaños, o incluso, que se había casado consigo mismo como Rosita en Pueblo.

Allá, en la casa materna de la flamante esposa seguía encendida una polémica discusión de matices parlamentarios, sobre si había que ir o no a la fiesta de bodas aquella. La discusión era de una efervescencia tal que estaban a punto de irse a los puños, pues algunas de las hermanas y hermanos se forcejeaban entre sí para tratar de salir por la fuerza a la rumba de La Viuda Joven, o al hospital de La Doctora, según fuese el caso.

La recién casada se apartaba nuevamente del bullicio del festejo para volver a la ventana de su quimera, por si alguien de su familia finalmente aparecía, aunque fuese perdido, para encontrarse con la soledad de su inefable fiesta de matrimonio.

Pero lo único que lograba ver desde el desdén de esa triste ventana eran desdentados obreros y desdichados peones de la espléndida hacienda, heredada de aquel viejo fallecido que la joven esposa había convertido ahora en su ex, por obra y gracia del más acá de sus terceras nupcias.

El viejo difunto, desde su aburrido más allá, suspiró enorgullecido y resignado, al ver a la muchachita de su vida y su

muerte cumpliendo aquella promesa que, en una noche de luminosa desnudez, se había hecho a sí misma, en voz alta y delante de él, de vengar a su hermana, La Doctora, con ese matrimonio de pacotilla que nadie nunca habría de entender.

Ni siquiera ahora él, en el limbo inmarcesible de su muerte.

## 65.

La fiesta por fin terminó y todos quedaron exhaustos por tanto todo. Uno a uno, la recién casada despidió, fastidiada, a todos estos parásitos que se habían vuelto indeseados ante mis ojos, y que no eran más que meras prolongaciones de El Chulo, sombras exactas de su chulería.

Cuando por fin la última mujerzuela y el último amigote habían puesto sus patas fuera de mi hacienda, el mundo se me cayó encima. Me sentía triste y desdichada y la imagen de su hermana, La Doctora, le susurraba todo tipo de moralejas por su desgraciada y flamante vida marital, sentada en uno de sus hombros, cual si fuera Pepe Grillo.

Como pudo, y con la ayuda de sus mayordomos, llevó a El Chulo a su cama de rey, embriagado de una borrachera colosal y con doce kilos más encima por el banquete inhóspito de sus nupcias.

Lo acomodó en la camota esa como si fuera un difunto santo recién canonizado, lo arropó en ese lecho real como si fuera



el hijo recién nacido de un papa del siglo dieciséis, y mandó a guardar silencio universal como si fuera decreto canónico.

El Chulo durmió, plácido, sin que ningún poder humano o divino lo desconcentrara de su merecido descanso por haberse convertido en el amo y señor de la casa, y mandamás de esa asombrosa hacienda de ilimitadas hectáreas y remotos y delirantes paisajes que no alcanzaban a ser escrutados por el ojo humano y solo Dios, allá en el cielo, sabía cuándo y dónde terminaba.

Un ejército de capataces, mayordomos, sirvientas, peones, obreros y personal auxiliar, que ahora estarían bajo el mando de El Chulo, guardaban un estricto silencio, ordenado por la ex Viuda Joven, y ahora dama recién casada, so pena de las torturas más crueles, porque aquí nadie va a sobresaltar a mi marido, sumergido en su más que merecido reposo.

El Chulo dormía acurrucado a la almohada de su nueva riqueza súbita con ronquidos de amante y flatulencias de marido, soñando todas las órdenes que impartiría, una vez que despertara, investido de su nueva dignidad de monarca indiscutible de esa hacienda extraordinaria.

Parecía un elefante siamés cubierto con ese pijama de seda color azul rey con las iniciales de su nombre bordadas en hilos de oro, que tuvieron que ponérselo entre siete hombres que sostenían el peso muerto de su emborrachada humanidad, bajo la inspección estricta de su esposa joven que dirigía la operación, cuidando cada detalle, para que no me malogren a mi macho mío.

El bullicio y desesperante desenfreno fiestero que antecedieron el sueño de El Chulo contrastaban en todo con el silencio de cementerio que, ahora, reinaba en la hacienda de su descanso.

Durmió durante el mismo número de semanas que duró la juerga de sus nupcias y ya la hacienda entera no podía

más con el aburrimiento general, decretado por la dueña, que hacía que las vacas y las moscas y los caballos y gallos se desfiguraran con bostezos eternos y lagañas en los ojos por el esfuerzo de no hacer nada.

Pasadas las semanas, por fin El Chulo pareció dar muestras de que quizás abriría sus ojos y toda la hacienda estuvo en vilo esperando tan trascendental evento. Pero no. Se dio media vuelta con un gesto de cachorro gordo, se acurrucó nuevamente en la almohada de su ego, y siguió durmiendo varias semanas más, dejando sin aliento nuevamente a todo el exasperado e impaciente personal, que ya no podía más de tanta parsimonia.

Déjenlo en paz, murmuró la mujer, que no hay nada que canse más que dormir, expresó alcahueta ella, dividiendo sus labios con su dedo índice señalando al cielo.

Cuando El Chulo por fin despertó, sus ojos hinchados de tanto dormir pudieron percibir entre lagañas, parada a un lado de esa cama de obispo hecha de elegante caoba, a su mujer, que más bien parecía una aparición, levitando de regocijo frente a él.

Los gallos por fin tuvieron permiso de cantar, las vacas de dar leche y los trabajadores de faenar.

Ella lo miró con una sonrisa de madonna y una paciencia de jugador de ajedrez, esperando que él volviera en sí, y por fin estuviera lúcido y con todos sus sentidos, para darse cuenta de lo inevitable.

Buenos días, dijo finalmente El Chulo, con voz de mangonzón y una felicidad contagiante, y esperando su merecido desayuno de magnate.

Pero en su lugar, la esposa le respondió con una sonrisita de satisfacción en el terso rostro, entregándole un uniforme usado y deshilachado de peón, unas botas de plástico para no embarrarse de mierda de cochino al momento de limpiar

el chiquero, un machete oxidado para cortar la maleza de la infinita hacienda y un corroído sombrero de paja descosido para soportar el inclemente trabajo de sol a sol que, a partir de ese momento, le esperaba.

Qué significa esto, dijo algo contrariado El Chulo en aquel cuarto de recién casado, pensando que era mamadera de gallo.

Pero ella no movió un solo nervio de su rostro de jugador de póker. Estaba impávida, esperando que El Chulo se pusiera el uniforme de peón.

El recién casado no salía de su asombro y trató de ganar unos segundos más en esa cama de caoba, a ver si pasaba algo que lo exceptuara del peor de los castigos que podían infligirle, el de trabajar por una vez en su vida.

Te toca mover las nalgas, cabrón, le dijo su esposa con una dureza que El Chulo jamás le había visto, ni escuchado, a esa joven mujer.

Él trató de mirarla con su cara de cría de Cocker triste y sus ojos bien abiertos de gatito siamés, pero esa táctica que tan bien le funcionaba en el pasado, en esta ocasión se demostró más bien patética, incluso para él mismo.

En ese momento, ella hizo un chasquido con sus dedos y tres hombres del tamaño de un armario, de espaldas largas

y pechos inflados, y con cara de pocos amigos, entraron a la habitación y la circundaron como escoltas de su determinación.

Ahí fue que El Chulo se dio cuenta que la vaina era en serio y así lo preguntó con una frase idéntica que se le escapó de la boca con una voz temblorosa y sin esperar respuesta, entonces la vaina es en serio, mujer.

De lo más profundo de su instinto de sobrevivencia El Chulo sacó algo del caradurismo que siempre lo acompañó, y siempre le funcionó, para retar a su esposa con una frase que se demostró inmediatamente infeliz y hasta contraproducente.

Y qué pasa si me niego a obedecerte, dijo El Chulo, sin mirar a los tres hombres frente a él.

Pasa que te mueres, cabrón de hamaca, o mejor, te muero.

Entonces ella recurrió al mal gusto de tener que hablar de los ex, recordándole que su primer marido, por azares de la vida que no vienen al caso, o quizás sí, se había especializado en cortar sutil y finamente cabezas de cabrones malnacidos, como tú, que me habían jodido, y enviarlas elegantemente envueltas en hermosas cajas de regalo.

El Chulo la miraba sin entender absolutamente nada de lo que estaba diciendo ella y mucho menos lo que estaba pasando en esa habitación, por eso ahora te lo voy a explicar yo misma, mequetrefe.

El primer consejo que te voy a dar para la poca y desgraciada vida que te queda, hijo de puta, es que con los ex siempre se debe quedar de buenas, porque uno nunca sabe cuándo puede necesitarlos, y por lo que veo, como que estoy necesitando ahorita los servicios de mi primer marido.

De qué servicios hablas, mujer, balbuceó El Chulo, ahora sí temblando de miedo y sin quitar la mirada de los tres hombres esos.

El día de mis diecinueve años, mi primer marido, que me había abandonado hacía exactamente un año, apareció

de la nada, apenas llegado de la Alta Guajira. Esa mañana él se levantó temprano porque quería preparar mi regalo de cumpleaños hasta en sus milimétricos detalles.

Buscó la caja. La envolvió con papel de regalo color rojo como me gustaba a mí. Le puso un lazo negro, y escribió de su puño y letra una dedicatoria breve que nunca olvidé.

La fiesta de mis diecinueve años comenzaba mientras en la televisión de la casa de mis padres dos boxeadores con ojos de cachorro triste se daban la golpiza de su vida por el título mundial de peso pesado, con Happy y mi padre El Búfalo sonrojados de la emoción y atragantados de tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

Durante aquella fiesta de cumpleaños, el hijo de Happy distraía a las tías bailando, con cada una de ellas, la salsa o el merengue de moda en esos años ochenta de vestidos con colores chillones, y mujeres de caras redondas y pollinas con lacas.

A mi primer marido le tardó casi un año encontrar a aquel muchacho, que según él me había jodido la vida, de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de colector que, por cierto, bien podrías ser tú ahora, coño de tu madre.

O se va él o me voy yo, le dijo La Doctora y ex de Happy, en medio del cumpleaños aquel, a su padre El Búfalo que, por cierto, no le paró ni media bola, porque estaba lelo mirando la golpiza de esos dos hombres tristes por el campeonato aquel. Deja que termine esta última pelea, cantamos el cumpleaños feliz a tu hermanita y el marido tuyo se va. Ese no es marido mío, respondió la ex de Happy, sin haber prestado atención a más nada de lo que dijo su padre.

Mientras tanto, el hijo de ella y Happy seguía en la pista, bailando con las tías y comiendo tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

En otra casa aledaña, ya por fin estaba lista la caja de regalo que había cuidadosamente confeccionado mi primer marido para mis diecinueve. Necesito, por favor, que le lleves este regalo a la hija menor de El Búfalo, le dijo a un joven que pasaba, y aquí tienes esta platica para unas cervezas.

Pega el venezolano. Se tambalea el mexicano, que ya no siente sus piernas. Gancho al hígado. Óper a la mandíbula. Uno. Dos. Conteo del referí. Esto huele a nocaut, señoras y señores.

Mija, anda a ver quién está tocando la puerta. Buenas noches familia, disculpen la molestia, aquí les manda un admirador secreto de la menor de las hijas por su cumpleaños. Muchas gracias, tremenda cajota, por favor póngala al lado de la torta.

Tres. Cuatro. Cinco. Y el boxeador mexicano seguía tendido en el suelo con la boca abierta, respirando como pez en la orilla.

Papá, ya esa pelea terminó, te exijo que Happy se vaya de esta casa. Pero El Búfalo la ignoró y le dijo a su hija menor, abra ese regalo, chiquita, para ver quién es el enamorado que le envió semejante caja.

Seis. Siete. Ocho.

El hijo de Happy dejó de bailar con las tías para ver el espectáculo del regalo en esa caja que para el niño parecía todavía más grande.

Nueve. Diez.

La cumpleañera por fin logró abrir esa cajota y gritó como nunca antes en su vida.

Ahí estaba, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis diecinueve, la cabeza diligentemente cortada del muchacho ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de colector que le manejaba, escuchando vallenato, el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Nocaut, Chulo, le dijo su flamante esposa al recién despertado en ese cuarto de elegante cama de caoba.

Uno de estos tres hombres que me escoltan es mi primer marido, ahora contratado por mí con los reales de mi segundo marido, que en paz descansa. Y los otros dos son sus primitos guajiros que, estoy segura, estarán complacidos en preparar mi próximo regalo de cumpleaños, en una caja roja y lazo negro, con el cascarón vacío de tu cabeza cortada.

El Chulo no tuvo más remedio que ponerse, cabizbajo y de mala gana, el uniforme usado y deshilachado de peón, las botas de plástico para no embarrarse de mierda de cochino al momento de limpiar el chiquero, el machete oxidado para cortar la maleza de la infinita hacienda y el corroído sombrero de paja descosido para soportar el inclemente trabajo de sol a sol que, a partir de ese momento, le esperaba, para siempre.



## 67.

Los abogados por fin lograron salirse con la suya y sacar a La Doctora del hospital ese donde pagaba su pena de prisión. Pero, a cambio, terminaron de dejar su cuerpo y alma en bancarrota.

Te cambiamos inmediatamente tu libertad por absolutamente todos tus bienes, dijeron frotándose las manos y recordando aquel acuerdo pactado entonces, justo en medio de su prisionera desesperación.

Trato hecho.

Ya eran cosas del pasado aquellas propiedades que se habían esfumado como el espejismo que siempre fueron.

Los tres apartamentos de lujo, más los otros que regaló por aquí y por allá, la flota de cinco vehículos de alta gama, más los que repartió como si fueran confetis, la lancha nueva de paquete con la que hacía esquí acuático en el Lago de Maracaibo, y todas las cuentas en moneda nacional y extranjera, en los bancos más variopintos.

En un santiamén, La Doctora se había quedado con unas pocas tenencias que, acaso, ni siquiera eran ya realmente suyas.

Su cuarto de niña en la casa de sus padres, un hijo que prácticamente no conocía y viceversa, otro recién nacido que había rifado entre las tías y abuela, en el desespero de la estafa, y el amor, o acaso desamor, de Happy, a quien ahora inmediatamente fue a buscar.

Sus pasos la llevaron sin más, y como guiada por una intuición y un destino insondable, hacia el nuevo trabajo de Happy, quien, después de aquel desencuentro en el hospital, no la esperaba ese día ni ningún otro, o acaso sí, llevado por la terca esperanza que implica la insanable enfermedad del amor.

Ella se había arreglado el pelo, como en sus mejores tiempos, pintado las uñas y labios de un rojo fuego, y escogido un hermoso y holgado vestido de lino primaveral, abrazado por una delgada correa carmesí ceñida a su cintura. El floreado vestido se detenía antes de llegar a sus rodillas para ostentar las piernas más hermosas que en su vida habría de ver Happy.

Recorrió la ciudad ahogada por el calor asfixiante y ese sin fin de sentimientos encontrados, que la dejaban sin aliento con la desesperada esperanza de que quizás ella y Happy.

Él seguía concentrado en su trajín diario con su casco de ingeniero, por donde sobresalía su rubio cabello de roquero, sus lentes de sol Ray-Ban, su camisa de arquitecto arremangada hasta los codos y sus botas de capo del universo cuadrulado de la construcción, donde ahora era, por mérito propio, amo y señor. En poco tiempo había logrado un liderazgo en ese arduo mundo que le permitía dar órdenes a un montón de obreros, que lo seguían obedientemente y sin chistar.

Happy era Happy.

Por la primera vez en su relación con ese hombre, ella no sentía aquella inclemente seguridad que rayaba, en la mayoría de los casos, en una cruel prepotencia.

Tragó grueso porque se descubrió al improviso insegura, como nunca antes, de la idea misma de ver, otra vez, a los ojos a aquel varón.

En ese momento, y antes de llegar finalmente a su encuentro, ella recordó aquella última vez cuando Happy, desarmado, le preguntó.

Tú alguna vez me quisiste.

Entonces ella había quedado sorprendida porque, francamente, no se esperaba ese ataque certero con la espada de la lengua de Happy. Por eso él repitió la pregunta, ahora con más seguridad.

Tú alguna vez me quisiste.

En aquel momento, ella no pudo ganar más tiempo y respondió escuetamente con un desapego y una irreflexión que, en realidad, fue la más clara de las respuestas.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Esos recuerdos de ella volaron en bandada de verdes loritos chillones por el ámbito de la ciudad y habitaron los pensamientos y sentimientos de Happy, que por más que quisiera no pudo evitar emparar su recuerdo de aquella desventurada pregunta y aquella desgraciada respuesta.

Tú alguna vez me quisiste.

Entonces Happy sintió nuevamente la filosa puñalada directa a su alma que fue la inexorable respuesta de ella en la prisión de aquel hospital.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Happy se volvió a desangrar a fuego lento como si todo acabara de pasar, y mientras trataba de reponerse de la hemorragia de su desconsuelo, la vio aparecer a ella en el horizonte de su existencia con un paso firme y decidido, con el pelo arreglado, las uñas y labios pintados de un rojo fuego, un hermoso y holgado vestido de lino primaveral, y una delgada correa carmesí ceñida a su cintura, porque vine a hablar contigo, Happy.

Cuando por fin los pasos de ella llegaron como en cámara lenta a la humanidad de Happy, justo en medio de aquel trabajo de construcción donde él se había refugiado con tanto ahínco para olvidarla a ella y su promesa incumplida, ambos se miraron fija e inexorablemente a los ojos con un despecho ancestral, y una ráfaga de las mismas y exactas imágenes pasaron por su recuerdo.

El día que conocí las mejores piernas de la universidad. El día que les dijiste a todos mis pretendientes la mentira de que eras mi novio. El día que silbaste como lorito australiano para que yo entrara de madrugada a tu casa, y de paso entrara en ti, concibiendo a nuestro niño. El día que el bólido rojo ese iba a toda velocidad para que yo pariera. El día que entré vestido de ginecólogo con unas botellas de ron para ver a nuestro carajito recién nacido. El día que salimos con nuestro muchachito en brazos del Hospitalito sin saber a dónde ir. El día que tuvimos como techo las estrellas, pues nadie nos quiso dar abrigo. El día que.

Vine a hablar contigo, Happy, dijo ella, bien vestida, optimista y maquillada.

Él la miró extrañado y algo aburrido. Sinceramente no sintió nada, teniéndola ahí de frente, y eso le extrañó. Esperó alevosamente, con un silencio de ajedrez, calculado y malintencionado, que ella dijera algo más.

Para ella ese silencio fue eterno y una herida de muerte a su ego, que yacía en el suelo de ese terreno en construcción como un globo explotado por la aguja de los irremediables errores suyos.

Francamente, ya Happy estaba cansado de llevar la batuta en una historia de amor donde solamente había un enamorado. Se sintió raro y más solo que nunca con la presencia de esa mujer que tanto extrañó, ahora, por fin, ahí de frente. También eso le sorprendió.

Tal vez fue un error venir aquí, dijo ella, como quien hace una finta.

Sí, tal vez, respondió Happy, con una mirada lela, y como desconcentrado, y como en otro lugar, y otro tiempo, que no era el de ellos.

Estás cambiado, contraatacó ella. Te molesta mi presencia, preguntó inútilmente.

Pero por primera vez Happy parecía ser inmune a sus maniobras de batalla naval. Sintió en su pecho una inédita y fría coraza que le quemaba.

Ya estás aquí, soy todo oídos, dijo Happy abstraído y desinteresado.

Si quieres me voy por donde vine, afirmó ella con una manipuladora voz de actriz de medio pelo.

No sería la primera vez, respondió él, indiferente y como aletargado.

Happy, soy yo, tu mujer, dijo ella sin más armas que el desespero.

Él prefirió no responder a esa innecesaria provocación para no ser descortés. Calló.

Ella volvió a romper el incómodo silencio que tan a gusto lo hacía sentir a él.

Vine a cumplir la promesa.

Entonces Happy recordó, sin más, ese día en el que se prometió a sí mismo no olvidar la promesa incumplida aquella, como método desesperado para así poder olvidarla.

Cuál promesa, respondió Happy, como si no supiera de qué estaba hablando ella.

## 69.

Happy bien pudo hacer un diccionario universal con todas las veces que recordó y conjugó en el archipiélago de su memoria la promesa esa no cumplida por ella. Pero en ese momento, el hastío pudo más y lo dejó inmóvil, silente, aletargado, con la mirada fija en el incierto horizonte de su futuro.

Por su lado, ella seguía hablando frenéticamente, sin parar, sin comas, ni puntos, en su andar, con esas palabras suyas que iban en caída libre como llevadas por una bicicleta sin frenos hacia el precipicio de su inminente soledad, por siempre jamás.

Happy estaba ahí, parado frente a ella como desmayado, y desde la lejanía de su delirio y su alucinación de muerto en vida, solo la veía mover los labios, pero no entendía nada de lo que decía. Percibía únicamente guturales sonidos ininteligibles, sin palabras, ni prosa, sin verbos, ni sustantivos.

Para él, ahora, solo ruidos necios e innecesarios salían de la boca de ella.

Ella trataba de explicar sus razones, modelar ese pasado que ya fue, como si fuera arcilla, con sus extemporáneas excusas,

recrear como un Dios penitente en siete días y siete noches lo que fue y ya no será, reescribir la historia como un dictador arrepentido y derrocado, prometer un futuro que ya había sido abortado hace rato como feto, aclarar lo que ya estaba inexorablemente oscurecido.

De pronto hubo silencio, y ambos lo sintieron como un pesado legado de su historia de desamor, como un ancla sin cabo olvidada en el fondo del mar, como un humo blanco de Capilla Sixtina que le dio finalmente el coraje a ella de decir lo que no debía decir.

Volvamos juntos, Happy.

Eso fue lo único que verdaderamente logró escuchar él, nítido como un sueño en colores, como un arcoíris en verano, como el cántico de un pájaro al amanecer.

Por primera vez en esa conversación, Happy afinó el lente de su mirada al centro de la diana de los ojos de ella. Ella hizo lo propio y sus miradas, después de años, se miraron real e irremediabilmente.

Él sintió otra vez ese amor suyo, terco como un destino, que brotaba a borbotones de espuma y rebosaba el vaso hondo de su alma.

Ella sintió que, por fin, lo había logrado y dio la estocada final, repitiendo inclementemente aquella compleja, y a la vez, sencilla frase.

Volvamos juntos, Happy.

Él, ya desarmado y sin coraza, se tambaleó como un boxeador a punto de ser noqueado, y trató de ganar algo de tiempo para no desfallecer en el intento. Para no desmayar nueva y, definitivamente, frente al amor de su vida.

Pasaron siglos antes de que, por fin, pudiera responder con la franqueza de un mamífero herido.

No.



Ella se acomodó el cabello con un gesto coqueto y sonrió con ademanes de protagonista teatral que tiene al público en su bolsillo y solo espera los aplausos, y lo abrazó como Eva seguramente abrazó a Adán, mientras que con un sensual hilo de voz le preguntó con sus labios pintados de rojo fuego, apenas rozando su oreja.

Por qué no, mi amor.

Happy respondió con una fuerza que le brotó desde el fondo del volcán de la sustancia de su espíritu algo que estuvo guardado ahí desde siempre, como un juramento o acaso un designio.

No, porque me voy a vengar.

## 70. (Epílogo)

Ante el no de Happy, la madre del niño se dio media vuelta y se fue por donde vino, con un paso tan lento que pisaba su propia sombra, en dirección a la irremediable galera de la casa de sus padres, que fue lo único que le había dejado la herencia de sus desaciertos, donde viviría hasta el final de sus días, pagando cadena perpetua en el cuarto de sus primeros años.

Esa y todas las otras mañanas, Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Hasta que un día cualquiera no hubo más escuela, ni liceo, ni mañanas de huevo frito y competencias, porque me gané una beca y me voy a estudiar a Roma, papi.

Ese mismo día, Happy llegó borracho de madrugada y despertó a su hijo, casi mayor de edad, para hacerle una pregunta que tenía trabada en la garganta y no lo dejaba respirar desde la mañana de la noticia de que me voy de la casa a estudiar filosofía.

El recién nacido, dormido como estaba, reconoció inmediatamente la voz que durante nueve meses le cantó gaitas desde el mundo exterior, que apenas estaba conociendo, y por primera vez abrió los ojos, y se encontró con esos ojos color miel de Happy, quien con una tristeza de oreja a oreja le dijo sin más.

Hijo, puedo hacer algo para que no te vayas de Maracaibo.

El recién nacido sin techo que seguía siendo ese adolescente respondió con toda la ternura del mundo, del cielo y sus astros azules tiritando, allá en el firmamento.

No, Happy.

Al otro día, su abuela lo despidió, antes de su inminente partida, en el patio donde el ganso blanco reinaba como amo y señor, al lado del cuartico de herramientas del abuelo albañil, entre las matas de níspero y tapara.

En ese momento recordó cómo su nieto, recién nacido, iba pasando de brazo en brazo en aquella Universidad del Zulia, llevado por estudiantes de las más variadas especialidades, paseándose, como perro por su casa, de los pasillos de odontología a los de veterinaria, de los de ingeniería a los de medicina, del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde en diciembre alguien lo dejó olvidado en el pesebre como niño Jesús. Fue así que desde los tres días de nacido ese niño se comenzó a crear una dudosa fama de filósofo erudito en esa universidad, donde escuchó conversaciones de todas las materias y especializaciones de física y biología, se durmió en laboratorios químicos en medio de los experimentos más delirantes, y se arrulló con los libros de los autores más impensables de la literatura

universal, Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García.

Fidelia recordó también, como si fuera ayer, esa tarde en que Happy dejó a su hijo en su casa, como todos los días, y el niño saltó enloquecido del bolido rojo para preguntarle a su abuela, cómo se lee un libro. La abuela entonces le acarició el pelo creándole un remolino, y le dijo con una voz tan tierna que parecían retazos de seda saliendo de su boca, algún día leerás muchos libros, mijo, y hasta escribirás algunos.

Respiró tan fuerte Fidelia que el gesto terminó en un suspiro y prosiguió.

Cuando regreses, mijo, hecho un hombre, ya yo no voy a estar, dijo Fidelia cual vidente y sin un instante de reproche.

No diga eso, Mamá Fidelia, respondió el muchacho con la mirada puesta en Europa.

Así fue.

Un año después, en aquella fatídica noche, sonó el teléfono en la residencia de estudiantes extranjeros, frente al río Tíber, donde un alumno latinoamericano de filosofía respondió en perfecto italiano.

Pronto.

Del otro lado del teléfono, Happy, con la voz más triste que jamás se le escuchó, dijo.

Aló.

Hubo un silencio, que Happy respiró todo, para agarrar fuerzas, tragar grueso y continuar.

Hijo, murió Mamá Fidelia.

Esa noche, el espeso frío del invierno romano no impidió que el hijo de Happy caminara toda la noche, en medio de sollozos, por las estrechas calles de adoquines de la ciudad eterna, cantándole a los faroles amarillo ocre las gaitas de su abuela y recordando a Maracaibo como un espejismo o acaso

un incierto jamás, hasta que las primeras luces del amanecer iluminaron sus edificios color mostaza y sus mármoles corroídos por los siglos y las campanas de sus novecientas iglesias sonaron al unísono, y lo acompañaron hasta el breve escritorio de madera aquel donde, sin más, comenzó a escribir en una computadora de los años noventa, recién comprada con el dinero que quedaba de una beca que nunca llegó: El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdiría a la mujer preñada que iba de copilota.

FIN



# Indice

1.	9
2.	11
3.	14
4.	17
5.	20
6.	23
7.	26
8.	28
9.	31
10.	35
11.	38
12.	41
13.	44
14.	46
15.	49
16.	51

17.	54
18.	58
19.	61
20.	64
21.	67
22.	71
23.	75
24.	78
25.	82
26.	86
27.	89
28.	93
29.	96
30.	99
31.	102
32.	105
33.	107
34.	110
35.	112
36.	116
37.	119
38.	122
39.	125
40.	128
41.	131
42.	134
43.	137



44.	140
45.	143
46.	147
47.	150
48.	153
49.	156
50.	160
51.	163
52.	167
53.	170
54.	173
55.	176
56.	179
57.	183
58.	187
59.	190
60.	193
61.	197
62.	200
63.	203
64.	205
65.	208
66.	212
67.	217
68.	220
69.	223
70. (Epílogo)	226

*Happy*

Se imprimió en el mes de octubre de 2023  
en los talleres de la Editorial Metrópolis  
Boleíta Norte, estado Miranda, Venezuela.  
Son 2.000 ejemplares.



Nuestra música, nuestra vida y nuestra cultura cursan este eterno triángulo: el bolero, o sea la sensualidad; la ranchera, o la rabia; el tango, o la resignación. Tesis, antítesis y síntesis: la Santísima Trinidad del subdesarrollo. Pero todo trío aspira a la condición de cuarteto: las cicatrices del alma sólo se curan con la música y la práctica del desenfreno: salsa, mambo, cabilla, comparsa, rumba, batá, candomble, gaita. El filósofo, saxofonista, comunicador e influencer marabino Miguel Ángel Pérez Pirela no sólo ha recorrido vital y literariamente la cuadratura de este triángulo: su narrativa es cada vez más una experiencia orgiástica, donde todo lo imposible es posible y cada página exacerba el asombro. Ingresar en Happy es acelerar hacia la estética del torbellino, nuestra identidad, nuestra alma, o sea el Caribe. No digas que no te lo avisé, lector. Feliz viaje.

LUIS BRITTO GARCÍA

